

Tray Mocha

Revista

Semanal



ROBERTO CASAUX

el 22 de mayo de 1929

Nº. 893

Últimas creaciones de la moda femenina



1 — Conjunto compuesto de una levita de lana mosqueada "Buric" diagonal abotonada color beige y azul viejo, con cuello y guarniciones de raso azul viejo; y de un traje ejecutado con crespón de lana de tono azul como el raso y guarnecido con nervaduras. — 2 — Traje sastre de seda cruda cuadrículada sobre fondo blanco. — 3 — Vestido sastre clásico confeccionado con popelina negra, orlada con galón de seda negra, sombrero y zorro gris.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, junio 4 de 1929

No. 893

CASAUX

Nosotros diríamos: ¡silencio! en homenaje a la muerte de Casaux.

Sobran las palabras de circunstancias.

Estamos de duelo por la desaparición del maestro de la escena argentina, y no creemos que haya lenitivo literario para una desgracia que repercute en nosotros con la realidad violenta de los hechos.

Era nuestro amigo, como lo fué de todos los que pasaron junto a su vida.

Su grande temperamento de artista le hizo desempeñar en sus días, con enorme caudal de belleza, un rol de perfección moral difícilmente superable.

Fué el personaje de su obra, que es toda su existencia. Y ello es suficiente para ganarle la admiración común.

Nos ponemos en el trance de que Casaux no hubiera abrazado la carrera de efímeros triunfos y de considerables desasosiegos de las tablas, y estamos seguros de que igualmente

le hubiéramos querido y aplaudido. Poseía las virtudes del hombre de bien y la inteligencia prístina del talento, cosas que en cualquier campo le habrían permitido desenvolverse a las alturas más altas. Por eso, su decisión de sacrificarse en el teatro, en aras de un ideal artístico que le impulsaba con todas las fuerzas de su vocación, es casi un acto de sacerdocio.

Pudo decir, en verdad, que al entrar a la escena dejaba detrás suyo una personalidad que en cualquiera actividad honrada del pensamiento y del trabajo pudo llegar a destacarse con relieves definitivos.

Pero estaba en él el temperamento innato del artista, y esto, si lo perdió para sí mismo, nos dió, en cambio, a nosotros, meros espectadores, las mejores y cálidas figuras del teatro nacional.

Vivió y sufrió sus personajes con la intensidad que Nietzsche exigía del artista: con su propia sangre,

con su propio espíritu.

Era forzoso que se eleva-
ra sobre el medio y aún sobre las obras que se confiaban a su interpretación genial. Nuestra escena era ya limitada para el alcance de su temperamento artístico. El antiguo teatrillo de circo pasó con Casaux a la categoría de arte escénico. Se daba por entero a sus personajes, hasta confundirse con ellos y sentirse animado del soplo psíquico que, en vano, acaso, quisieron infundirle sus autores. Daba la sensación de no ser él, dualidad pirandelliana que se explicaba por la naturaleza, precisamente, de su temperamento capaz de vaciarse en los más diversos moldes del alma humana.

El público que lo veía actuar vivió siempre a Casaux; pero para él esos tributos eran debidos a sus personajes; al sujeto imaginativo que interpretaba y en el cual se había adentrado con una profundidad incomprendible para quienes no supieron nunca de su

singular condición de artista.

Casaux no pensaba en la caracterización como los histriones helénicos que se cubrían con el mascarón, o como los intérpretes de vanguardia que apelan a la máscara de Bragaglia.

Sabía él, con seguro instinto, entrar en el paisaje íntimo de sus personajes; no sólo adquiría así el dominio interior de sus tipos sino, además, el dominio físico. Y en una y otra modalidad sobresalió inconfundiblemente.

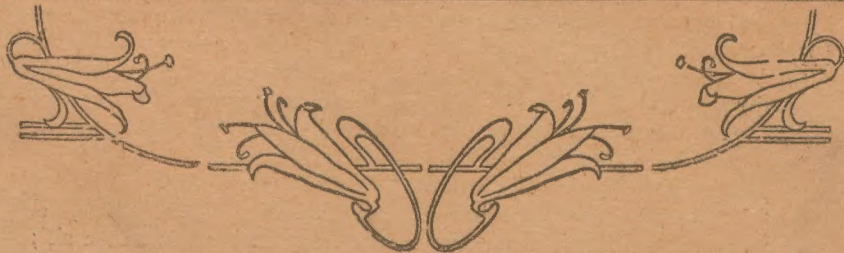
Fué, desde luego, nuestro más grande actor. Cuando partió, rápido, no tuvo tiempo de despedirse de todos nosotros.

Y ahora, ahora que no está, todas las palabras son superfluas para expresar nuestros sentimientos de dolor.

Nosotros diríamos: ¡silencio! en homenaje a su muerte.

Peró nuestro dolor es como un grito y no podemos callarlo.

¡Adiós, Roberto Casaux!



Carlos Garay encendió tranquilamente un cigarrillo, miró su reloj y haciendo un geseto de sorpresa, exclamó:

—¡Las tres de la mañana! Caballeros: lo siento mucho, pero mi mujer está indispuesta y me parece prudente retirarme. Como no me alcanza el dinero que llevo, firmaré un cheque, si usted, señor Monteros me lo permite.

El aludido señor Monteros asintió con un movimiento de cabeza. Garay firmó un cheque de la libreta que llevaba consigo, valiéndose de un lapicero de fuente que le facilitó uno de los allí presentes. Saludó cordialmente a todos y salió.

Ya en la calle, la brisa matutina refrescó su cabeza y aclaró sus pensamientos, hasta entonces confusos por las fuertes alternativas que sus nervios habían sufrido esa noche.

La partida de póker, organizada casi diariamente en casa del señor Monteros, venía a substituir, de cierto modo, la supresión de la ruleta en ese elegante balneario. En esa casa se reunían, noche a noche, unos diez amigos; y allí se ganaban o se perdían sumas apreciables de dinero. Esa noche, la racha adversa había soplado hacia Garay. Toda su habilidad de viejo jugador de póker, su sangre fría, que admiraban sus amigos, su penetración psicológica para adivinar el juego de los demás, no le habían servido de nada. Perdió desde que se sentó a jugar, y con la viva esperanza de desquitarse, siguió perdiendo hasta lo que no tenía. Vióse obligado a firmar un cheque por doce mil pesos, él, que apenas tenía cuatro mil depositados en el Banco.

Marta, su esposa, lo esperaba, levantada. A pesar de que Carlos quiso ocultarle, la verdad, ella descubrió, por el sudor frío que humedecía su frente, por el ligero temblor de sus manos, que algo desagradable había ocurrido.

—¿Te ha ido mal en el juego? —le preguntó.

Garay hizo una señal afirmativa con la cabeza, mientras se despojaba de su smoking.

—¿Perdiste mucho?

—Sí. Y no sé cómo pagarlo.

Hubo un minuto largo y angustioso de silencio.

—He firmado un cheque por doce mil pesos, y apenas si tenemos cuatro mil en el Banco.

Marta palideció. De buena gana hubiera protestado, hubiera regañado a su marido. ¡El juego! ¡El juego terrible, que siempre había ensombrecido sus vidas! Pero ella sabía que era inútil; que sería contraproducente aumentar todavía más el disgusto que embargaba a su esposo. Trató de serenarse. Con voz suave dijo:

—¿Hasta cuándo tienes tiempo de levantar ese cheque?

—Hoy es sábado. Hasta el lu-

La última partida

Por Octavio Amoretti

nes. Pero no tengo de dónde sacar esos ocho mil pesos.

Marta pensó, mejor dicho, quiso pensar en la mejor manera de ayudar a su esposo en esta terrible emergencia; pero un rubor cubrió su cara y bajó los ojos, como avergonzada de sí misma. No. ¡No era posible! Ella sabía que una pa-

podría entre alguna de sus amigas, obtener, si no toda, parte de esa suma. Así se lo dijo a Carlos. Este sonrió.

—Eso mismo puedo hacer yo. Algunos de mis íntimos amigos, de los que creen todavía en mí, podrán ayudarme. No nos desesperemos. Tenemos todo un día y to-

PASÓ

Si reflexiono, ¡adiós, amor! ¡Que el río me arrastre en su epiléptica corriente!
Es tuyo, es tuyo el pensamiento mío.
¡El pensamiento, de los sueños fuente!

¡Viene la noche y lo obscurece todo!
Un beso y otro y otro. ¡Muchos besos!
¡El pudor, flor de efímero período,
cal que nos dice que tuvimos huesos!

¿Resistes? ¡Yo me entrego! ¿No resistes?
¡Ven a mis brazos y en mi boca bebe
el néctar que después nos pone tristes!

¡Ya pasó la tormenta; la alborada
reverbera tornatíl en la nieve
y la nieve reluce inmaculada!

EL ROSAL FILÓSOFO

¿Qué me dicen tus ojos, qué me dicen?
¡Mañana! Y de tus labios voluptuosos,
que a tus ojos burlones contradicen,
brotan dulces suspiros amorosos.

Deja que mis heridas cicatricen;
que mis pobres recuerdos dolorosos
mi nerviosa inquietud no martiricen.
¡Ya vendrán nuevos días luminosos!

Sé mi amigo si quieres que te quiera...
¡La amistad! Flor perenne sin ponzoña
en el invierno igual que en primavera...

Y a nuestro pie, junto a un rosal ya muerto,
indiferente otro rosal retoña
al nuevo sol ávidamente abierto.

Emilio BOBADILLA

labra suya bastaría, no para obtener ocho, sino cincuenta mil pesos. Pero no sería un préstamo; significaría una venta, una venta de vergüenza, de deshonor...

León Blunn, que la cortejaba insistentemente desde hacía cinco meses, ya le había insinuado que su generosidad era tan grande como la belleza de Marta; y Marta era linda de verdad. Desechó esa idea como absurda. Pensó que la mujer que traicionaba a su marido para salvarlo, no lo salva sino que lo hunde más hondo; y lo hunde para siempre. Sin embargo, ella

da una noche para buscar la manera de salir de este atolladero.

* * *

En el palacio que la familia de Martínez había hecho construir cerca de Playa Grande estaba deslumbrante de luces y de concurrencia. Era una gran comida que los esposos Martínez ofrecían a sus relaciones; una fiesta inaugural de esa casa magnífica.

Carlos Garay y su esposa habían sido invitados. León Blunn, el gran banquero también estaba allí;

y como de costumbre se deshacía en galanterías con Marta.

Terminada la comida, los invitados se repartieron por el gran hall o por la vasta terraza, donde, al compás de una orquesta, se organizó un animado baile. Pero ni Marta ni Carlos se divertían en ese ambiente de despreocupación mundana, de alegría y de trivialidades. Como una obsesión les perseguía el pensamiento de esa deuda; como que para ellos significaba la pérdida completa de su reputación.

Y Marta sabía porque Carlos no se cansaba de repetírselo, que la muerte era preferible al deshonor. Y en su imaginación afiebrada veía a Carlos yaciendo en el dormitorio del hotel, con la sien perforada...

Había terminado de bailar con el señor Blunn, sintiéndose más fatigada y aturdida que nunca, decaído, para calmar sus nervios y aminorar el calor que la sofocaba, refrescarse las sienes con agua fresca. Se hizo acompañar por el señor Blunn hasta el tocador.

Mezclando al agua del lavado unas gotas de agua Colonia, pasó sus manos por la frente ardorosa. Cuando iba a enjugarse, sus ojos quedaron fijos sobre el lavatorio. En la blancura del mármol destacaba su verdor maravilloso una gran esmeralda, más fulgurante aún por el aro de brillantes que la sostenía al anillo de platino. Marta conocía esa joya. Era de la señora de Clyde, esposa de un diplomático. Una idea, rápida como un relámpago, pasó por su mente. ¿Si se apoderase de esa joya? Su precio era fabuloso. Con el producto de su venta se pagaría la deuda de Carlos. Y también, como un relámpago, la tomó en sus manos. Miró alrededor, como los ladrones cuando temen ser sorprendidos. Pero, ¿qué hacer? ¿dónde poner ese anillo? Marta pensaba y actuaba con una claridad y una rapidez asombrosa. Se dirigió al guardarropa y ocultó el anillo en el pequeño bolsillo de su salida de baile.

León Blunn la esperaba a pocos pasos de la puerta del tocador.

—¿Quiere usted que bailemos el próximo tango? Ahora mismo comienza la orquesta.

—No. Preferiría buscar a Carlos. Me siento muy nerviosa.

—La acompañaré. Aun sin bailar, vale decir, sin tenerla junto a mi corazón, su compañía me es siempre grata.

—Le ruego que no continúe con esas galanterías. Ya le he dicho que esa clase de conversación no me interesa. Al único hombre que quiero, y que querré siempre, es a mi marido.

—¡Oh! Eso no tiene usted que decirme. Ya lo sé. Pero puede hacer un lugar en su corazón para mí. Si usted quisiera...

Marta no respondió. Sus ojos y

su pensamiento estaban fijos en un grupo de personas estacionadas en la entrada del hall. Allí estaba, hablando muy agitadamente con el señor Martínez, la señora de Clyde. Gesticulaba más que de costumbre, y señalaba sus marcos. Marta comprendió. La dueña del anillo había notado su desaparición y se lo comunicaba al dueño de casa.

El señor Blunn siguió con su mirada la de Marta. Se inclinó hacia ella y le dijo casi al oído:

—Madame Clyde está desesperada porque ha perdido su famoso anillo de esmeralda y brillantes. Acaso se lo hayan robado.

Y puso tal intención en su última frase, y miró de tal manera a Marta, que ésta sintió que le temblaban las piernas y que un sudor frío corría por su espina dorsal. No supo qué decir. Blunn continuó:

—Si descubrieran al ladrón o a la ladrona, ¡qué lindo escándalo social sería! Porque ese robo sólo puede haberlo cometido una persona decente: un invitado o invitada de los señores Martínez. Las joyas dejadas por olvido en los lavatorios son muy tentadoras...

—¡Por Dios, señor Blunn! ¿Qué quiere decir? — exclamó desfalleciente, Marta.

—Quiero decir que todo esto puede arreglarse. Mañana, a las once, yo estaré en mi automóvil en Playa Grande. De ahí a mi chalet sólo hay unos minutos. Nadie podrá vernos. Estoy seguro que usted no faltará a la cita. Yo sabía que de alguna manera usted me haría un lugarcito en su corazón. Bailemos ahora esta pieza.

Marta, como un autómata, tomó el brazo que le ofrecía Blunn.

Cuando terminaron de bailar, Blunn la acompañó al encuentro de Carlos, que se aproximaba en compañía de un desconocido. Se hicieron las presentaciones del caso.

—Este es Alejandro Solari, amigo de mi infancia. Hacía años que no nos veíamos. Mi esposa Marta, de la cual te he hablado hasta aburrirte.

Marta estrechó maquinalmente la mano de Solari. Blunn, cordial y alegre, dió un vigoroso apretón a la mano que se le extendía.

Marta palideció aún más. Había visto venir hacia ellos a la señora de Clyde. Se apoyó en el brazo de Carlos. La señora de Clyde se aproximaba agitada, agresivamente.

—Mr. Blunn, mire usted, qué milagro. Acabo de encontrar mi anillo, el de la gran esmeralda, que usted tanto admiraba. Yo, que lo creía perdido, o, mejor dicho, robado... Lo encontró la sirvienta que está a cargo del tocador. ¡Qué gran suerte! — exclamó. — Y se fué apresurada a divulgar entre sus amigas la buena noticia de haber recuperado tan valiosa joya.

Marta sintió que el alma se le

volvía al cuerpo. Tomó fuertemente el brazo de su marido, y, dirigiéndose al señor Blunn y a Solari, les dijo:

—Con permiso. Voy a bailar una pieza con Carlos, a quien adoro.

Cuando Marta, terminada la fiesta, dió una propina a la vieja sirvienta del tocador, ésta le dijo, maternalmente:



—¡Qué ganas tengo que se marchen los invitados y nos dejen solos!

—¡Ay, queridín! ¿Para qué?

—Para quitarme los zapatos que me hacen un daño horroroso.

—Hubiera sido una lástima, una señora linda y joven como usted, rebajarse a eso. Yo la estaba espiando. Cuando usted se fué revisé su tapado, encontré el anillo y se lo devolví a su dueña.

Marta sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. En un impulso de ternura y de arrepentimiento, besó a la anciana en ambas mejillas.

De camino al hotel, Carlos se mostró alegre y conversador.

—Te noto contento — dijo Marta.

—¡Y cómo no estarlo! Alejandro Solari, mi viejo amigo, enterado por mí de mi situación, ha resuelto ayudarme. Mañana lunes, a primera hora, depositará a mi nombre, en el Banco, los ocho mil pesos...

Y luego añadió, mientras estrechaba cariñosamente con su brazo el talle de Marta:

—Y será ésta mi última partida. ¡Te lo juro!

Consejos para el hombre que quiera casarse

No tenga prisa por casarse. Tómeme tiempo.

La cosecha de mujeres es de las que nunca se acaban.

Siempre habrá profusión de esposas para responder a todas las demandas.

No se case hasta que no esté en

No se case fuera de su propio ambiente.

Los matrimonios más felices son aquellos en que el hombre y la mujer se han educado en una misma escuela de pensamiento, en religión y en política y comen del mismo pastel.

No olvide que la belleza se acaba, y que si se casa con una muchacha solo por su apariencia, estará obligado a perderla en el curso de diez a quince años. Tal vez antes.

No olvide que los gatitos se convierten en gatos, que las coquetas dejan de coquetear y que las maneras dulces que tanto agradan cuando se dan prudentemente, enfadan si se prodigan.

También que mientras "Ella" resulta adorable como novia, acaso como esposa se muestre insupportable.

No olvide que toda muchacha le demuestra a usted antes de casarse la clase de esposa que será.

Cualquier hombre con suficiente talento podrá distinguir a la muchacha de mal genio, nerviosa y neurótica, de la mujer afable, amistosa y llevadera.

Puede estudiar la diferencia entre la derrochadora y la económica, y trazar una línea entre la joven doméstica y la muchacha alocada.

No olvide de que es usted quien elige a su esposa.

Ella representa sus propios gustos y su juicio sobre las mujeres, y corresponde a usted hacer la mejor de las selecciones.

EL "OJO AEREO"

Lo verá todo en un radio de 600 kilómetros.

En los círculos neoyorquinos frecuentados por aviadores se habla mucho de un invento realizado por el joven ingeniero Francisco Jenkins, y que se denomina el "ojo aéreo".

Dicho invento consiste en un aparato de televisión montado en la cabina de un aeroplano, cuyo pavimento tiene un agujero de determinadas dimensiones.

El aparato posee un receptor y un transmisor, y puede casi simultáneamente recibir y enviar las imágenes a un puesto de recepción instalado en tierra firme.

El radio de emisión del aparato es de 600 kilómetros.

De ese modo se podrá escrutar hasta los menores detalles de cuanto haya o se mueva en ese radio de 600 kilómetros alcanzado por el aparato.

Las autoridades militares conceden una gran importancia a este descubrimiento, y dentro de tres semanas lo ensayarán en Washington.

Salimos de su casa; acababa de hacerme la presentación, y en plena calle, a boca de jarro y con sonrisa estafalaria me edilgó esta pregunta:

—¿Qué tal te ha parecido mi mujer?

Me le quedé mirando.

—¿Tú mujer?...

La pausa fué embarazosa. Ya sabía yo que Ponciano había sido en su mocedad de lo más parlón y jacarero. Pero quince años son muchos para no dar pinta de seriedad, sobre todo tratándose de la señora propia.

Sin dejar de sonreírse insistió:

—Sí, mi mujer... Es feíta. ¿Verdad?

Casi me formalicé, sellando mis labios. La verdad, no lo tenía por tocho a Ponciano, a pesar de su idiosineracia. Si la petición de parecer figuró seme impertinencia, aquella calificación final se me antojó de muy mal gusto.

Pero Ponciano se dispuso a salvar mi significativo silencio.

—Ya ves... Y soy el hombre más feliz. Si hace diez años me hubiesen dicho que me tenía que casar con ella hago un estropicio. ¡Toma! Como que casi me enzarzo con mi padre cuando me insinuó la... Pero ¿tú no recuerdas a "Aguachirle"? Yo no la llamaba otra cosa... ¿Recuerdas que quise largarme a América?... ¿Qué sé yo!... ¡A los quince infernos!...

Encogí los hombros, aunque me asaltó una idea vaga, algo con visos de botaratada de aquel chico original por sus cuatro costados.

Y prosiguió precipitadamente:

—Sí, hombre, sí. Cursábamos tú y yo el tercer año. ¡Araceli, hombre, Araceli!... Bueno, lo que recordarás es que andaba yo perdido, lo que se dice perdido por una real moza... No creas, lo sabe mi mujer. ¡Pero es tan buena!... ¿Y has reparado en la mayor de mis niñas?... ¿Verdad que no tiene ni tanto así de su madre?

Se me escapó la risa. Lo cual le alentó.

—Has prometido venir un día a comer... Te convencerás de que somos felices... Pero ahora te convidó. Tomaremos un refresco... Cualquier cosa...

Sendos vasos al frente y a veguero por barba, Ponciano no me perdoró la historia. Lo dejé hablar, mintiendo yo complacencia.

Me contó la pugna con su padre, sus rennsas por los entuerros y su decisión final de casarlo. Dijo:

—¿Para qué habfan de apurarme los "suspersos"?... Me saltó con la m'a: no terminé la carrera. Mi padre era rico... Hecho yo a correr como bala perdida, oír que me tenía que casar con Araceli y dar un brinco fué todo uno. Pero me dije: "Hav tiempo por delante. También quería mi señor papá que fuera yo un Séneca y."

"Aguachirle"

Por Sebastián Gomila

Se paró aquí Ponciano, y noté un cambio brusco. Se formalizaba. Parecía medir las palabras una a una.

—¡Vas a reírte de mí!

Todo me interesaba menos mi futura. ¡Palabra!... De pronto, recorriendo la sala con mis gemelos, vi unos ojos que... ¡Anda chico! Mi amor pretérito, mi frenesí de



LA RECIEN CASADA.—¿Y qué le pones a tu marido cuando no le gusta la comida?
LA AMIGA. El abrigo y el sombrero.

—¿Por qué?

—Por la causa, el origen de mi ventura. ¡Fué una cosa tan nimia!...

Y soltó una carcajada.

—Fuimos una noche al Real: sus papás, su hermano, ella y yo...

colegial... En toda la noche no hice más que moverme nerviosamente... ¡Qué tal estaría yo, que en tácito convenio nos fuimos al acabar el tercer acto del "Faust".

Araceli había hecho dúo conmigo, estremeciéndose y casi gimiendo. Hube de achacarlo a celitos...

EVANGELICA

Aquel que procede por emulación, — que es un eufemismo escolar de la envidia, — que vaya a hablar de su grandeza en los mentideros subalternos de la ciudad, o en la transbótica de la farmacia de su aldea: nadie tan insignificante que no signifique algo para alguien.

Los cerebros excesivos no estimulan a los otros cerebros: los asombran y hasta los aplastan.

Muy pocos dicen: "quiero ser como Dante"; pero todos exclaman: "¡quién fuera como Dante, como Shakespeare, como Sarmiento!"

No se quiere sinceramente, valerosamente, sino aquello que de alguna manera se podría: por esa razón fundamental "querer es poder".

La envidia es planta de clima benigno: no prospera ni en las cumbres, ni en los polos, ni en los arenales tórridos. Es dolencia de escolares, de marquesas, de chulas, de soldados, de frailes: se desarrolla en las escuelas, en los conventos, en los salones, en los mercados, en los cuarteles, en las capillas literarias, en las redacciones de diario. Se enferman del mal de la envidia, en el trajín de la lucha, las almas mediocres, — las que no son ni sal ni azúcar, — con motivo de los triunfos de otras almas también mediocres, también insípidas.

ALMAFUERTE

Cambió la expresión de su faz al decirme:

—Te estoy dando una tabarra... Terminó en un periquete... ¿Sabes? Hubo la pequeñez, la puerilidad que decidió de mi suerte... Ibamos en el coche, sentado yo al lado suyo... Noté que temblaba... Un brillo singular en sus pupilas... Sentí un asomo de piedad.

Susurró a mi oído:

—Tú no me quieres... Y estoy temblando porque un ser que me quiere tal vez se haya muerto.

Palabras enigmáticas. ¿A quién se refería?... No se lo pregunté porque me pareció ridículo...

Habíamos llegado a su casa. El hermano, un "bon vivant", me dijo:

—Sube, es temprano. Tomaremos una copita de jerez. El papá rubricó la invitación con un movimiento de cabeza... La copita era para mí lo de menos... Me intrigaban ahora las alusiones de "Aguachirle"... Corrió hacia su gabinete, oímos que abría apresuradamente el balcón, y gritó la madre:

—¡Pero, hija, que te vas a helar!...

La hija contestó con un grito. Acudimos todos... Estaba casi accidentada. ¿Qué había ocurrido? La nimiedad. Su canario estaba yerto en la jaula. Rígido como un cacho de nieve.

¡Hubieras visto reír al hermano! Yo me puse serio. ¿Por qué? Sus propios padres la tildaron de tonta... Yo, que la tenía por tal, yo, chico, protesté casi airadamente.

Sí, aquello no tenía importancia. Con comprar otro canario, listos... No obstante, Araceli seguía temblorosa, y probó vanamente de hacer reaccionar al pájaro con su aliento. Desalentada, empezó a llorar amargamente...

Mira, no es una simpleza llorar la muerte de un pájaro... Yo acabé llorando también como un bendito.

En magnífica jaula recibió de parte m'a Araceli al día siguiente otro magnífico ejemplar pajaril... Aquel que has visto en el comedor. Cada vez que trina se me antoja un himno a nuestra felicidad...

Ya ves tú... Y a los pocos meses se realizaba nuestra unión. Mi padre, contento; Araceli, radiante. Yo... no sé qué decirte. Araceli me parecía otra... Es decir, no me parecía "Aguachirle". Aun hoy, no lo niego, la miro a veces pensando: "¡Si tuviera la cara como el corazón!..." Pero en definitiva éste vence siempre...

Ahora te explicarás mi pregunta algo estrambótica... Pero ¿verdad que mi mayorcita es una monada?...

Apuré el último sorbo, dió la milésima chupada al veguero y soló la carcajada número no sé cuántos.

Cubierta la ancha mesa de jarrones de fina porcelana dorada cargados de flores, viéndose encima del bordado mantel ricos canastillos de frutas, bandejas de plata con dulces, copas de cristal, unas con vaso de taza para el champagne, otras con el vaso de cáliz para los vinos generosos..., alegraba con sus ofertas el apetito y con sus reflejos y colores los ojos.

Impresionaba aquel preparativo de banquete, presentando el goce, la vida de los sentidos; así como el revestido altar iluminado por las luces de rizadas velas, las ropas blancas con adorno de oro que ostentaban el ara y el sacerdote, habían infundido júbilo en el alma de Carolina. Las bodas, las bodas. ¡Momento inolvidable!

Al volver de la iglesia y tomar asiento en la mesa del lujoso comedor, Carolina apareció tan confusa y aturrida, que apenas vió ni oyó al gordo, coloradote y campechano Ramírez, el padrino, ni a los convidados que la esperaban, que la miraron sonrientes, contentos, celebrando la hermosura de la novia.

Terminada la fiesta, los novios desaparecieron y hasta dos meses después, nadie supo de ellos. Un viejecito muy afable, muy solícito, muy vivaracho, iba y venía paseándose impaciente de uno o otro extremo de la estación del Norte. Se detenía ante el reloj del andén y luego sacaba del bolsillo del chaleco su reloj, miraba a la carátula de éste, luego a la de aquél, como quien pretende leer en la expresión de la fisonomía de los dos médicos una opinión reservada, y proseguía sus paseos. Dos o tres veces preguntó a los empleados si había o no retraso en la marcha del tren que esperaba.

Aquel hombre era don Cándido, el padre de Carolina.

Por fin se oyó el silbato y llegó el tren, y de un departamento de primera clase bajaron Carolina y Fernando, su marido; éste abrazó muy alegremente a su suegro y aquella echóse también en sus brazos..., y empezó a llorar.

Fernando se había marchado a recoger los equipajes.

—¿Lloras?, preguntó don Cándido a su hija.

—Sí, la alegría de verte, murmuró con mimoso acento Carolina.

—¿Vaya una niñería!...

Sin embargo, Carolina no lloraba por una niñería. Fórmese un jurado femenino, miren a su corazón de mujer, único y completo código de amor, y sentencien. En un jardín de una casa de Aranjuez, una mañana se habían hallado Fernando y Carolina, dando envidia a los pajaritos que se enamoraban en los árboles... Oído muy en secreto... La mano de Fernando acarició la faz de su esposa y se puso a jugar con los cabellos de ésta en las sienes,

La primera nube

Por José Zahonero

y luego, con edicadeza de artificio, hizo en ellos dos rizitos graciosos de coquetería andaluza.

—¿Qué haces?... ¡Déjame!, exclamó sonriente Carolina.

—Te sientan muy bien...

—¿Qué bobada!... ¡No me pongas rizos!...

Lo deseo.

placencia, su lectura le produjo contentamiento y por él despertó ciertos inexplicables celos en Carolina.

—¿Es de algún amigo esa carta?, preguntóle.

Pero a las pocas horas ya Carolina se había apoderado de la carta sin que su esposo lo advirtiese.

Episodios de la Vida de Reina — No. 3



El baño de Reina

Blancura y nitidez

Para conservar el cutis limpio y terso, tanto de los niños como de los adultos, ningún otro jabón puede superar, ni igualar al JABÓN de REUTER. Ha llenado medio siglo con el ruido de sus triunfos.

70 centavos
cada jabón

Representantes ILLA Y CIA.,
Maipú 73, Buenos Aires

Jabón
REUTER

GRACIOSA y alegre, era Reina el encanto de todos. Dócil y complaciente, obedecía contenta las indicaciones de sus padres, que, así como aspiraban verla sobresalir por sus virtudes e inteligencia, esperaban que también se destacaría por la exquisita pulcritud de su persona. Y, la acostumbraron al baño, del cual hizo siempre el placer más grande de su vida, pues a más del deleite del agua, gozaba con la blanca, abundante y perfumada espuma del

—¿Vaya un antojo!

—Estás así mucho más bonita, replicó Fernando con vehemencia, con la exigente porfía de un hombre enamorado y caprichoso.

Carolina cedió bondadosamente, sonriéndose, y su marido bordó con los dorados hilos del suave cabello de su esposa dos sortijillas en la frente.

A los pocos días, Fernando se hallaba en el comedorecillo leyendo el correo, dos o tres cartas de negocios, una o dos de cumplimiento y una carta extensa, escrita en letra muy menuda y muy metida... Esta carta le causó com-

La cartita era famosa. Una irónica felicitación a Fernando, escrita por su amigo Enrique, calavera y solterón impenitente... Entre otras locuras leyó Carolina las siguientes: "Ya no hay que acordarse de la sevillana de las sortijillas... Ahora buen régimen, perdices siempre..., si puedes hacer que te la sirva la suerte variando de vez en cuando la salsa."

—¿Oh, qué grosería!, exclamó Carolina, y se echó a llorar.

La felicidad de la luna de miel se había obscurecido..., una nube la empañaba. Mostróse Carolina entristecida y Fernando disgus-

tado, y en tales disposiciones de ánimo llegaron a Madrid de retorno de su viaje de novios.

—Vaya, alguna nubecilla de verano, dijo don Cándido al conocer la pena de su hija. Todo pasará.

Así había sido en efecto. Carolina volvió a ser feliz. Fernando, vencido, subyugado por su esposa, comenzó a sentir por ella, no sólo pasión veheméntísima, sino una respetuosa amistad.

Secretos femeninos, Sólo pueden revelarlos ellas, y he aquí los de Carolina expresados en carta a su madre. ¡Perdónesenos la indiscreción!:

"Tuve, madre mía, por una niñada los continuos caprichos de Fernando proponiéndome nuevas formas de peinados y nuevos vestidos..., pero la grosera carta de su amigo Enrique me sonrojó y entristeció. ¿Es decir, que para estos hombres hemos de ser artificiosas y coquetas..., hacer las salsas en que nosotras mismas hemos de servirnos a ellos como manjar?

—¿Qué es ello? ¿Sois felices?, preguntó don Cándido a su hija entrando en casa de ésta un año después.

—Sí, replicó el yerno.

—¿Y aquella nubecilla?

—Oh, quién piensa en ello!

—Sin embargo, creo que fué por un adorno, y veo que tu mujer está más modesta y severamente vestida que nunca; el pelo recogido con sencillez y severo gusto... ¿Cómo es esto?

—¿Quiere usted saberlo, papá?, replicó el yerno. Pues porque ya tenemos entre nosotros quien disipa las nubes..., un niño..., y hasta que éste llega, hay el peligro de que el matrimonio sea un juego más o menos pesado: cuando el hijo llega, la vida se ennoblece más..., la mujer ya no es sólo mujer, es madre.

ANECDOTA

Poco tiempo antes de la guerra, Mr. Asquith recibía con frecuencia la visita de un colega que siempre andaba gestionando puestos para sus amigos políticos.

En cierta oportunidad, este eterno postulante se presentó a Asquith pocas horas después del fallecimiento de un alto funcionario.

—¿Es que mi amigo X... no puede ocupar el puesto de Mr. Smith?—preguntó.

—Eso es cuestión suya—respondió con gravedad Asquith.—Todo depende de que sus medidas coincidan con las del féretro del amigo Smith...

Roberto Casaux fue elocuentemente despedido en una intensa demostración de dolor

Ha muerto Roberto Casaux. Lo decimos con la entonación de luto que hace falta en esta hora del teatro nacional. Roberto Casaux era, ciertamente, la más significativa figura actual de la escena argentina, y su partida deja un silencio que no volverá a tener vibración, y un espacio de ausencia definitiva e irreparable. Pero nos queda su recuerdo, en donde su vida y su personalidad permanecerán indemnes ante el tumulto de los días.

Ha muerto Roberto Casaux. Es tan imprevisto su alejamiento, obligado por la fatalidad que disputó con él, enconadamente, latido tras latido, el aliento de su recio corpachón y de su espíritu sereno, que aún lo tenemos entre nosotros. Está ahí, todavía, el generoso amigo y el grande artista que fué Roberto Casaux. Queremos creer que salió de viaje o que se retiró a su casa a descansar por breves horas del esfuerzo cotidiano en las tablas. El azoramiento terrible de su partida nos sorprendió, precisamente, cuando hacíamos a Roberto Casaux preparando las maletas de la empresa de arte que se proponía desarrollar en España. El destino se complació en quebrantar, esta vez, un sueño para cuya realidad el ilustre muerto tenía el derecho de su representación legítima del teatro argentino. Roberto Casaux vió disiparse en las puertas de la gloria la esperanza de una universalización de su figura. Y, sin embargo, he aquí por contraste que adquiere de súbito el valor trascendental que anheló afirmar a su paso por los escenarios tradicionales de Europa. El clamoroso dolor argentino repercutió en el extranjero, imponiendo su figura como el volumen más recio de nuestro teatro, como la figura del intérprete completo en quien se resumían las cualidades del temperamento y la inteligencia de un verdadero creador. Roberto Casaux llegó, así, por el camino de la muerte, a la alta ciudad del triunfo perdurable.

Su aparición en nuestra escena marca un acontecimiento. Roberto Casaux, modestísimo burócrata, compartía las horas esclavizantes del escritorio con la lectura y la frecuencia de una butaca en las viajes salas de espectáculos. Su inquietud vibraba, tensa, allá en el fondo sensible de su espíritu. No asomaba, empero, a la superficie, el febriciente anhelo que lo roía. La espontaneidad sincera de sus sentimientos se cohibía en un ambiente de incompreensión desolado-

ra. Por eso no se supo de la vocación artística de Roberto Casaux hasta que, casi impensadamente, se le brindó una oportunidad accidental. Representando una olvidada comedia francesa que él fué aligerando de superfluidades a lo largo de la interpretación, Roberto Casaux alcanzó un éxito cabal, decimos, que determina su incorporación a nuestro teatro. Del día a la noche, como se revelan los

de nuestros intérpretes la responsabilidad de las obras que realizaba; y si no se atrevió a más no fué, seguramente, ni por desidia, ni porque se considerara falto de recursos naturales para abarcar un teatro superior. La consistencia de su arte habla elocuentemente de las cualidades eximias que poseía. Roberto Casaux esperaba el instante de abrirse camino en los campos del teatro inmortal, en el cual



ROBERTO CASAUX

grandes caracteres, pasó a ocupar un puesto de primera fila entre las figuras de la escena argentina.

La virtud de su temperamento, su ingenio creador y la elevación de su inteligencia bastaron para hacerle salvar ese largo paréntesis de maduración que precede a la gloria de la mayoría de nuestros actores. Es que había en él pasta genial. Roberto Casaux no era un aventurado en el teatro. Si su modestia retardó su aparición y fué motivo de otros retrasos, como el que cortó la muerte, ello se debió a su conciencia artística inquebrantable. Tuvo como ninguno

veía las posibilidades de plenitud de su genio. Lástima que la ausencia que tan hondo nos hiere aleje para siempre un sueño que hubiera cubierto de tributos al teatro argentino. Con todo, si se malogró en Roberto Casaux la figura universal que veíamos apuntar en su admirable labor, resta el ingente beneficio de su obra por la superación de la escena nacional. En este sentido, el artista desaparecido realizó un esfuerzo de magnitud que se apreciará mejor ahora, cuando advirtamos que su caída nos arrebató la columna de gracia que sostenía el teatro ar-

gentino.

Roberto Casaux fué, por otra parte, un hombre bondadoso, franco, amable. Llenó una vida austera, consagrada al estudio y al público que lo aplaudía incesantemente en la escena, que lo saludaba a su paso por las calles de su querida ciudad, y que lo llora en estos momentos, conjuntamente con nosotros. Por todo eso, por el haber de su labor artística y por las condiciones de hombre de bien que puso de manifiesto en todos los días de su bella existencia, Roberto Casaux tiene el recuerdo imperecedero del pueblo argentino.

* * *

La ceremonia del sepelio de Roberto Casaux dió lugar a una imponente demostración de duelo que alcanzó extraordinarias proporciones. Grandes masas de pueblo, al par de cuantos fueron sus amigos personales o lo trataron de cerca en las actividades del teatro al cual dió todas las luces de su temperamento genial, rindieron al grande y llorado artista un último tributo de admiración que es garantía del fervor con que vivirá perdurablemente en su recuerdo. Los distintos oradores que despidieron los restos del eximio actor se hicieron intérpretes del dolor colectivo, poniendo de manifiesto en profundas y sentidas palabras el claro abierto en nuestra escena con la desaparición de Roberto Casaux: He aquí los discursos:

HABLA DON ALFREDO VARZI.

En nombre de Sociedad Uruguaya de Actores habló don Alfredo Varzi, quien dijo los siguientes conceptos, entre otros no menos sugestivos:

Breves horas fueron suficientes en los tiempos enemigos de nuestro emocional, para que una rápida mutación de escena convirtiera el templo de las glorificaciones en cámara de la Muerte... Era, en verdad, un terrible cuadro de contraste el de anocerse. Lleno de flores, de lágrimas y de protestas, en el imponente silencio del dolor común, aquel amplio vestíbulo de los desordenados valvenes de otrora, que tanto se impregnara de votos laudatorios para el intérprete genial, anidaba una pena muy honda y muy humana... Y el desfile de los angustiados, como una teoría del sufrimiento, frente al arca del no ser, simbolizaba una glorificación más. Lloraban las almas deshojando mudas alabanzas. Bramaban su rebeldía los corazones, acrecentando latidos, como si quisieran forzar su cárcel de pecho para rebelarse contra el designio injusto de la Fatalidad, torturándose de impo-

tencia en el convencimiento de su pequeñez ante el misterio de la Única Verdad.

Una lógica función evocadora forjaba otro cuadro, en aquel escenario del dolor y de la protesta. Acudían a nuestro foro imaginativo, como en una maravillosa iluminación del Genio, las "macchiettas" consagratorias, inimitadas, de Giacomo, de Ferdinand de Pontac, del pintoresco profesor Müller, de Astrada incomparable, de casi todas las creaciones interpretativas de Roberto Casaux... Y esa reproducción de emociones profundamente sentidas, imborrables, siempre vivas en nuestra memoria, acentuaba nuestro ya intenso dolor, pero imponía la evidencia de su fuerza para el decreto indefectible de una inmortalidad.

Si el teatro argentino, para siempre enlutado, pierde a su figura más representativa, Uruguay, tierra de hondos simpatías por las reales manifestaciones del talento, pierde con la desaparición de Roberto Casaux al más grande de los animadores de sus sentires artísticos y uno de sus más francos carinos, hecho de respeto y de admiración.

La Sociedad Uruguaya de Autores, cuya representación invoco en este doloroso momento, se inclina ante los despojos del que fue su excelente amigo y su fraterno solidario compañero en el despliegue de comunes aspiraciones de arte.

LA PALABRA ELOCUENTE DE DON ENRIQUE GARCÍA VELLOSO.



Don Enrique García Velloso, que compartió tantas horas con el ilustre artista desaparecido, pronunció una oración fúnebre de alto vuelo. La emoción de su frases se comunicó a los circunstantes, arrancando verdaderos testimonios de dolor al numeroso gentío que acompañó a Roberto Casaux a su definitivo descanso. Comenzó expresando don Enrique García Velloso:

Cuando le conocimos el porvenir hablaba para él, y su destino de actor se anunciaba en las apariciones furtivas que solía hacer por las noches, en el escenario del Argentino. No tenía ni la extravagancia exterior, ni el adorno de la parla estrepitosa y vivaz. Era un visitante tímido, casi silencioso, todo ojos, todo oídos, que parecía vivir en el constante asombro que le producía ese mundo de la ficción teatral, tan diverso del otro de realidades matemáticas y de responsabilidades morales donde pasaba sus tardes de empleado bancario. En la Peña del café nocheriego nos reveló de improvisito, con una simplicidad de adolescente en recreo escolar, sus habilidades maravillosas de imitador fónico, sin otras ulterioridades que la de divertir a los contertulios. Y el visitante, hasta ese momento silencioso, azuzado por aquel éxito definitivo, al descubrirse ante nosotros, se descubrió a sí mismo; y sin la previa consulta de sus intereses, jugó la tranquila y metódica situación burocrática, y su timidez transfigurada momentáneamente en fe sin vacilaciones, lo empujó hacia el escenario de un teatro.

Al contemplarle tan seguro de su porvenir, parecía como que al marcharse del Templo de Mercurio, el Destino hubiera hecho crecer las alas de los pies del hijo de Júpiter para prestárselas y que se las colocara a la espalda y comenzase su magnífico vuelo.

Luego de otros párrafos no menos estremecidos del doloroso recordo de Casaux, concluyó D. Enrique García Velloso:

Y así ningún auditorio por abigarrado que fuere se quedaba sin entender sus vascos inflamados de verdad y de optimismo; sus gallegos caurros o enfermos de morriña; sus catalanes rudos; sus genoveses ásperos; sus napolitanos imaginativos, trágicos o grotescos; sus alemanes ingenuos y sentimentales; sus franceses caricaturescos como escapados del elenco de Gargantúa y Pantagruel o del Tartarin de Tarascón; sus ingleses vistos en Thackeray o en Swift antes que en la gracia clownesca de Frank Brown; o sus judíos; o ese maravilloso gaucho último de una sola veta como el tronco de quebracho, verdadera creación arquetipo que tardará mucho en ser igualado en nuestros escenarios. ¡Y todo eso ya no es y no será sino el recuerdo de un público coetáneo y contemporáneo de su arte!

La Implacable, al detener a Casaux en el cenit de su ascensión escénica y de sus actividades espectaculares, nos ha arrebatado, al propio tiempo que al artista, a un hombre ejemplar en su intercambio mundano y en sus carinos, admiraciones y respetos íntimos. Era un corazón de adolescente en el cuerpo de un coloso; sentía de a diario las ansias más nobles y generosas; fue un artesano del deber y un artifice puro de la amistad.

Por eso, porque era artista admirable y amigo sin tacha y sin reproches, han venido hasta aquí, custodiando sus despojos mortales, representantes del gobierno de la Nación y del gobierno de la Comuna, del periodismo y de las instituciones culturales; por eso estamos aquí sus amigos de todas las horas, nunca más solidarios que en este instante, inolvidable precisamente porque es tremendamente cruel; y por eso está aquí conturbado el pueblo anónimo, que llora en la plenitud de una emoción inconsolable frente a la prematura muerte del artista, que fue causa de su deleite espiritual y de su risa estrepitosa.

ROBERTO CASAUX: Al inclinarme sobre tu féretro, deposito la ofrenda de la pena inenarrable de mis camaradas del Círculo Argentino de Autores, el fervor admirativo de mis compañeros y alumnos del Conservatorio Nacional de Música y Declamación y de mis ilustres colaboradores en esa obra de piedad y de amor fraterno que se llama la Casa del Teatro, que desde su iniciación contó contigo y en donde el olvido, que es la última de las tumbas de los artistas, no existirá jamás para ti.

CONCEPTOS DEL SEÑOR REALI.

El señor Reali, empresario del teatro Sarmiento, en representación de la Sociedad de Empresarios dijo del dolor que causaba la desaparición del gran actor:



Artista de naturaleza, enamorado de su arte y argentino, por añadidura, concibió el sublime sueño de saldar a Europa su aporte clásico con las primicias de nuestra escena. Dotado de excepcionales condiciones, cada uno de sus gestos, como los viejos cantares, solía encerrar un poema o despertar un sentimiento. Y es que su arte era un símbolo: la cabeza y el corazón unidos por el trabajo, esa fuerza indestructible que representada por un yunque habrá de forjar en el futuro, con lineamientos definidos, nuestra personalidad teatral.

El azar ha querido llevarse a uno de sus más viriles trabajadores, y es por eso que viste crespónes el teatro nacional y permanecen mudas las farándulas frente a la desgracia que las agobia.

Roberto: Duermes en paz. Caíste temprano. La segur implacable de la muerte segó el hilo de tu existencia, celosa acaso de que llevaras al teatro nacional hacia insospechables horizontes.

Señores: Pongmos a los pies exá-

nimes del amigo bueno y del artista excelso las flores de nuestros sentimientos y no prendamos luces y hachones alrededor de su tumba, porque bastan a iluminarla los destellos de la gloria que en vida supo conquistar.

DON PEDRO BERNAT, EN REPRESENTACION DE LA SOCIEDAD URUGUAYA DE EMPRESARIOS.

El breve discurso de don Pedro Bernat que habló en representación de la Sociedad Uruguaya de Empresarios, puso de manifiesto la simpatía profunda que experimentaban sus colegas por Roberto Casaux y el hondo dolor que les abatió con su imprevista muerte. Dijo don Pedro Bernat:

Señores:

Por Montevideo, la ciudad de los grandes éxitos de Roberto Casaux, pasó ayer tarde una ráfaga de honda tristeza. La noticia del fallecimiento de ese artista dejó honda huella, y el público montevideano, ese mismo público que supo reír y festejar sus extraordinarias interpretaciones, quedó sumido en un profundo silencio, dolorosamente impresionado, como si una saeta le hubiera traspasado el corazón. Y es que, Roberto Casaux, tanto en el terreno del teatro como en el de hombre, supo siempre sembrar un caudal de simpatías y afectos, que se han aunado en estos momentos tan tristes en una protesta contra la Parca, que arrebató a quien sólo supo ser un artista caballero.

Y la Sociedad Uruguaya de Empresarios me ha encomendado traer su palabra a este acto, en la seguridad de que lo hace como justo homenaje al más grande artista del teatro rioplatense, y al amigo cordial y generoso.

¡Haya paz sobre su tumba!

DISCURSO DE DON EDUARDO ZUCCHI.



En seguida, en nombre de la Sociedad Argentina de Actores, pronunció don Eduardo Zucchi un sentido discurso que evidenció el

hondo dolor que embargaba a los compañeros de Roberto Casaux, y que perdurará, indudablemente, en el recuerdo de veneración al grande intérprete caído. He aquí lo que dijo:

Traigo la palabra de la Asociación Argentina de Actores, condenando, una vez más, la injusticia de la muerte prematura, que vence a la gloria a su capricho... Volvieron a trepidar las naves de nuestro augusto templo de Talía... Acaba de sucumbir una de las columnas más soberbias que cimentaban su magnificencia. Roberto Casaux era una de las divisas más preciadas que le dieron reputación, gloria y vida...

En silencio quedaron anoche todas las salas teatrales de la Capital Federal... Un motivo de crepúsculo a plena luz ensombreció el ambiente e hizo palpitar de angustia a los corazones hermanos de trabajo, que sienten por él el más sincero afecto y la admiración más pura. En el transcurso de su viaje por la vida, si hubo alguien que podía considerarse exento de enemigos, fue Roberto Casaux. El hombre probo y el gran artista, se completaban generosamente,

Desde su alborar en la brillante carrera que múltiples éxitos le deparraron, poseyó la virtud de granjearse el cariño y la amistad de cuantos lo rodeaban. Su corazón de hombre y de intérprete estaba al servicio de los amigos y del público. ¡Qué fuerza inclemente pudo decretar sobre su preciosa vida tan implacable sentencia, que de modo así irremediable nos lleva a uno de nuestros intérpretes más preciados?

Recordemos sus creaciones escénicas de Ferdinand Pontac, Giacomo, Movimiento Continuo, Distinguido Ciudadano, Kolossal Mujer; y, además de otros, evoquemos su realización póstuma: El Grillo, que, como broche de oro a sus tiempos, inició fatalmente su ósculo la materia...

¡Pero no es la muerte el final de todo! Queda la historia, en la cual el nombre inmortal de Casaux vibrará esculpido con el título de maestro de nuestro teatro, para doctrina y documentación de las pléyades futuras, que han de continuar su labor e inmortalizar su admiración.

Roberto Casaux: Los argentinos soñarán, para la gloria de su teatro, un émulo que siga la huella de tus pasos. La vanguardia de jóvenes actores que se inician te considerará desde hoy un símbolo... Duermes orgulloso en el sitio de honor que entre Battaglia y Pablo te reserva como recompensa el fático reino de la nada, que tus discípulos, a quienes de tu fecunda enseñanza hiciste cátedra, velarán, celosos y con unción sublime, ese germen divino que dejó tu eminente paso por nuestros escenarios.

Anoche se inició una gran pausa de recogimiento, intercalada como mandato irrefutable del destino, en la comedia obligada del proscenio.

Ya comenzaron a aunarse las páginas que han de compaginar el texto biográfico de tu impecable carrera de artista, cuya estela de emociones perdurables hermana tu posición en lo infinito con el recuerdo de los que te veneran en vida...

Duerme, Casaux, mientras la máscara del tinglado, dando tregua a la ficción del proscenio, flota tu pérdida con lágrimas de hombre... Duerme, hermano, que un rocío del corazón empañó la pupila en la familia teatral argentina.

La Asociación Argentina de Actores ostenta desde hoy un crespón más en el nomenclátor de socios que integraron su organización.

Duerme, Casaux, que en la eternidad de tu sueño hace guardia de honor la historia del teatro argentino... ¡Hermano, adiós!

PALABRAS DEL DOCTOR ENRIQUE T. SUSINI.

Ostentando la representación del Círculo de la Prensa, el doctor Enrique T. Susini hizo uso de la palabra, expresando lo que transcribimos a continuación:

Vengo, señores—comenzó diciendo— a traer la palabra angustiada y dolida de la gente de prensa.

El dolor por la pérdida de un amigo y de un compañero leal y bueno, que así fue Casaux para los periodistas, y el dolor que como argentinos sentimos al irse uno de los mejores obreros de nuestra cultura. Grande y noble es toda profesión de arte; grande, noble y difícil es la del actor.

Para nacer casi por generación espontánea, como nacen nuestros actores, sin una tradición, sin una escuela, en un ambiente heterogéneo y cambiante es una evolución vertiginosa, se necesitan condiciones naturales extraordinarias de intuición, de agilidad y perseverancia, y luego el actor libra una batalla diaria, en una lucha implacable sin tregua ni descanso, no sólo para defender un preboste, sino el porvenir y el pasado. Después agregó:

En arte, decía Ovidio, es ante todo necesario esconder el arte. Receta eterna para el buen actor. De ella surge la espontaneidad tan maravillosa en Casaux, tan maravillosa que no podíamos concebir los personajes que él creó sino como él los creó, y no porque fueron fotográficos; al contrario, son sus tipos resumen de tipos, y por eso los encontramos en todas partes.

Casaux ha muerto en su ley, en su ambiente y en su apogeo, muerte cruel y hermosa que los dioses suelen dar a sus favoritos para que vivan eternamente en el recuerdo de los humanos.

LAS ESTRELLAS

Por R. M. Latorre

I

Nunca la habían engañado a ella. Sus ojos azules de expresión inocente, infantil, las miraban durante las largas veladas de invierno a través de los cristales, sentada junto a su madre o sola en la lujosa y amplia habitación, donde le parecía estar acompañada mientras pudiera advertir el parpadeo de sus nocturnas amigas que destellaban su luz para alumbrarla.

Su labio balbuciente no sabía formular apenas palabras; pero hablaba ya con lenguaje desconocido, y las estrellas le contestaban con misteriosos signos de aquiescencia, incomprensibles para cualquiera que no fuese aquella niña cariñosa que se sentía ligada a ellas por lazos de amor y afinidad inexplicables.

Durante el verano bajaba al jardín en compañía de su madre, y junto a la cascada microscópica que dejaba correr su clara linfa por el lecho de blancas guijas, contemplaba la fulguración de las estrellas que una a una aparecían en la inmensa bóveda, todavía iluminada por las últimas claridades del moribundo día.

El agua corría mansamente con suave murmullo, rebosaba de la ancha taza de mármol, espumajeban al encontrar cualquier obstáculo, y seguía después ya aquietada el cauce que trazaron las primeras ondas y refrescar la calurosa atmósfera; los grillos llamaban a sus hembras con el agudo chillido de sus élitros; las mariposas plegaban sus tornasoladas alas sobre el cáliz de las flores que esparcían al viento sus más delicados olores y el polen fecundante germen de vida; los pájaros, que habían dado ya las últimas notas del himno del día, dormían en sus nidos; entre las altas hierbas brillaban tenues lucecitas verdosas: eran las luciérnagas que querían a su vez entonar el cántico eterno del amor; salían de sus recónditos escondites las larvas; volaban a ellos los demás insectos; las plantas, al fijar el oxígeno, robaban calor al aire; la brisa parecía haber plegado sus alas; el silencio era cada vez más profundo y más augusto, y del seno de aquella obscuridad y de aquella calma se elevaba una voz que en largos, suavísimos trinos encantaba flores y plantas, mariposas y gusanos y se perdía en lo alto, cada vez más risueña y más armónica: era el ruiseñor que cantaba.

Dos sombras abandonaban al cabo el jardín, juntas se hundían en la mole oscura de la casa, se tendían en un mismo lecho y el ángel

de los sueños batía a un tiempo sobre aquellas dos encantadoras cabezas sus doradas alas.

II

La savia que asciende de lo profundo de la tierra hace que la planta adquiera todo su desarrollo, que el botón se convierta en flor; el inicial pulso permite que la larva se convierta en crisálida y que de ésta forma muerta nazca



—Este es el antiguo modisto de mi hija; pero lo hemos dejado porque quiere cobrar los vestidos en cuanto los acaba.
—Claro; si te trae la cuenta, no te "trae" cuenta.

la mariposa; que la idea que germina en la oscura célula del cerebro cristalice sobre la tierra, y al llegar a su grado máximo de expansión coadyuve al general progreso: todo ha de llegar a su completo desarrollo, las razas como las ideas, las plantas como los hombres.

María era ya una mujer, mujer de tan perfectas formas y de tan acabada belleza, que se diría que el ritmo y el número que informan y sustentan la belleza sin par en los espacios siderales poblados de estrellas y planetas, se compendian en aquel cuerpo sin tacha y en aquel rostro de facciones delicadas y puras. Como años antes, continuaba bajando al jardín todas las noches, y desde su ámbito despejado contemplaba también a las estrellas que inmóviles, fijas, centelleantes, no faltaban jamás a aquellas nocturnas citas. Como antes conversaba con ellas por medio de palabras que no llegaban a formular los labios, pero que cariñosas e inteligibles brotaban del corazón.

III

¡Flor hermosa! ¡Flor azul!
¡Flor sagrada!, le decían. La esen-

cia que de ti se desprende es suave y pura. Canta el ruiseñor tu gracia y tu belleza; la claridad del día, de ti enamorada, te envuelve en su luz; las sombras de la noche, codiciosas de tu hermosura, la ocultan a todos los ojos menos a los nuestros.

“¡Flor hermosa! ¡Flor azul! ¡Flor sagrada!, para cumplir los fines de natura, es forzoso que cada ser se junte a otro a fin de entonar el eterno canto del amor. Hay un hombre digno de ti por todos conceptos. Ni le conoces ni te conoce; pero su alma vuela hacia la tuya y su cuerpo anhela la posesión del tuyo. Pronto cruzará tu camino, y entonces ¡flor hermosa!, ¡flor azul!, ¡flor sagrada!, co-

SABAÑONES
USE PASTA VASENOL

contra otros. Mensajeras de muerte las balas del cañón y del fusil hendieron en aire quedaron destrozadas las mieses en el campo, y la mies humana fué segada también por viento de muerte. Los hombres se batían unos contra otros en lucha suprema. La esclavitud libraba una formidable batalla a la tiranía. La lucha empujada en el campo se propagó a las ciudades, y el incendio y la muerte se propagaron a las casas, abatieron las torres y sembraron la desolación y el espanto por doquier.

VI

Todo había vuelto a la calma que sucede a las tempestades; pero ¡cuánta ruina!, ¡cuánta muerte!

El jardín en que María pasara tan felices horas guardaba las huellas del tremendo combate. Las plantas, pisoteadas, yacían en el suelo; los árboles, descuajados, habían muerto; las aguas de la cascada, obstruido su cauce, formaban fangosas charcas sobre la sucia tierra.

Un frío intenso parecía haber matado hasta el germen de la vida. La mujer niña contemplaba atónita tanta desdicha y desolación tan honda. Elevó los ojos al espacio, y frías, fijas, inmóviles, advirtió las estrellas que en aquella hora angustiosa parecían cantar un himno a la muerte. María oyó aquel himno y cayó para no levantarse más al comprender que ni abajo en la tierra ni en las inmensidades siderales brilla jamás la estrella de la dicha.

¡LAS POBRES MUJERES GRUESAS!

La Berolina, la estatua de bronce que representa la figura de una mujer de amplias proporciones, que durante tanto tiempo estuvo colocada en la Alexander Platz, y que se consideraba como símbolo de Berlín, va a ser fundida en breve porque su figura es demasiado gruesa para el gusto moderno.

La estatua había sido quitada temporariamente, a causa de unas obras que el Municipio de Berlín había ordenado hacer. Cuando ha llegado el momento de volverla a restituir a su sitio, el Ayuntamiento de esta capital ha acordado no hacerlo, “por consideraciones de orden artístico”.

IV

Muchas veces había visto, inclinada la cabeza y tardo el paso, como hombre preocupado en graves asuntos. Los ojos de María le seguían en aquellos solitarios paseos, y vivas y despiertas advertieron pronto unas facciones bronceadas por el sol de los trópicos, un cuerpo fuerte y nervioso y unos ojos oscuros y centelleantes y profundos como el pensamiento. Un día aquel hombre levantó su mirada y la fijó en aquel rostro de ángel que detrás de los visillos le contemplaba con ansia. Sintió la niña emoción grata e indecible, y comprendió el cántico de amor con que pasadas noches la saludaron las estrellas. El amor había hecho presa en dos almas, y dos cuerpos se estremecían al unísono al sentir el ansia del deseo. María aquella noche contó a sus amigas la dicha que sentía, y fué feliz.

V

La tierra se estremeció sacudida por el alud de los escuadrones que con furia insana se lanzaban unos

Juan Marcos Bouthillier dijo, suspirando:

—¿Tu resolución mi querido amigo, es irrevocable?

El joven conde de Cruey respondió:

—Lo es. Voy adonde me llama el honor. Me uniré allende la frontera a quienes trabajan por la libertad del rey y el restablecimiento del orden en el reino. Sólo lamenta una cosa: no poder decidirte...

Bouthillier le detuvo:

—El rey es un hombre. Francia es la madre de todos nosotros. Me quedo donde ella está, para servirle y para defenderla.

—¿Cómo, amigo mío, osas unirte a gentes sin escrúpulos, facinerosos, expoliadores?...

—Puede ser que los haya entre los nuestros. Por todas partes existen hombres impuros. Pero la mayoría de los jacobinos está inflamada del amor a la patria y a la libertad.

Cruey rió sardónicamente:

—¡Bonito amor, que despoja de sus bienes legítimos a los viejos defensores del trono a los servidores sagrados del altar, que reduce al rey!...

Bouthillier puso una mano sobre su hombro:

—No discutamos. Nuestros espíritus pueden llevarnos a frases que nuestros corazones deplorarían. Debemos evitar en nuestra última entrevista la sombra de un disenso. Nuestros sueños son distintos; por consiguiente, nuestro camino se bifurca. Pero nuestra amistad debe permanecer inviolable. ¡Quién sabe! ¡Tiempos mejores!...

—Es verdad—dijo Cruey, tomando con calor las manos de su amigo.—Yo te prometo que el día en que, vencedores con la ayuda de las potencias europeas, restablezcamos el orden en París, mi primer cuidado será el de correr...

Bouthillier, sonrió, interrumpiéndole:

—El velo del porvenir es impenetrable. Detrás de él, son desconocidos los actores, las decoraciones y los episodios de la comedia o del drama. Lo que yo sé, Cruey, es que tú me salvaste la vida hace dos años, cuando...

—¡No hablemos de eso! —exclamó Cruey.—¿No te debo yo algo más que la vida, el honor, desde el día en que habiendo perdido al juego mil luises, que no podía pagar, ya me sentía arrastrado hacia un extremo funesto?

—¿Qué importan las acciones! —interrumpió Bouthillier.— Nuestros dos corazones están unidos. En cualquier acontecimiento a que la suerte nos arrastre, por opuestas que sean las vías por donde nuestro valor nos precipite, suéceda lo que suéceda, Cruey, deseo que estés convencido de que te quiero, y de que mi afecto se

EL DEBER

Por Andrés Lichtenberg

mantendrá siempre inquebrantable, por encima de todos nuestros sentimientos pasajeros...

Cruey, emocionado, respondió:

—Si yo deseaba que te hallaras entre los nuestros, no es solamente porque considere que nuestro partido es el bueno; es que voy a dejar aquí una gran parte de mí mismo. Diariamente, Bouthillier, pensaré en ti con todo el ardor de una amistad sin igual.

Se levantaron, se tomaron las manos, e inclinando sus cabezas, besáronse gravemente.

Marcos Bouthillier, fusilero del segundo batallón, avanzó.

El coronel lanzó una mirada satisfecha sobre su rostro varonil, y lo condujo a su tienda para comunicarle las órdenes.

—Señores —dijo el marqués de Luc-Sainte-Croix, — me encuentro en un cruel embarazo. No ignoráis que el ejército del príncipe está a diez leguas de nosotros. Pero, probablemente, las vanguardias

AYUDA A OTROS A LIBERTARSE

Soñamos que mil ligaduras nos impiden todo movimiento.

*("Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado...")*

Soñamos que hemos perdido las alas.

*Ayuda tú a tus hermanos a encontrar dentro de ellos
lo que juzgan que han perdido.*

¿Quieres contribuir a la liberación del mundo?

Pues comienza por libertar a cada hombre de su preocupación, de su aprensión, de su prejuicio.

No hay dos seres humanos que lleven igual cadena...

Nosotros mismos nos vamos forjando a diario, perseverantemente, nuestros grillos...

Si bien lo pensamos, nada puede esclavizarnos: ni este cuerpo mismo; porque este cuerpo no es prisión: es arma, es instrumento, es agente.

El hombre, dice William Crookes, es un cerebro que se ha creado órganos.

¿Piensas tú que un cerebro se crearía órganos sólo para aprisionarse?

¿De qué ave has sabido que teja sus propias redes!

(Sabemos, en cambio, de orugas que si se fabrican una prisión es justamente para tener alas).

¿Y quién ha podido hacerte creer que el alma no vuela porque está encarnada!

El alma no está encarnada...

Es como si dijeras que la electricidad está presa en el carrito de Ruhmkorff y encerrada en el flexible metálico.

Aprende, pues, a saber que eres libre y enseña a los otros que lo son.

Amado NERVO

Luego, irguiéndose:

—¡Ay! —suspiró Bouthillier— ¿cuándo volveremos a abrazarnos?

En seguida sin darse vuelta, alejaronse a pasos lentos, silenciosos en la angustia del porvenir.

—¡Ciudadanos soldados —dijo el coronel, — la patria reclama un corazón resuelto! Es posible que la muerte recompense su coraje. Pero su nombre será inscripto en el panteón de la posteridad. Sé que todos vosotros ardéis en el *sans-culottisme* más puro. No necesito sino un hombre. Elegid entre vosotros, no el más bravo, puesto que todos lo sois, sino al que, a un alma intrépida, una la puntería más ejercitada.

Pocos instantes después, Juan

de los rebeldes nos han separado ya de él. Se trata de atravesar las filas enemigas para advertir al príncipe de nuestras posiciones, y transmitirle las órdenes del generalísimo. Para ello, necesito un gentilhombre...

Doscientas manos se levantaron, doscientas voces exclamaron:

—¡Yo, marqués!

El marqués prosiguió, sonriendo:

—Estaba seguro, señores, que os disputarías esta misión, puesto que ella comporta gloria y peligro. Pero no puedo enviaros a todos. No deseo, tampoco, efectuar una elección, que resultaría arbitraria de cualquier modo. Escribid, pues, vuestros nombres en algunos pedacitos de papel. La suerte designará al mensajero.

Pusiéronse los nombres en un birrete. El marqués sacó uno de

los papeles y lo desplegó:

—Señor conde de Cruey —dijo, — la suerte os ha favorecido. Dignaos seguirme, a fin de que os haga entrega del urgente e importante mensaje destinado a su alteza.

Es el bosque frondoso, verde de Primavera, fresco de aurora, bañado por el rocío y por el sol naciente. Los árboles, graves, se desprecian del sueño invernal. En el camino, al pie de añoso roble, un hombre está sentado; la mirada en acecho, el oído atento y el dedo sobre el gatillo de su fusil: parece un cazador esperando su presa.

De vez en cuando, apoya la cabeza contra el suelo, y escucha.

¡Todavía nada! Sin embargo, las informaciones de los campesinos son bien precisas.

No hay otro camino que conduzca a Vardes, donde se halla el cuartel general de Condé. El mensajero tiene que pasar por allí. ¡Paciencia, pues!

Mientras espera, Bouthillier no puede dejar de pensar. Piensa en Francia, en las noticias terribles que vienen de París, donde la Convención se diezma a sí misma; piensa en las tristezas, en la guerra civil, en las batallas, en las que sus compatriotas se matan entre sí. Suspira. Será necesario, sin embargo, que un día triunfe y se establezca la universal fraternidad que hace correr tanta sangre. Un día, el mundo estará en calma, puro, sereno, dichoso, como este bosque verde en esta mañana de Primavera. Con delicia aspira el aire fresco, el olor de las hojas y de la tierra húmeda. Y, no obstante, dentro de un momento habrá allí, sin duda, un muerto y sangre humana...

Bouthillier tiembla de horror: su corazón se ablanda... ¡Si el mensajero no hubiera partido... o si hubiera tomado por otro camino!... Pero, no; eso podría significar la pérdida del ejército republicano. Es necesario que ese hombre pase; es necesario que sea atacado; es necesario que su mensaje sea llevado al general patriota. ¡Es necesario, pero es terrible!

En una batalla resulta más fácil. Se tira al montón. Nadie se percata mayormente de los que caen. Es una fuerza que destruye a la otra. Aquí, va a ser un hombre que matará, casi que asesinará a un semejante... ¡Es necesario! ¡Pero, si por casualidad no pasara!...

Bouthillier se detiene en sus pensamientos. Vuelve a poner el oído contra el suelo. ¿Se engaña? ¡Sí, indudablemente!... ¡Pero, no! ¡Es el galope de un caballo!

Asegura la bayoneta al extremo del cañón de su fusil, examina el gatillo y pone una rodilla en tie-

rra. ¡La suerte está echada! El corcel se aproxima. Allá lejos, en la sombra del follaje, donde desaparece el sendero, ¿no se distingue ya algo que avanza? Y súbitamente, inclinado sobre la collera de su caballo bayo, lanzado a todas bridas, surge el jinete... Ochenta metros, sesenta metros, cuarenta metros... Bouthillier calcula la distancia. ¡Fuego!

La detonación resulta amenguada por la enramada tupida. El caballo resbala, cae, rueda sobre sí mismo; trata de levantarse, vuelve a caer...

Bouthillier arremete con la bayoneta calada. Pero el jinete se ha desprendido de los estribos, y, con la espada desnuda, se encuentra ya en guardia.

Dos gritos repercuten, casi simultáneos:

¡Crucy!...

—¡Bouthillier!...

Y, a tres pasos, los dos hombres, que iban a agredirse, detuviéronse paralizados por el horror.

—¡El mensajero del príncipe!

—Soy yo. Déjame pasar.

Bouthillier alzó los hombros.

—No podría siquiera dejarte tomar otro camino. Los nuestros correrían el riesgo de perderte. Entrega tu mensaje.

Crucy sonrió con desdén:

—Lo llevaré a destino o moriré...

Bouthillier respondió:

—Es necesario que me apodere de él o que muera...

Midiéronse con los ojos, ante el horrible deber que se les imponía, y que no osaban formular.

El primero en romper el silencio fué Bouthillier:

—Yo quería, Crucy, devolvarte la vida que me salvaste en una ocasión. Pero, aquí, ella no me pertenece. No soy sino el campeón de la patria. Mi sacrificio sería una traición.

Crucy respondió:

—En cualquier otra circunstancia, moriría dichoso por ti. Hoy, tengo que vivir...

Bouthillier sonrió amargamente:

—Sí, lo comprendo, es necesario que te mate.

Y, Crucy:

—O que yo te mate a ti...

En el bosque, los pajarillos, asustados han enmudecido, y las copas elevadas de los arbustos gimen, balanceándose con lentitud.

Crucy habla:

—Los instantes me son preciosos. Sin embargo, antes de agredirnos, abandonémonos por última vez a las delicias de nuestra amistad.

Y, dejando caer la espada, abre los brazos. Arrojando al suelo su fusil, Bouthillier se precipita en ellos. Se sientan, el uno al lado del otro, sobre la hierba verde que pronto será roja.

Crucy ha dicho:

—Cuando la sombra retroceda hasta esa piedra...

Bouthillier ha aprobado.

Casi abrazados, ambos hablan, contemplándose en el fondo de sus ojos su mutua afección. Hablan de lo que han visto desde la fecha de su separación, de lo que han sabido, de lo que piensan.

Crucy confiesa que entre los emigrados existe bastante egoísmo y bastante liviandad. Bouthillier reconoce que, entre los jacobinos, muchos se sienten dominados por el amor al pillaje y al desorden.

—Probablemente — dice Crucy — hubiera habido conveniencia en que la nobleza y el clero renunciaran voluntariamente a algunos de sus privilegios.

—Es posible — dice Bouthillier — que los patriotas se hallen equivocados haciendo demasiado bruscamente tabla rasa del pasado.

Y sienten sus corazones soñar al unísono el entendimiento fraternal

ro se escapa de sus pechos oprimidos. ¡La piedra ha aparecido completamente al sol! Se levantan.

—Nuestro último abrazo — dice Crucy con voz poco firme.

Bouthillier lo estrecha entre sus brazos, sollozando. En seguida se separan a pasos lentos, a fin de recuperar la misma posición que tenían.

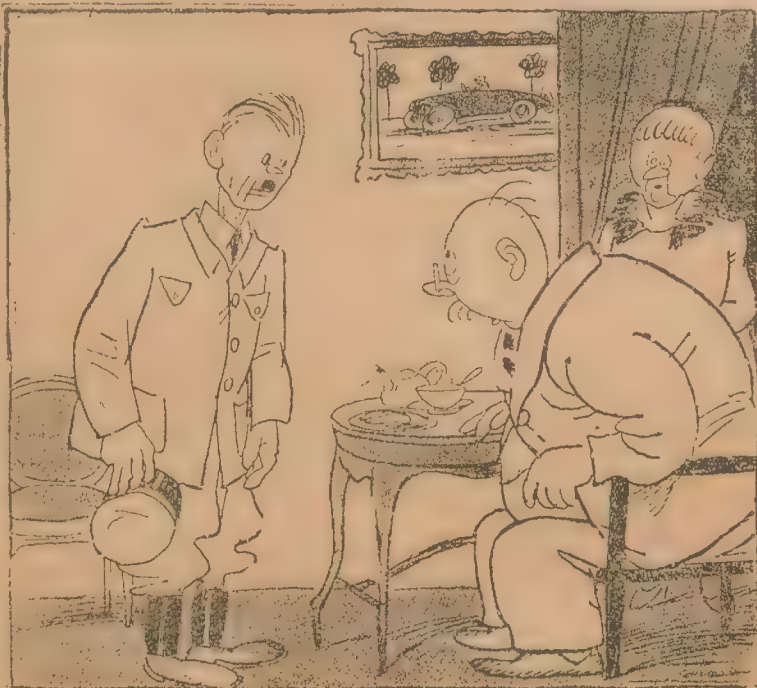
Con la bayoneta calada, Bouthillier, pálido como un muerto, se yergue frente a Crucy, que blande su espada, pálido como un muerto.

—¡Vamos! — dice Bouthillier.

Ninguno de los dos se mueve.

Trascurren segundos, seguramente minutos.

Por fin, el tiempo apremia a Crucy. Se lanza resueltamente, tratando de sorprender a su adversario con una finta. Bouthillier des-



EL NUEVO CHAUFFEUR

—Para tomarlo a mi servicio necesito informes de los señores con quienes últimamente estuvo.

—Eso no va a ser posible, porque murieron en el último accidente que tuvimos.

de todos los hombres honrados contra los perversos.

La sombra retrocede. Ya ha disminuido más de la mitad. Por momentos les parece sentirse dominados por una pesadilla imposible: no, no es posible que ahora, dentro de pocos instantes, se precipiten el uno sobre el otro, como bestias feroces. Ellos que no tienen más que un corazón, ellos cuya lealtad es igual, ellos cuya opinión es ahora casi idéntica... ¿Qué fuerzas ciegas van a armar sus brazos y por qué fatalidad van a levantarlos el uno contra el otro? Bastaría, sin embargo, que ellos no quisieran, y nada sucedería.

Pero la indecisión no desflora siquiera sus almas formidables.

A vista de ojo la sombra decrece...

Se estrechan las manos en una angustia apasionada, sus labios temblorosos no hablan ya, sus gargantas están secas.

Fijos, sus ojos siguen la línea de sombra; sus respiraciones se detienen casi. Luego, un doble suspi-

barata su tentativa y, de repente, con un movimiento brusco, inclina el busto y lanza el brazo hacia adelante...

Crucy quiere parar el golpe; pero la bayoneta golpea en falso a la espada, que se quiebra, y entra en carne humana...

Con el pecho atravesado y la sangre en los labios, Crucy da dos pasos hacia atrás y cae. Con el rostro contraído de horror, lívido, espantoso, Bouthillier deja su arma y permanece inmóvil por un momento, ante el caído.

Crucy, agonizando, le contempla con dulzura; su deber está cumplido y su amigo está salvado... ¡Pero no! Posee todavía un arma. No tiene el derecho de descuidar la última posibilidad.

Su mano temblorosa levanta una pistola y, casi sin ver, dispara...

Bouthillier vacila como un hombre ebrio y se abate bruscamente. Trata de levantarse... ¡Imposible! Entonces, con una voz débil, musita a Crucy:

—¡Ahora no somos sino amigos!

Malgrado los sufrimientos atroces, dejando tras de ellos arroyos sangrientos, con esfuerzos sobre-humanos, los dos moribundos se arrastran el uno hacia el otro. Sus ojos se enturbian, sus miembros flaquean; siguen, empero, arrastrándose y sus manos asesinas se confunden una última vez en un apretón fraternal...

La muerte se lleva sus almas gemelas y sus cuerpos permanecen inmóviles, unidos...

* * *

Bajo el sol del mediodía, el bosque se calla.

Los pájaros dormitan. Pero pronto, grandes cuervos de alas negras comienzan a dar vueltas en el cielo, en círculos concéntricos que van cerrándose de más en más...

EXTRAVIO CON SUERTE

Uno de los casos más curiosos ocurridos en la Bolsa de Nueva York, es el de una viuda que reside en los alrededores de la ciudad, que por haber perdido hace cinco años un certificado con 40 acciones de la Radio Corporation percibirá en breve 20.000 dólares.

Hace cinco años, cuando la afortunada perdedora compró las acciones, la Radio Corporation era una Empresa nueva y desconocida, y sus títulos se cotizaban a 20 dólares.

La mujer, viuda del mayordomo de una acaudalada familia neoyorquina, después de muchas vacilaciones se decidió a emplear 800 dólares que tenía ahorrados en la compra de las acciones.

Al remitirle el resguardo se notó que tenía una equivocación en el nombre, y se devolvió a la Compañía para que lo enmendase, pero el certificado se extravió, y la viuda vió ya perdidos sus ahorros.

Fué, sin embargo a ver al director de la Compañía, le contó lo ocurrido y aquél le dijo que tenía que aguardar cinco años, y si pasado este tiempo nadie reclamaba los valores se le extendería un nuevo resguardo.

Como dentro de unos días terminan los cinco años, en lugar de las 40 acciones por valor de 800 dólares recibirá 200 acciones que valen 20.000 dólares.

La mujer ha confesado que si los títulos hubieran estado en su poder, hace mucho los hubiera vendido, probablemente por poco más de lo que pagó por ellos.

La espera de cinco años le ha resuelto el problema de sostener a su familia de dos hijos y de darles educación.

Bastón de Oro

Por Fausto Burgos

—¿Se lo regalaría Coquena?
—¿Quiénsabe, señor.
—¿Será de oro?
—No ha de ser. ¿No ve que es bastón de pobre? será de queñuá o de churqui...

—Yo se lo preguntaré...
Bastón de oro se aproxima la-deándose.

—¿Lo volteará el caballo?
—Es cerrero.

Los cerreros no montan a caballo; el animal de paso, de marehado, de trote o de galope les "makulka" el cuerpo... Menos se cansa uno a macho talón...

—Buenos días caballeros... ¿usté es hijo de Kollke?... Por la pinta lo estoy sacando...

—¿Qué Bastón de Oro, éste! ¿Y cómo va la renga?

La pierna coja está casi al aire. ¿No se la entablillaron a tiempo? ¿Por qué se le curvó?

—Mal, caballero; cuando va a cambiar el tiempo, antes que silbe el eken del cerro, ya la renga me duele...

—Te la hubieras hecho cortar...

—¿Y con quién?

—Con el maestro carpintero...

—No, señor; una pierna renga sirve, aunque no tanto como la sana. ¿Cómo andaría yo, repechando, reperchando, en aquellas cuestas tan altas, si no tuviera mis dos piernas?

—Con pierna de palo...

—Llevo mi bastón.

—¿Es de oro?

—¿Será? ¿Qué le parece caballero?

—No dicen que Coquena, el dios de las vicuñas, te regaló un bastón de oro?

—Así dicen, señor. Velay éste es el bastón que me acompaña.

Y me mira con ojos quietos.

¿Qué tristeza la de este pobre viejo, arrugado y roto! Vive allá

lejos, entre dos peñones fronteros.

¿En qué trabaja? No tiene hijos

que le lloren ni perro que le mire.

De tiempo en tiempo, baja a comprar alcohol, coca, pan de mujer.

—¿Será de oro, caballero?

—Si al palo de queñua le llamas

oro?...

De queñua es, señor. Agarré un

gajo, y dándome maña lo corté. Me

sirve de bastón.

—Claro.

—Ya tiene más años que usted,

caballero.

—Podrá ser... pero quién sa-

be...

—Más de treinta años...

—Y todavía está nuevo.

—Sí, pues.

—¿Y cómo fué?

—Me caí, señor.

—¿Del estrado?...

Si yo duermo en el suelo, señor.

—¿Del caballo?

—Me caí en lo muy hondo, allá en aquel cerro.

—¿Caraspa!

—Sí, señor; fué una noche oscurita; yo iba pa mi casa, medio

punteadito... ¿Se puede puntear uno, con una chata de alcohol?

—Según y conforme... Con tres copitas, yo estoy del otro lado...

—¿Caraspa! Y don Kollke se tomaba en un día hasta cuatro pares de chatas! Bueno, pues, yo iba al tranquito; me antaquearía sin querer, cuando me fuí a lo muy hondo... ¡Ay, caballero!, sólo yo sé lo que sufrí. Grité; nadie me oyo; me quise levantar y apenas me arrastré. Toda la noche me la pasé en un ¡ay!

—¿No dicen que Coquena bajó a curarte?

—Llegó él, cuando estaba ama-

neciendo. Tenía sombrero ovejón como el mío, ojotas como estas, pantalón de picote, chaqueta de cordellate y karpatas de llama. Traía sus lives en la mano. Me estuvo mirando calladito y sin pestañear. Arriba, arriba, en el filo de una peña, estaban sus vicuñas, cargadas con plata. Saname, tatay, le dije. De rompe y rasga el Coquena se hizo repeluz... Me lo dejó un bastón de oro velay como éste.

—¿Y?...

—Con este bastón de oro y con la ayuda de Dios me fuí pa casa. Apenas llegué, el bastón de oro se hizo queñua...

La legítima es ¡esta!



¡Exijala!

Nunca reciba imitaciones!

LO MEJOR PARA
DOLORES DE CABEZA,
MUELAS Y OÍDO, NEURALGIAS,
REUMATISMO, EXCESOS ALCOHOLICOS, ETC.
No afecta el corazón ni los riñones

¡Fíjese en la Cruz Bayer!

BAYER

El Tubo de 20 tabletas,
para tener en la casa.

El "Sobrecito Bayer,"
cuando sólo quiera una dosis.

Amores imperiales

Ninguna mujer ejerció mayor influjo sobre el desventurado zar Nicolás II que Matilde Kshesinska.

Era ésta una de las bailarinas más estimadas de la ópera rusa. Muchacha encantadora y elegante, se destacaba de sus compañeras las restantes bailarinas de la ópe-

ra. Cuando Matilde se encontró con Nicolás, era éste zarevitch. Servía como oficial en la Guardia y una noche asistía a una representación en que Matilde tomaba parte. Pronto quedó prendado de ella y no tardó en ser íntima la amistad entre ambos, hasta el punto de que cuando él regresó a Petrogrado la instaló en una encantadora villa de los suburbios de la capital rusa.

Entonces empezó una vida de esplendor, que no acabó hasta que los restos de la fortuna acumulada quedó en las mesas de juego de Montecarlo.

Dado el ascendiente que ejercía en su regio amante, su influencia fué omnínoda; el zar entonces reinante, Alejandro III, cuando descubrió este poder que sobre su hijo ejercía, quiso mandar a la Siberia a la bailarina.

Pero Matilde pasó victoriosa por este período crítico y debió su salvación a la misma esposa del zar Alejandro. Esta señora estaba también subyugada por la bailarina y creía que Matilde daba a su hijo una vida doméstica feliz y tranquila, conservando su salud y salvándole de la disipación a que estaban entregados la mayor parte de los grandes duques.

No obstante el apoyo de la zarina, el zar insistió en que su hijo debía realizar un dilatado viaje por el mundo, para familiarizarse con las tareas que habían de caer sobre él. Durante este viaje, fué cuando el zarevitch recibió una herida de espada en la cabeza, causada por un fanático japonés.

A su vuelta, se hizo más devoto aún de Matilde, a la que se consagró por completo. La antigua bailarina llegó a ser madre de dos hijos, los cuales recibieron títulos de nobleza, fueron oficiales del ejército y ocuparon un lugar importante en la sociedad rusa anterior a la guerra.

Amigos íntimos del zar Nicolás afirman que éste llegó a solicitar de su padre el que nombrase heredero del trono a su hermano menor y él se retiraría a la vida privada en unión de Matilde; pero el viejo zar ordenó que su hijo casase con una princesa real, para asegurar la sucesión al trono, y el zarevitch pronto fué el prometido oficial de la princesa Alicia de

Hesse. Acaeció entonces la rápida muerte del zar Alejandro, y veinticinco días después de la muerte de su padre contraía Nicolás matrimonio con la princesa alemana.

Después que el zar hubo contraído matrimonio, comisionó a su primo, el gran duque Sergio Mikhailovich, para que entregase a la antigua amante de Nicolás una fuerte indemnización. Le dió un magnífico palacio en Petrogrado y otro en Szerkoeselo. Hubo un período, no mucho después del casamiento del zar, en que éste, prendado más que nunca de Matilde, quiso huir

ciéndola blanco de sus insultos y ataques. Matilde no hizo resistencia, con admirable tacto y sangre fría pudo tratar con los asaltantes. A ello debió su salvación en aquella ocasión.

Después llegó a tener gran ascendiente sobre Lenin, y la mayor parte de las joyas y bienes le fueron restituidos. El gran duque Andrés, primo del zar, fué muy aficionado de Matilde antes de la revolución. Su conducta durante la desgracia de ésta, cuando el despojo bolchevique, ganaron el afecto de la danzarina. Juntos escaparon de Rusia y contrajeron matrimonio en Francia. Pasaron la mayor parte de su vida en Niza, pero llegaron a ser muy conocidos en los círculos de París. En Montecarlo quedaron los relieves de la inmensa fortuna que un amante imperial pusiera en sus manos para corres-



—¿Cuánto consume este coche?
—Treinta litros cada cien kilómetros.
—¡Qué casualidad! Lo mismo que yo.

con ella, abandonándolo todo, y ella misma tuvo que hacer grandes esfuerzos para disuadirle y que no comprometiese su corona.

Siguió Matilde, después de casado su amante, su carrera artística; sus representaciones eran un éxito rotundo. La última vez que actuó en público fué con motivo de la visita que Poincaré hizo a la corte de Rusia y recibió por ello 50.000 rublos y un diamante del zar.

Durante la guerra llevó una vida de aventura. Cuando estalló la revolución bolchevique de 1912, una muchedumbre frenética asaltó el palacio de la danzarina, despojándola de sus joyas y vestidos y ha-

ponder a su cariño.

Analizando este caso de los amores del zar sacrificado a la furia bolchevique con la princesa Matilde, los historiadores relacionan una vez más la influencia que estas favoritas tienen sobre sus regios amados, y cómo de no encontrar obstáculos en los comienzos de sus amores hubieran cambiado el curso de los acontecimientos.

Y en este caso con más fundamento, ya que, según investigaciones recientes, el zar, de espíritu poco propicio al bullicio y al esplendor, hombre retraído, con tendencia al misticismo y a la con-



—Tengo ganas de sacarme la lotería para poder comer mucho.
—Esto es una macana. Con tomar el reconfortante HIERRO QUINA BISLERI se come perfectamente.

templación, no nació para reinar y mucho menos en la turbulenta y dilatada monarquía rusa, minada por el nihilismo, corroída por el despotismo, el atraso y el fanatismo.

Nicolás no quería reinar. Escritos secretos de la corte suya nos hablan de la lucha interior que existía entre el seno de la familia imperial por lo poco propicio que Nicolás se mostraba a recoger en un día futuro las riendas del gobierno.

Este descubrimiento contrasta grandemente con las versiones que, clandestinamente, corrieron referentes a asesinatos cometidos en personas de la familia imperial que pudieran haber constituido un obstáculo para el reinado de Nicolás. Esta tendencia al retraimiento, este deseo de vida sosegada y quieta se acentuó cuando conoció a Matilde. Esa voz del presentimiento que se deja oír frecuentemente, le decía que aquí estaba su verdadero camino. Y él quiso realizar su sueño de amor al lado de la bailarina gentil...

Pero la razón de Estado que con frecuencia ha truncado el destino de los dirigentes de naciones, influyó en este caso. El zar Alejandro, rey antes que padre, apartó a Nicolás del que acaso fuera su verdadero camino. Y aquí está explicado el razonamiento que los críticos hacen. Al haberse unido a Matilde (con la que se dice que casó orgánicamente el zar antes de unirse a Alicia de Hesse) hubiera dejado la corona y su matrimonio con la princesa alemana no se hubiera verificado. En este matrimonio pueden explicarse muchos de los acontecimientos que después ocurrieron en el imperio moscovita.

La zarina, mujer buena y cariñosa, era débil de voluntad, padecía de misticismo morboso, y en todo veía su parte religiosa. Daba una importancia excesiva a todo lo que creía tenía carácter religioso. A acentuar esta especie de neurosis contribuyó la enfermedad del zarevitch, en cuya curación fracasaron las previsiones y cuidados de la ciencia. Lo que el físico no podía lograr, tenía que lograrlo el pope. Y pronto cayeron sobre Palacio la osadía y ambiciones de monjes de la laya de Rasputín.

Una mano en la visera, otra en la aldaba de la portezuela, correcto, deferente, preguntó el mecánico:

—¿Adónde va el señor?

En el fondo del asiento, cuya blandura ya le había apesadado, don Juanito se enderezó un tanto.

—¡Calla! Pues es verdad... No había pensado...

El chauffeur esperaba con una semisourisa respetuosa.

La faz pálida y rasurada de don Juanito, que emergía del alto cuello de nutria, se inundó de melancolía.

—¿Adónde vamos a ir, hijo?... Ya... no hay a donde ir.

Y, como hablando consigo mismo, continuó:

—Debía haberme quedado en casa... Pero tan solo... Habría sido demasiado horrible... — y dirigiéndose de nuevo al mecánico: — Mira, vas a llevarme por ahí... ¿Sabes? Por calles, plazas, paseos..., y despacio..., lo más despacio posible. Tal vez surja... algo...

Y se retrepó en el fondo del asiento captador mientras el mecánico cerraba la portezuela y saltaba a su puesto, frente al volante.

Plazas, calles, paseos, iban quedando tras otras calles, otros paseos y otras plazas solitarias, silenciosas y umbrosas algunas, rebotantes otras de tráfico, de ruidos y de luz.

En un principio don Juanito se distrajo mirando al exterior a los transeúntes, a las vidrieras iluminadas o a las aceras desiertas; después, sin proponérselo, empezó a pensar en su vida, o mejor dicho, en el gran trozo de su vida que aquel día había terminado.

Este "trozo de vida" — que ahora le parecía a don Juanito una terrible equivocación — había empezado treinta y cinco años antes, cuando él tenía poco más de veinticinco. Terminada su carrera de Derecho, que siguiera en parte por complacer a sus padres y en parte por adquirir alguna cultura, creyó llegado el momento de dedicarse a disfrutar de su juventud rozagante y de sus rentas más que pingües. Y este disfrute consistía para él, como para la mayoría de los hombres de su edad, en dejar el dinero en manos del sastre y de las mujeres guapas.

Dos lustros más tarde, además del mejor guardarropa poseía cinco hotelitos — situados en diferentes barrios, — que eran otros tantos estuches donde guardaba una bella perla de harén.

Con todo esto cualquier hombre se habría arruinado, menos Juanito Ordanaz, que era espléndido, pero no pródigo, y que sabía administrarse a la perfección. A sus amiguitas, por ejemplo, las sostenía en armonía con su posición; pero a ninguna le había hecho ob-

sequios en inmuebles o títulos del Estado.

Llegó, sin embargo, un momento otros dos lustros más tarde, en que se sintió moralmente obligado con las cinco. Desde más de quince años todas le eran fieles, y entre todas le hacían la vida agradable; Era maravilloso! Entre las cinco, con sus edades diferentes, sus bellezas distintas y sus gustos hetero-

deras suyas a las cinco mujeres que eran toda su familia y toda su vida? Hizo, pues, testamento, dejando a cada una de ellas un millón de pesos.

Sólo que hay felicidad que dure una vida. Y la de Ordanaz — que ya era entre sus conocidos don Juanito — empezó a nublarse.

Un buen día, o más bien un mal día, enfermó la más joven de las

Más arriba

Más arriba, siempre más arriba. Esta es la fórmula de la aspiración universal. No diré que todo sube, pero sí que todo aspira subir, como si tal fuese el movimiento interno de los seres y de las cosas. El que se está quieto baja inevitablemente, porque la permanencia en el mismo nivel resulta imposible; se sufre sin eficaz resistencia la presión que obliga a descender. Hay que proponerse subir para no bajar.

Desarrollo y ascensión significan lo mismo. Desarrollarse equivale a extender las fuerzas latentes, y estas buscan lo alto por inmediato impulso. Sólo que ciertas elevaciones materiales se interpretan con criterio justo como lastimosos derrumbamientos morales a causa de la innoble bastardía de los medios. Individuos hay que se pierden de vista, según la benévola apreciación del vulgo; y, sin embargo, el hecho es que realmente no se levantan una pulgada del suelo cenagoso. El desdén que se les dispensa mide-se por la altura que han salvado su audacia y su perversidad victoriosas mientras su reputación ética bajaba en el termómetro de la cotización social, que nunca se equivoca.

Pero subir de veras es cultivar las aspiraciones elevadas, las virtudes cívicas, el altruismo la abnegación, el sentimiento patriótico y humanitario que se atribuyen al gran todo de la sociedad y de la patria... ¿Son muchos los hombres capaces de hacer esto? Son tan pocos que sus figuras se ocultan entre la niebla producida por la hervorización de las pasiones, y pasan como fantasmas a pesar de

la muy apertuada energía de sus personalidades... Los mercaderes cubren todo el campo de la feria, lo llenan con sus gritos, lo aturden con sus éxitos, y no dejan sitio para que la generosidad y la idealidad bajo formas humanas se muestren y hagan oír su voz salvadora. Un verdadero patriota en estos tiempos tiene mucho de aparecido, y ya sabe que los aparecidos inspiran terror antes que afecto o confianza.

Los móviles andan disfrazados, las intenciones corrompidas. El pabellón del patriotismo sirve para tapar las mercancías del comercio, de este comercio que emplea como anzuelo las mentiras de la retórica política. Esgrimiéndolas, vociferándolas, se sube de las posiciones personales; pero se abandonan las ideas, se pervierten los sentimientos, y positivamente se cae. Los que suben son los que van más arriba, siempre más arriba, con el capital de sentimientos e ideas no sólo íntegro y puro sino constantemente acrecido...

Oímos decir más arriba por donde quiera, pero los que anhelan subir suelen utilizar una ruín escala. Parlen del egoísmo con lastre de ambiciones pequeñas, y ascienden en un atmósfera viciada que las emanaciones de su propia corrupción contribuyeron a enrarecer... No llegan más arriba, o más allí, sino que en derredor de ellos una extensa zona moral descendiendo y los arrastra, mientras les sonríe el engaño de creer que suben... Subir es desarrollarse rectamente, volar recibiendo en las alas besos de rayos de sol.

Francisco GONZALEZ DIAZ

géneos, habían logrado que ignorase lo que era el tedio. No había podido aburrirse de ninguna de las cinco, gracias a las otras cuatro. Cada una de ellas constituía la novedad después de la otra. Una delicia, en fin. Juanito Ordanaz era un hombre feliz.

¿Qué menos podía hacer entonces — ya huérfano y sin parientes cercanos — que constituir en here-

cinco odaliscas, y veinte después, don Juanito, enlutado y lloroso, la acompañaba hasta la última morada.

Y empezó entonces un desfile trágico. A Eloisa, que murió de fiebres tifoideas, la siguió Laura, arrebatada por una bronconeumonía, y a ésta, Pepita, por una tuberculosis rápida. Elvira pereció en un accidente de automóvil, de

su automóvil, que conducía por sí misma, y, por último, Rosario, la decana del harén de don Juanito, la mayor de todas, con quien él estaba más compenetrado, a la que consideraba como su compañera, por la que sentía ya un cariño conyugal, se quedó en un ataque cardíaco.

Habían sido quince meses angustiosos y terribles vividos en alcobas sombrías, en cementerios, entre cirios y flores.

Evocándolos, don Juanito se maravillaba de haber resistido sin enfermarse también y de encontrarse aquella noche — la misma del día en que se había enterrado a Rosario — profundamente triste, sí, horriblemente solo, pero fuerte, ágil, sin sentir el peso de sus cincuenta y ocho años nada más que en el corazón.

Tan perfecto era su equilibrio físico, que tras la comida había tomado el abrigo, el sombrero y los guantes y bajado la escalera como de costumbre, sin recordar que "ya no tenía a donde ir"...

Más plazas, más calles, más paseos. Tal vez habían dado ya una doble o triple vuelta a la ciudad. De vez en cuando el mecánico ladeaba la cabeza en espera de una orden que no llegaba...

Don Juanito seguía su paseo nocturno sin fijar un rumbo. Un algo misterioso — el vago esbozo de una vaga e indefinible esperanza — mantenía su indecisión.

Lentamente, silencioso, se deslizaba el "seis cilindros" por una vía céntrica medio desierta ya en aquella casi mitad de la noche. A través de los cristales que le aislaban de la conducción, don Juanito oteaba el asfalto bruñido por los reumáticos, y las aceras manchadas por los reflejos de las vidrieras iluminadas de los cafés. Sobre una de aquellas manchas de luz distinguió un relieve — el grupo formado por una mujeruca arrebujaada en un mantón y una niña.

Hizo detener el coche. Bajó. No tuvo que llamarla; la niña corrió hacia él, ofreciéndole, en un gesto de súplica, un décimo de lotería.

Don Juanito la observó largamente. Era menudita y morena, con unos ojos grandes y candorosamente alegres, con una boquita pequeña y pálida, que imploraba:

—Llévelo, señor... Es la suerte... Que le va a tocar...

Don Juanito se inclinó, tomó a la niña por las axilas y la alzó a la altura de sus ojos, que se habían humedecido.

—¡Vaya si es la suerte, ninita!... ¡Para mí y para ti!...

El corazón de don Juanito, oro y llama, bondad y amor, acababa de encontrar y fijar su nuevo, su último rumbo...

Sentíase poseído por el noble sentimiento paternal.

Lorenzo Cingali, el célebre retratista conocía a Clara Brunelli desde hacía diez días apenas; pero este corto tiempo había sido suficiente para que se enamorase de la joven. Cuando ella le escribió invitándole a su casa, Lorenzo no la conocía personalmente y había concurrido a ese llamado, no tanto por el deseo de hacer su retrato sino por el de conocer a la que en el propio nombre — como el decía — llevaba tan armonioso contraste de colores. Ya había encontrado en ella una mujer rubia, de ojos oscuros y lánguidos, con pestañas tupidas, de boca alargada y exangüe, amargamente plegada hacia abajo como una mueca de dolor; la había encontrado envuelto en un vaporoso vestido de encajes, abandonada negligentemente en un diván rojo oscuro.

Ella no se había movido, ni al verle entrar, ni durante la conversación en la que se había demostrado una experta en materia de arte y de literatura; y sus palabras pronunciadas con voz lenta y clara, atenuadas como por un dejo de nostalgia, habían producido, en el saloncito, en el cual la penumbra parecía acariciar blandamente el espíritu, una extraña resonancia en el corazón del artista.

Este había vuelto en los días sucesivos, el retrato había sido empezado, y mientras trabajaba en él, no dejó de interrogar a su hermosa cliente.

Y Clara con frases breves y precisas, había narrado su propia vida. Viuda, espiritualmente de un hombre que no había llegado a ser su esposo, pero sí su prometido, muerto en la guerra tres años antes, vivía en una voluntaria, pero triste clausura; no tenía más que a su viejo padre, todo un misántropo retirado, por su propio deseo, a un destierro en sus posesiones lejanas, donde ella se proponía enviarle el retrato encargado a Cingali.

El joven pintor escuchó el relato, coloreó el dulce y penetrante veneno que emanaba de cada gesto y de cada palabra de aquella mujer exquisita, y con una mezcla de temor y de complacencia, se sintió profundamente turbado; luego, cuando estuvo bien seguro de estar enamorado, se franqueó abiertamente una noche, en su propio estudio, con su fiel amigo Sandro Levanella. Este lo dejó hablar sin interrumpirlo, serio e impasible; y, cuando el otro hubo terminado, le declaró sin preámbulos:

— ¡Eres un animal!...

Sandro Levanella era un vividor incorregible, malgrado sus cuarenta años bien sonados; quería a las mujeres, pero quería aún más hablar de ellas todo lo peor posible, y por eso procuraba justificarse diciendo que por el otro sexo sen-

La mujer ideal

Por Camilo Boscia

tía una atracción ocasionada por el deseo no diferente del que mueve al cazador contra las fieras de la selva: el deseo de vencerlas y de llevar como trofeo de la lucha, la piel preciosa. Pero hasta entonces él había perdido más plumas entre las garras de sus víctimas que los cabellos rubios o negros dejados por ellas en sus manos.

se te ha tendido?

— Discúlpame; pero eso no es exacto. ¡Puedo jurar que la señora ni siquiera ha notado que yo la amo!

— ¡Porque así lo quiere la astuta doblez femenina! — objetó Sandro. — ¡Tú estarías mucho menos orgulloso de tu conquista si fuera fácil! Oye: no deploro que te em-

GUIA

(Del libro "Una rosa en el mar", recientemente aparecido)

Sorbí las emociones una a una en el vaso de plata de la luna.

Tras la visión fragante, iba, sin paz, el pensamiento errante, y refloreció el tedio de mis días oscuros como la flor que adorna los musgos de los muros. Lleno de hondo cansancio, me detuve.

La estrella que me guiaba se escondió tras la nube.

Me recogí en mí mismo. La mirada se clavó en mi interior. Una soñada ilusión, señalé la nueva estrella, y seguí tras su huella, viajero sensitivo con la luz en los labios y en la mano el olivo.

ESTOICISMO

Cansancio de ser triste y de ser sensitivo mientras el alma pasa por un grave crisol; y esperar, esperar, paciente y pensativo como en los viejos patios, la planta enferma al sol.

Sentir que nuestra carne se crispa dolorida y el espíritu tiembla sin encontrar piedad. La mano se alza al labio con la copa florida llena de la cicuta de la fatalidad.

Inclinar la cabeza junto al muro de hiedra y sentirnos de cera queriendo ser de piedra. Ver las brumas espesas sobre nuestra razón

flotando en los crepúsculos día tras nuevo día, y destilar la hiel de la melancolía gota a gota, con fría calma en el corazón...

Bartolomé GALINDEZ

Eres un animal — repitió Sandro, a quien le gustaban los términos precisos y las frases perentorias. — Hablas como un hombre que ha perdido el cerebro y con él la clara visión de la realidad.

— Verdaderamente... — se atrevió a decir Lorenzo, que ya estaba acostumbrado a los destemplanes del amigo y que escuchaba con paciente y risueña resignación.

— No me interrumpas. ¿Te asombra que yo no pueda hacer milagros, si tú, que ya no eres un niño, te dejas caer en la trampa que

barques en una aventura; todo lo contrario. Pero ¿por qué no tomas las cosas más a la ligera.

— Posiblemente tengas razón, pero no en mi caso. Se trata, lo repito, de un sentimiento unilateral, que tampoco espero pueda ser nunca revelado.

— No puedes decir eso.

— Sí; y tú también lo dirías, si vieras a la señora. Está muy lejos de tales bajezas y sería indigno sospecharla capaz de tan frío cálculo. En sus palabras, en sus gestos, en todo su conjunto, se des-

prende la más refinada distinción y los más atrayentes encantos, y sería injusto no juzgarla una criatura superior. Ella pasa por la vida rozándola apenas como con alas de libélula: es un alma que vive de recuerdos y de ahí que se sienta languidecer. Háblale, y te responderá con una voz lejana, suave, de sueño. No, Sandro; no la juzgues como a tantas otras; es la mujer elegido, la mujer ideal...

— ¡Y tú eres... el hombre idiotizado! — completó Sandro con amable ironía — ¡Deliras con tu "mujer ideal"! ¡Todas las mujeres son ideales... al principio! Y en tu caso...

— ¿No podría ser diferente?

— No me parece probable; pero si probable fuera, no te felicitaría. No; porque la mujer "ideal" es a la normalidad de las mujeres como la patología a la fisiología.

— ¿No admites excepciones?

— Sí; pero todo aquello que constituye una excepción, no es normal y de ahí que resulte peligroso. Si te aventuras con una mujer como las demás, ya sabes cómo vas a terminar: mal. ¿Pero si te enamoras de un tipo excepcional, me dirás cuál podrá ser tu suerte?

Cingali sonrió. Sabía que Sandro era un amigo sincero, y sus palabras no podían ofenderle. Se limitó, pues, a rebatirle amistosamente:

— Oyeme, Sandro — dijo. — No pienso cambiar de ruta; pero no es por eso menos mi gratitud y estimo en lo que valen tus consejos. Y si luego el resultado final debiera ser como yo aun no me atrevo a esperar, estoy seguro que tú serías el primero en alegrarte de ello.

— ¡Sin duda! — exclamó Sandro jocosamente. Y fingiendo de pronto cierta gravedad, añadió: — ¡Pero eso no quita que seas un gran animal!

Lorenzo Cingali experimentó, en los días siguientes, la mayor de las felicidades. Todas sus pequeñas esperanzas aparecían superadas por la realidad. Clara Brunelli se acercaba cada vez más a él, lenta, pero incesantemente; el carácter un poco rudo y genuinamente franco, pero prudente, del artista, ejercía sobre el espíritu de su amada una atracción cuyos efectos eran notorios. Ella no dejaba de ser la criatura triste, casi taciturna, pero sus ojos, ora se iluminaban por efecto de una sonrisa serena, ora se encendían de un esplendor breve, pero intenso. Escuchaba con evidente placer las palabras cálidas y coloridas de Lorenzo, que le evocaban visiones de arte y de belleza; y tenía a veces abandonos espirituales tan intensos, que bien podían tomarse como exponentes definitivos de una suprema decisión.

Y el retrato no adelantaba. Pero ni Clara ni Lorenzo pensaban en ello, toda vez que ahora les re-

sultaba más que otra cosa un pretexto para verse todos los días y permanecer juntos el mayor tiempo posible.

—¡Aquel retrato es la tela de Penélope! — dijo un día Sandro Levarella. — ¿A qué punto ha llegado?

—Marcha adelante... — contestó Lorenzo, sonriendo con cierto embarazo.

—¡Eres tú el que marchas hacia atrás, animal! ¿Pero no te duele el cuello?

—¿Qué dices?

—¿No sientes el nudo corredi-zo?

—No; Lorenzo no lo sentía. Una dulzura hasta entonces no probada, lo ataca cada día más. Aquel amor puro y desinteresado, nacido del más exquisito espiritualismo, lo envolvía en una nube de sueño, suavísima y deliciosa.

La luz discreta del saloncito hacía más intenso aquel idilio. Las puertas semicerradas daban a la pequeña habitación un tinte entre-mezclado de misterio y de creciente embeleso; los tapices, en medio de esa sombra tenue que esfumaba los colores, tomaban un aspecto maravilloso, de exquisito sabor romántico. Lorenzo se extasiaba y sentíase embriagado perdidamente en su propio amor. Llegó el momento en que aquella actitud de contemplación fascinadora hizo su desborde, y el joven, ávido de amor, se acercó a Clara, inclinóse rápidamente e imprimió en su boca entreabierta un ardiente beso que prolongó hasta que, sorprendida ella por aquel repentino contacto de los labios, sintió que sus fuerzas la abandonaban y cayó desvanecida, exhalando un gemido sofocado. Y Lorenzo, arrodillado delante de ella, sollozaba desesperadamente como un niño angustiado... Durante cinco días el pintor dejó de ver a Clara. Encerrado en su estudio, vivió solitario una vida de ansia dolorosa. Al siguiente día se encaminó rápidamente a casa de Sandro.

Lorenzo estaba pálido, demacrado, convulso, aun cuando hacía esfuerzos para dominarse. El amigo se dio cuenta en el acto de que algo extraordinario ocurría y sintióse invadido por un sentimiento de fraternal piedad. Pero su alentador instinto lo hizo reaccionar de pronto y tomando una actitud burlesca, se permitió decir:

—¿Qué hay? ¿La mujer "ideal" te ha traicionado ya?

Lorenzo no respondió; de hablar habría llorado; y con un gesto lento y doloroso extrajo del bolsillo una carta y la pasó a manos del amigo.

He aquí su contenido:

"Ilustrísimo señor: su muy grata carta llegó a mis manos hoy, aquí en Milán, donde he acudido. Llamado urgentemente por enfermedad de mi hija. Le diré en seguida que ésta, atacada por una violenta crisis nerviosa, ha pasado

momentos de peligro, pero ahora se halla en vías de reponerse.

"Pero eso no cambia esencialmente las cosas. Usted, señor, me ha hecho un pedido que si en otras circunstancias me habría alegrado y halagado muchísimo, en este caso, obra en mi espíritu con angustiosa opresión y no hace más que aumentar mi desgarramiento de padre. Le ruego no interprete mal cuanto voy a decirle. Mi pobre Clara no puede casarse. Está loca: loca, con una locura tranquila y melancólica: locura igual a la de su desventurada madre que, presa de tan terrible enfermedad, dejó de existir en el momento que le dió el ser.

"Para que usted no crea en un rechazo, le confío el triste secre-

los facultativos que insistían en que yo permaneciera alejado de mi querida enferma para así establecer una separación entre el pasado y el presente. Y no había encontrado razón de oponerme al deseo de ella, de que le hicieran un retrato al óleo y nunca pensé que algún día habría de revelar un secreto que juzgaba inviolable.

¿Qué más puedo decirle? Comprenda mi angustia como yo comprendo la suya, se lo suplico. Dios ha querido que usted quedara mezclado en la tragedia de mi vida. Inclinémonos ante la voluntad divina. Pero este golpe bien podía habernos sido evitado.

"En la tarde de mañana, a eso de las cinco, me permitiré pasar por su estudio. Deseo que usted

con voz grave. — Recibirás a aquel infeliz. Sufrir mucho; y en su dolor le servirá de consuelo el saber que hay quien le acompañe a amar a su desgraciada hija. De esta carta se desprende inmensa gratitud hacia ti.

Los dos amigos dejaron de hablar. Lorenzo sollozaba; Sandro meditaba. Luego, de pronto, el escéptico incorregible murmuró como si hablase para sí mismo:

—¿Una mujer ideal?... ¡Ya lo decía yo!... No podía ser, sino una demente...

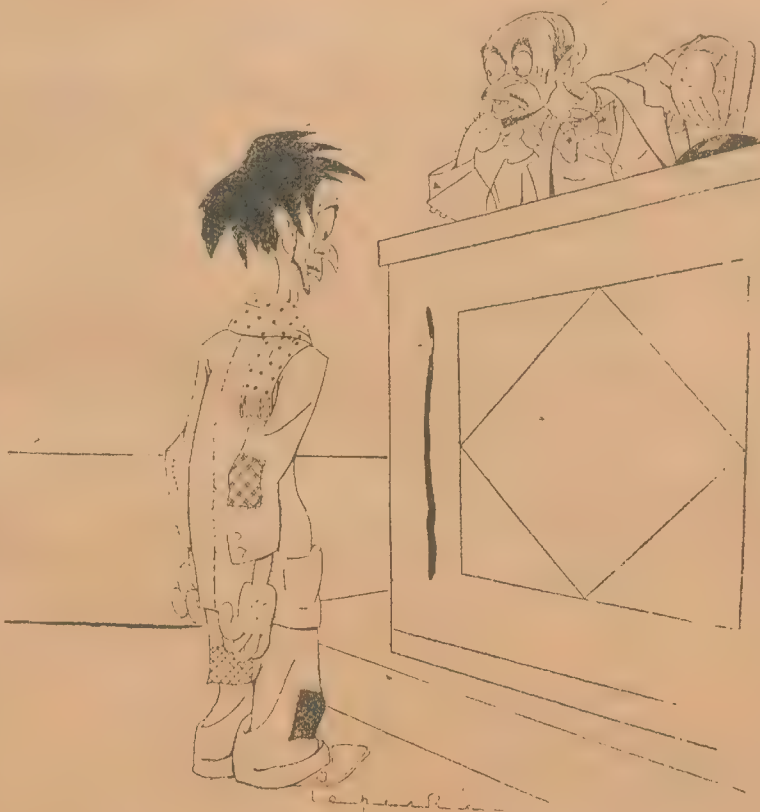
Sonrió con malicia, y luego, dirigiéndose al amigo, le aconsejó con calma y serena convicción:

—Hazme caso... Eso es una ventaja enorme. Cásate con ella.

EL ORIGEN DE LA MUSICA

El problema fundamental de la historia de la música, estriba en los orígenes del canto. Don del cielo para los antiguos—la música venía para ellos de los dioses—, ocupó la atención de los escritores religiosos y principalmente de San Basilio, San Juan Crisóstomo, Gregorio de Tours, durante la Edad Media; y posteriormente, filósofos modernos de nota, como Heriberto Spencer, Grosse, Wallaschek, Karl Buchner, Bockel y otros, han emitido al respecto opiniones interesantes y formulado doctrinas que encierra cada una de ellas un punto de verdad y constituyen "contribuciones parciales, afluentes de ese gran río de melodías que baña toda la Historia, siguiendo la pendiente de los siglos, y cuya fuente deseamos conocer". Las divergencias teóricas acerca de la cuestión sugieren la idea de que el empleo del canto reconoce una fuente remotísima, un principio cuya noción casi se ha borrado de las conciencias y que la ciencia moderna trata de indagar.

Entre el acervo de las añejas opiniones, un autor (Juan de Muris, Sum. sum., en Gebert III, 197 b. cf. ibid II, 1536) sostiene que cantamos por tradición, aunque sin indicar hasta donde remonta dicha tradición, que resultaría antiquísima, al menos para algunos ritos de la Iglesia Católica, lo cual explica por qué algunas ceremonias y fórmulas de liturgia tienen poder de conmovernos. Y entonces habremos de buscar su origen en el encantamiento o magia cantada, fuente originaria de todos los cultivos. Con el progreso del pensamiento las cosas se habrían modificado y a la influencia reputada activa habrá sucedido el símbolo; la superstición evidente se transformará en metáfora y, en fin, desde los primeros tiempos hasta hoy podrá seguirse, si se pone cuidado en ello, la continuidad de los temas.



—Pero hombre; ¿qué instinto tuvo usted para quedarse con el reloj?

—El instinto de conservación, señor Comisario.

me conceda el favor de conocerle. Luego podrá usted decirme todo cuanto le ha ocurrido con mi desgraciada hija, tal vez mucho más de lo que han podido manifestarme las enfermeras, cuya vigilancia, si bien oculta, era muy asidua en todo momento.

"Gracias; y perdone a un padre afligido el penoso sacrificio que le pide.

"Con mi consideración más distinguida.

"Conde Federico Brunetti".

Sandro Levarella, después que hubo leído la carta, miró a su amigo con ojos que expresaban su pesar y preocupación, mientras éste permanecía con la cabeza entre las manos hundido en un sillón.

—¿Y ahora...?

—¿Y ahora...? — repitió Lorenzo.

—Escucha — insinuó Sandro

to. Cuando por unánime consejo de los médicos que la asistían, hace de esto un año, decidí mandar a mi hija a Milán con el objeto de distraerla con una nueva existencia, y la esperanza de que ello fuese un factor eficaz para su salud quebrantada, no me imaginé nunca que la terrible realidad pudiera traslucirse. Clara, como he dicho antes, se conserva tranquila; su demencia no se explica, sino con la constante obsesión de un novio que llora y que no ha existido nunca; en toda otra manifestación aparece extraña, pero sensata; y no puede despertar serias sospechas su carácter fácil a la melancolía, pero tranquilo y sereno. Además, ella no sale nunca de casa, no cultiva vínculos sociales, y todo su personal de servicio se compone realmente de experimentadas enfermeras.

"Me había rendido al consejo de

CURIOSIDADES

El inglés Prynne, condenado como liberalista en Inglaterra, escribió en la cárcel el siguiente libro: "Consuelos cordiales..." Cordiales consuelos contra los temores poco cordiales de la encarcelación, conteniendo algunos versos latinos de sentencias y textos de la Escritura por M. W. Prynne, escritos sobre el muro de su prisión en la torre de Londres, después traducidos por él, en versos ingleses, en 1641.

El catálogo de sus obras las clasifican así, obras escritas antes, durante y después de su encarcelamiento.

El Emperador Maximiliano I jamás se cambió de ropas delante de nadie. Pocos instantes de morir se mudó de ropa interior, prohibiendo que al morir se la quitasen. Ordenó que al exhalar el último suspiro le cortasen el pelo, le arrancasen los dientes, que su cuerpo fuese incinerado públicamente en la capilla del palacio real; para demostrar la pequeñez de la vanidad de la vida, que echasen sus cenizas en un saco con cal viva, lo cubriesen de damasco blanco, lo depositasen en una caja y lo inhumasen en la capilla del palacio de Neustadt, debajo del altar de San Jorge.

Más de la mitad de la superficie terrestre está cubierta por una capa de agua de tres mil setecientos metros de espesor. Once millones de kilómetros cuadrados se encuentran bajo una masa líquida de nueve kilómetros de altura.

Donde más profundidad ha indicado la sonda es en los alrededores de la isla de Guam, en el Pacífico, sitio en que se ha encontrado un fondo de diez mil doscientos noventa y seis metros.

A esta espantosa profundidad las aguas tienen una presión de cuatro toneladas y media por pulgada cuadrada. El más sólido casco de buque quedaría aplastado bajo tal presión como si fuese la cáscara de un huevo.

La llamada plata alemana no tiene ni un solo átomo de plata; es una aleación de cobre, níquel y cinc.

El ave fénix era un ave fabulosa, que egipcios convirtieron en divinidad. Figurábanla del tamaño de un águila, con moño o corona en la cabeza, plumas doradas y púrpuras, cola blanca y encarnada. Sus ojos brillaban como estrellas.

Suponíase que cuando esta ave creía que su fin se aproximaba formaba un nido de madera olorosa, sobre el cual se consumía y de sus cenizas nacía un gusano, del cual se formaba otro fénix.

Las personas que hablan con mucha rapidez, pronuncian tres palabras por segundo, término medio.

Las orugas geómetras, además de su extraña manera de andar, tienen de particular su sorprendente parecido con ramas secas, tallos rotos, etc., lo cual supone para ellas un gran medio de defensa contra la voracidad de sus enemigos.

Las arañas más grandes que conocen los

entomólogos se crían en la región montañosa de Ceilán. Hacen telas de seda amarillenta de más de tres metros de diámetro.

La ciudad más antigua del mundo que existe hoy, es Damasco, pues todas las demás ciudades de su tiempo han desaparecido. Tiro y Sidon, fueron castigadas por el mar; Balbeck, la ciudad del Sol, está en ruinas; Palmira, se halla enterrada en el desierto; Nínive y Babilonia, desaparecieron de las orillas del Tigres y del Eufrates.

La isla Hawai está exclusivamente formada por lavas. Encuéntrase en ella algunas cimas como la de Manua Kea y Manua Loa, de más de 4.000 metros de elevación.

Se ha podido comprobar que un zorro percibe, por medio del olfato, la presencia de un hombre desde ochocientos metros de distancia. Un ratón se da cuenta de que existe un trozo de queso, desde veinte metros, y un ciervo, aun cuando esté durmiendo, siente la presencia del hombre desde unos setenta metros.

La domesticidad abrevia la vida del caballo. Mientras los caballos salvajes viven por lo menos treinta y seis o cuarenta años, los domésticos rara vez pasan los veinticinco.

En Groenlandia, debido a la atmósfera seca y fría, no se conoce una sola enfermedad infecciosa.



Hormigas en la Garganta

Esa es la sensación que produce el cosquilleo molesto que incita a toser. Para suprimirlo tome las

Pastillas Iodeina

(MONTAGU)

que suavizan y desinflan las vías respiratorias, eliminando las causas que provocan el ataque de tos.

La Iodeina asegura el sueño tranquilo y quita la tos crónica de los fumadores.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Celebración de la efemérides patria del 25 de Mayo

El presidente de la República, doctor Hipólito Irigoyen acompañado del vicepresidente, de los ministros del Poder Ejecutivo, miembros del cuerpo diplomático extranjero, altos funcionarios públicos y demás comitiva oficial, dirigiéndose a la Catedral para asistir al Tedeum oficiado con motivo del aniversario patrio.



El primer magistrado en compañía del vicepresidente y de los ministros del Poder Ejecutivo, presenciando el desfile militar desde la escalinata de la casa de gobierno, una vez terminado el Tedeum



El intendente municipal, señor José Luis Cantilo, y el presidente de la Cámara de diputados, doctor Andrés Ferreira, dirigiéndose a la casa de gobierno, después del Tedeum.



Un detalle de las fuerzas pertenecientes al regimiento de granaderos General San Martín, que tributo los honores militares durante la ceremonia religiosa.



Aspecto que ofrecía el arco de entrada a la plaza de Mayo, durante la iluminación extraordinaria en la noche del 25 de mayo.



Doctor Ricardo Rojas, autor de "Elelín" su primera obra teatral, con la cual ha obtenido un hermoso triunfo

El estreno de "Elelín"



Una escena del drama "Elelín", la notable producción del doctor Rojas estrenada, con gran éxito, en el teatro, Ateneo, por la Compañía de Enrique De Rosas.

Homenaje a la memoria del brigadier Cornelio Saavedra



El paico oficial levantado en el cementerio de la Recoleta, frente a la tumba del brigadier Saavedra, durante el homenaje tributado a su memoria en ocasión del centenario de su fallecimiento



El inspector general del ejército, general Severo Toranzo, pronunciando su discurso durante la ceremonia.

Fiesta infantil



Vista parcial de la concurrencia infantil que asistió a la fiesta ofrecida en su residencia, por los esposos Daniel M. Agrelo y Celina Arriaga a los amiguitos de su hijita Beba, con motivo del cumpleaños de la misma

Football



Integrantes de la mesa directiva de la Asociación Amateurs Argentina de Football. Sentado: doctor Juan Pignier, presidente; a la izquierda: señor Silvio J. Serra, tesorero; a la derecha: señores J. S. Biscay y A. L. Gravano, quienes por el elevado criterio puesto en el desempeño de sus cargos, se han hecho acreedores al aplauso de las instituciones afiliadas.



Necrología

Ingeniero Fernando Mastrocinque, caballero vastamente vinculado a nuestra sociedad por lazos de parentesco y amistad, cuyo deceso, ocurrido en Italia hace poco, fué muy lamentado.

Los enormes destrozos causados por el temporal en Mar del Plata



Un lastimoso aspecto del balneario Laborante casi reducido a escombros por el impetu del oleaje.



El techo de la confitería "La Madrileña", situada en la rambla Bristol, destruido por los efectos del vendaval.



A lo que quedaron reducidas las instalaciones balnearias que se alzaban frente al "Negro Pescador".



Un detalle de los destrozos causados por las olas en el balneario Capurro, de La Perla.



Estado deplorable en que aparece un trozo del camino costanero que conduce de La Perla a Laborante. — Adviértase la formidable violencia del mar, rompiendo sobre la costa.



Vista parcial de los enormes daños causados por el océano en las obras de la pileta Laborante.

Fots. Brun Hermanos.

Roberto Casaux



Miembros de las comisiones nombradas por la Sociedad Argentina de Empresarios Teatrales y Asociación Argentina de Actores, que tributaron honras fúnebres al extinto:

1 — Pascual E. Carcavallo — 2 Enrique Díaz Argüelles —
3 Francisco Delgado — 4 Ricardo Collazo — 5 Julio C. Traversa — 6 Renato Salvatti — 7 Luis Arata — 8 Alberto Gallerini — 9 Humberto Cairo — 10 José Gómez — 11 José Franco.



La actriz Pierina Dealesi, llorando sobre el féretro, en la capilla ardiente.

Vista parcial del numeroso cortejo fúnebre que acompañó al cadáver al cementerio de la Chacarita, tomada a la llegada de los restos mortales a la mencionada necrópolis.

El señor Claudio Martínez Paiva pronunciando su oración fúnebre en el acto de la inhumación.

Notas gráficas de España



HUELVA. — El embajador de los Estados Unidos en España, Mr. Ogden H. Hammond leyendo su discurso en el acto inaugural del monumento erigido a Cristóbal Colón.



El presidente del gobierno español, general Primo de Rivera, haciendo uso de la palabra en nombre de la nación española.



La tripulación del crucero norteamericano "Raleigh", desfilando ante el monumento del descubridor de América, en el acto de la inauguración



El monumento a Colón, emplazado en Punta del Cebo, (Huelva), recientemente inaugurado con toda solemnidad y brillo.



Miss Whitney, escultora norteamericana, que concibió el monumento a Colón y lo ejecutó a su costa, donándolo a España. — A la izquierda: la maqueta de la obra.



LAS PALMAS — (Canarias). — La plana mayor del transporte argentino "Bahía Blanca", acompañada del cónsul argentino y de nuestro corresponsal, durante el vino de honor con que les obsequió el Real Club Náutico



El ministro de Marina de España, señor García Reyes durante su estancia en Las Palmas, de paso para Cuba, donde fué a presenciar la asunción del mando presidencial, representando al gobierno español. Le acompañan las autoridades locales y el séquito oficial.

Fots. Agencia Giralda y T. Maisch

Actualidades cinematográficas



Janet Gaynor y Charles Farrel en "El angel de la calle", película extraordinaria que la Fox estrenará en estos días



Escena de "Bulat Batyr", o "La sublevación tártara", que la U. R. S. S. Films acaba de estrenar con gran éxito.



Phyllis Haver y Jean Hersolt, protagonistas de "La batalla de los sexos", que Artistas Unidos empieza a exhibir con gran éxito.



Escena de "A todo hay quien gane" con Harold Goodwin, como protagonista, que la New York Film exhibe desde el jueves último



James Murray y Jack Haulon en "El testafarro" cinta Jewel que la Universal empieza a exhibir.



Lon Chaney con Loretta Young, protagonistas de "Ríe, payaso, ríe!" película especial que Metro-Goldwyn-Mayer estrenará este mes

Marion Nixon y Eddie Quillan, en "Geraldina", film Rialto que la General estrenará el sábado próximo





UNA INTERPRETACION SOBRE EL COLON



El Secretario de Hacienda de la Municipalidad, doctor Rodolfo Arambarri, respondió días pasados, en una sesión del Concejo Deliberante a la interpelación que un miembro de este cuerpo planteara al Departamento Ejecutivo acerca de detalles relacionados con el funcionamiento del Teatro Colón.

No creemos del caso puntualizar los fundamentos de dicha requisitoria. La política subalterna domina todavía en algunos núcleos representativos y esto explica tanto como la consiguiente irresponsabilidad la inoportuna incidencia que quiso promoverse alrededor de un asunto que, por su desenvolvimiento regular, ajustado absolutamente a los intereses superiores de la comuna, no admite capciosas interrogaciones. El Teatro Colón, puesto en manos de una empresa que ostenta el nombre de D. Faustino Da Rosa, tiene asegurada su marcha financiera y artística conforme a las exigencias de la cultura pública y de las ordenanzas que rigen la administración del mismo. La interpelación aludida no tuvo, pues, aside-ro legítimo y no parece responder, precisamente a los fines con que la enunciaran sus sostenedores. Prueba de ello es la facilidad con que fué contestada por el Secretario

Señor Intendente:

FUE LUCIDA LA RESPUESTA DEL SECRETARIO DE HACIENDA A LA INTERPELACION SOBRE EL TEATRO COLON. — LA OBRA DEL INTENDENTE POR EL ABARATAMIENTO DE LA VIDA.

de Hacienda, doctor Arambarri. Y es a esto que queremos referirnos en nuestro comentario.

Con documentación cabal y abundante, con claro método expositivo, con elocuencia verdadera el citado funcionario desbarató los pretendidos fundamentos de la interpelación. Su palabra dominó la asamblea deliberativa comunicando tanto a los representantes públicos como a la compacta y numerosa "barra" de las tribunas populares la sensación de estar oyendo no sólo a un orador y polemista avezado sino, lo que es mucho más, a un ciudadano que se sentía animado profundamente por la verdad. Afirmó el doctor Arambarri entre otros conceptos principales que era necesario destruir las suspicacias sembradas acerca de la forma en que fué otorgada la concesión del Teatro Colón, y que únicamente se inspiraban en el deseo de comprometer la independencia moral del Departamento Ejecutivo tanto en el asunto tratado como en las demás cuestiones de su jurisdicción. Declaró al respecto que no podían tolerarse honradamente semejantes prejuizgamientos y podía aseverar que el Departamento Ejecutivo se desenvolvía libre de toda influencia y se hallaba perfectamente cómodo en el desenvolvimiento de sus tareas. Agregó que, desde luego, la concesión del Teatro Colón fué asignada con un criterio selectivo, en el cual el Departamento Ejecutivo tuvo en cuenta los antecedentes y las garantías morales y económicas de los empresarios que habían concurrido a llenar la propuesta oficial. En tal sentido la concesión fué asignada a D. Faustino Da Rosa, prestigioso hombre de teatros que, aparte de cubrir todas las exigencias de la propuesta, ofrecía un espectáculo artístico insuperable y, además, la seguridad de estimular los valores artísticos argentinos desde la escena de nuestro primer coliseo.

A pocas horas de su interesante y valiente respuesta a

la inoportuna y tendenciosa inquisición del Concejo Deliberante, el Secretario de Hacienda, doctor Arambarri, como asimismo el público que confiara enteramente en los merecidos prestigios de D. Faustino Da Rosa, vieron confirmada con creces la certidumbre común. En efecto, la primera velada del Teatro Colón constituyó un espectáculo inolvidable de arte, que sugiere ampliamente lo que será la temporada lírica oficial.

LA MANTECA, ARTICULO DE PRIMERA NECESIDAD

La anterior administración comunal del doctor Cantilo se caracterizó por el celo demostrado por el Intendente para abaratar los artículos de consumo de primera necesidad, y para resguardar la salud pública del comercio inescrupuloso que no vacila en expendir elementos decomisables.

Se trata, en realidad, de que el doctor Cantilo tiene un sentido práctico de su misión y comprende que la función de la Intendencia no se reduce sólo a velar por la normalidad de la marcha de todos sus recursos y dependencias, sino, además, a tomar ingerencia directa en las cuestiones que afectan a la vida del municipio. Es así que le vemos encastrar particularmente todos los asuntos atañedores a la actividad de las autoridades municipales. En tal sentido, fuerza es que su preocupación se definiera principalmente en aquellos dos puntos cardinales: el abaratamiento de los artículos de consumo de primera necesidad y la custodia severa de la salud pública.

Su actual administración se viene distinguiendo como la anterior, por el interés directo que el doctor Cantilo se toma sobre ambas materias. Es sabido, en efecto, que desde que se hiciera cargo de la Intendencia intensificó en toda forma la inspección municipal rigurosa en todos los negocios de comercio alimenticio. En esta forma supo imponer las medidas enérgicas que pusie-

ron a la salud pública a cubierto de toda amenaza: se realizaron decomisos necesarios y, por consiguiente, se obligó al comercio a cumplir estrictamente las ordenanzas que rigen el expendio público de los artículos de consumo. Pero en lo que se refiere al abaratamiento de esos mismos artículos su acción práctica no fué menos fecunda. Por ejemplo la manteca fué considerada por la Intendencia como artículo de primera necesidad. De ahí que procurara su expendio a precios módicos, de acuerdo con la abundancia y el valor intrínseco del producto. Como su desinteresada dedicación no surtiera los beneficios buscados, el doctor Cantilo, demostrando una vez más su alto espíritu de iniciativa decidió que la manteca se expendiera profusamente en las ferias y mercados municipales a precios baratísimos, al alcance de todas las familias humildes. Recuérdese que otro tanto hizo ya con lo tocante a la venta de pescados provenientes de Mar del Plata. De tal modo el doctor Cantilo consiguió que la acción directa del Departamento Ejecutivo influyera en el mercado local, imponiendo la baratura de la manteca.

Seguramente es digna de todo elogio la obra de nuestro Lord Mayor. Con ello el doctor Cantilo prueba que en el desempeño del cargo que tan acertadamente se le confiara, consagra sus afanes al bien público, entendiendo la Intendencia Municipal como función de sacrificio, de actividad y de inteligencia, cualidades que, como es sabido, sobran a su prestigiosa personalidad.

¡Con cuidado, Dan! ¡Puede ser una emboscada! — exclamó Howard Whitburn, pero su hermano no prestó atención a ese consejo. Incapaz de mantener los ojos abiertos bajo los destellos fulgurantes de aquel sol de Asia, penetró tambaleante por el angosto pasadizo que conducía a la espaciosa tumba, de cuyo interior partiera un grito de agonía sólo hacía unos segundos.

El pasaje finalizaba en una amplia cámara, iluminada débilmente por los mortecinos reflejos que se filtraban por una abertura de lo alto del techo abovedado. En un rincón, Dan pudo distinguir la figura de algunos hombres que peleaban.

El bulto de una forma se desprendió del grupo, apareciendo un tártaro de horrible semblante, que avanzó hacia Dan armado de una daga. Alcanzando a percibir el brillo del acero, el atacado esquivó la maniobra, haciéndose con rapidez a un costado, y descargó al mismo tiempo un fuerte golpe con el puño cerrado en la mandíbula de su agresor. Mientras su contrincante caía al suelo semi inconsciente, vio a otros dos tártaros que trataban de arrebatar un paquete de las manos del viejo que había pedido socorro. Comprendiendo el peligro que a menazaba a aquel hombre,

Dan dió un fuerte puntapié en la mano que sostenía un cuchillo frente a la garganta del anciano, pero en seguida vióse obligado a agacharse casi hasta tocar el suelo para esquivar la acometida de un tercero.

Un disparo al aire hecho por Howard con su revólver, sirvió oportunamente para contener una embestida general contra Dan.

— ¡Retírense inmediatamente! — les ordenó Howard con voz que no admitía réplica, y tras una breve indecisión los tártaros abandonaron la tumba uno tras otro.

— Temo que el pobre hombre haya sido lastimado — dijo Dan akrodillándose al lado de la víctima del ataque. El anciano egipcio había caído hacia atrás con los ojos cerrados, mientras que una

Los jinetes fantasmas de Gobi

mancha rojiza, que se agrandaba por momentos, indicaba la existencia de una herida cerca del corazón. Sus dedos huesosos seguían apretando la pequeña cartera de cuero que los tártaros habían pretendido robarle.

En el momento en que Howard llegaba al lugar en que se encontraba su hermano, el herido abrió los ojos y balbuceó unas palabras en su idioma, las que él no pudo comprender, pero, sus viajes por Oriente como buscador de curiosidades arqueológicas le habían en-

— observó. — Aquí, excelencias, es diferente. Durante muchos años el gobernador me ha mantenido en la prisión, torturándome, haciéndome padecer hambre y tratando de arrancarme a viva fuerza el secreto de un tesoro escondido. ¡Pero no ha podido doblegar la voluntad del viejo Yacoob-Bez! Durante todo este tiempo lo he mantenido a raya desbaratando sus planes, hasta que ahora casi obtuvo éxito por medio de la astucia. Hoy me ha dejado en libertad, haciéndome abandonar el cautive-

nero bajo mil pretextos, y como protestaran, los atacó en sus propios intereses comerciales. No pudiendo conseguir que cesara ese estado de cosas y al bordé de la ruina, los hermanos habían decidido repartirse por partes iguales el dinero que les quedaba, separándose luego para buscar la prosperidad en otros lugares. La desgracia parecía perseguir a Yacoob, pues éste, deseoso de abandonar cuanto antes aquellos lugares, se unió a un grupo de jinetes para cruzar el desierto de Gobi, a cuyo borde está situada Bukhan, pero sus compañeros resultaron ser ladrones.

A pie, y provisto sólo de un poco de agua, los sufrimientos de Yacoob fueron terribles; no obstante, por una casualidad de la suerte, en su camino descubrió una gran fortuna... un tesoro de incalculable valor.

No pudiendo transportar más que un puñado de piedras preciosas, Yacoob regresó a Bukhan con el propósito de encontrar a Iskender y juntos poder transportar el resto del tesoro. Sin embargo vióse precisado a comprar alimentos con una de las piedras y el comerciante le informó a Gustab del suceso. Sospechando de él, Gustab envió a su enemigo a la prisión, haciéndole víctima de las más terribles torturas a fin de obtener de él que decla-

rara el lugar de donde había sacado aquella joya tan valiosa.

Después de terminar su historia, el anciano permaneció en silencio por un momento, y cuando volvió a hablar, su voz, aunque debilitada, era firme y normal.

— Tan pronto como regresé a Bukhan, después de encontrar el tesoro — prosiguió — tracé un plano para conservar fresco en mi memoria el lugar en que estaba escondido. Ese mapa se encuentra dentro de este paquete que escondí dentro de la tumba antes de mi arresto. Ahora, excelencias, la mitad del tesoro será de ustedes si se comprometen bajo palabra de caballeros, que no dudo lo son, a entregar la otra mitad a mi hermano o sus herederos.

— Lo prometemos — le contes-



señado que el egipcio era un idioma muy difundido en aquellas comarcas. Por lo tanto, le dirigió la palabra al hombre en su propia lengua, no tardando en recibir la respuesta.

— Excelencias — dijo el nativo.

— Temo que a pesar de su acto heroico y de valor, no me puedan salvar la vida, pero les agradezco igualmente por haber impedido que este paquete caiga en manos de Gustab Khan, el bandido que gobierna esta ciudad de Bunkhan. Los hermanos se cambiaron miradas entre sí, y el agonizante se sonrió amargamente.

— No me extraño de la sorpresa que mis palabras les causan, pues conozco como se administra la justicia en la tierra de los británicos

rio, pero, ¡infeliz de mí! he venido maquinamente a este lugar, donde había dejado escondido mi secreto. Esto es lo que Gustab Khan esperaba que yo hiciera y sus tártaros me siguieron, espionando todos mis movimientos, hasta que me vieron sacar este paquete del lugar en que por tanto tiempo estuvo escondido.

Con palabras entrecortadas por el delirio que ya había comenzado a apoderarse de él, Yacoob contó su historia.

Cuando Gustab Khan vino por primera vez a Bukhan, Yacoob y su hermano Iskender eran acaudalados comerciantes, pero en seguida el nuevo gobernador los señaló para hacerlos víctimas de sus expoliaciones; les había sacado di-

tó Howard solemnemente, y Ya-coob, se sonrió satisfecho.

—Ustedes podrán reconocer a Iskender por su anillo — murmuró. — Es gemelo del que... está... en el paquete.

Le entregó la cartera de cuero a Dan, y al cabo de pocos segundos abandonaba este mundo.

—¿Qué saca usted en limpio de todo esto, Howard? — preguntó Dan tan pronto cuando se encontraron de nuevo en plena luz del día. — ¿Cree usted que hay algo de cierto en esa historia del tesoro?

—No veo por qué no ha de ser cierto — repuso Howard. — El desierto Gobi es conocido por las inmensas riquezas que se esconden debajo de sus arenas movedizas que, en el transcurso de los años ha sepultado a muchas ciudades. A veces, en nuestros días, el viento moviendo las arenas, deja al descubierto en pocas horas pueblos enteros con sus palacios, siendo posible transitar por sus calles que han estado desiertas y desoladas durante muchas generaciones. Luego, el viento cambia, y las arenas vuelven a cubrirlo todo otra vez.

Entraron en la ciudad por una de sus puertas y Howard miró atentamente a su alrededor.

—De una cosa estoy seguro — observó. — Y es que debemos salir de Bukhan cuanto antes. Nos hemos granjeado el mal querer del gobernador, y ese hombre no ha de titubear en asesinarnos, a fin de apoderarse de este mapa. Si usted quiere ocuparse de la compra de algunas herramientas para practicar excavaciones, yo iré a nuestro alojamiento y haré los preparativos para partir de inmediato.

Cuando Dan llegó al "serai", que es una especie de hotel, encontró los caballos listos en el gran patio, con el guía y los dos sirvientes que esperaban sentados en sus monturas. Le entregó las herramientas a uno de ellos, y fué en busca de su hermano a la habitación que ambos ocupaban.

—Estamos de parabienes — le dijo Howard al saludarlo. — Mediante el ofrecimiento de una elevada suma, he persuadido al dueño de esta hostería que nos provejera de lo necesario para pasar una o dos semanas en el desierto. He consultado el mapa y me parece que la dirección que debemos llevar está bien clara. Nos pondremos en marcha en seguida, antes de que Gustab cierre las puertas de la ciudad y nos deje encerrados en ella para hacernos víctimas de su salvajismo.

—¿Adónde vamos, ahora, señores? — preguntó Uzuf, el guía, en el momento en que los jóvenes montaban en sus respectivas cabalgaduras.

Al desierto — le contestó Howard — a las colinas de los Djinn.

Uzuf dejó escapar una exclamación de asombro y su semblante

turnóse lívido.

—No, señores — protestó. — Allí es donde moran los espíritus malignos y la guarida de feroces bandidos. ¿Han oído alguna vez los señores, hablar de los jinetes fantásticos? Hombres todos vestidos de blanco, montados sobre camellos del mismo color, se acercan durante la noche con gran sigilo y sin hacer el menor ruido para robar a los viajeros y las caravanas. Los proyectiles no les hacen mella, y jamás los soldados de Gustab Khan han podido ponerles la mano encima, de manera que nadie sabe si en realidad son hombres o fantasmas. Y, es en las colinas de los Djinn donde han establecido sus reales.



—¿Eres músico?
—Sí, toco el violín.
—¿Tocas "La Alsaciana"?
—¿No te digo que lo que toco es el violín?

—A pesar de todo, ese es el destino que llevamos — dijo Howard. — Si encontramos lo que vamos a buscar, usted y sus acompañantes recibirán bastante dinero para hacerlos ricos por todo el resto de sus días.

La codicia venció a Uzuf, quien dijo:

—Señores: yo los conduciré — agregando después para su propio consuelo: — He oído decir que los jinetes fantasmas no roban más que a los ricos, y parte del botín lo distribuyen entre los más necesitados.

Al trote largo el grupo cabalgó por las estrechas calles, llegando al cabo de pocos minutos a la vista de la puerta por la cual pensaban abandonar la ciudad.

—El camino está todavía abierto — anunció Dan, parándose sobre sus estribos para tener una mejor visual, pero en ese momento alcanzó a divisar señales de agitación debajo del portal.

Un hombre se hallaba de pie al lado del oficial de la guardia, y en ese instante estaba señalando al grupo de jinetes que avanzaba

hacia ellos. Al llegar a cincuenta metros de distancia, Dan ya tenía la seguridad de que aquel individuo era uno de los malhechores que habían asesinado al anciano árabe.

—¡Al galope! — exclamó con voz ronca. — Hemos sido descubiertos y ahora nos quieren cerrar la puerta.

Desparramando a la multitud delante de ellos como hojas secas que diseminara el viento, los jinetes se agacharon sobre sus cabalgaduras y emprendieron una veloz carrera. Los soldados de la guardia corrieron para formar línea a través del camino, y detrás de ellos, Dan pudo ver las pesadas puertas que se movían lentamente para ce-

con suerte, por más de un motivo — dijo Howard sonriendo. — Sin embargo, no transecurrirá mucho tiempo antes de que Gustab envíe su gente en nuestra persecución.

—Si podemos conservar la ventaja hasta que llegue la noche, no podrá alcanzarnos — dijo a su vez Uzuf. — Para esa hora ya habremos llegado alborde de las colinas Djinn, y entre sus valles y desfiladeros nos será fácil ocultarnos de los soldados.

Habrían cabalgado una media hora, cuando una inmensa polvareda les indicó que sus perseguidores habían salido de Bukhan. Los kilómetros sucedían a los kilómetros, y durante todo el tiempo el sol enviaba sus ardientes rayos, aunque disminuyendo en intensidad, pues se acercaba al horizonte; sin embargo, era evidente que los hombres del gobernador ganaban terreno poco a poco. Los caballos que conducían a los fugitivos eran animales pobres, y Dan pensaba si podrían soportar la fatiga hasta llegar a la colinas, cuyas rugosas siluetas se destacaban cada vez con más claridad sobre el fondo del llano.

Por fin llegaron al pie de las colinas, pero ya los perseguidores, en gran número y bien montados, estaban tan cerca que sería imposible perderlos de vista mientras duraba la luz del día, y el sol tardaría toda una hora en ocultarse tras el horizonte. Además, el firmamento estaba obscureciéndose, lo que presagiaba una perturbación atmosférica.

—Señores: se acerca una tormenta de arena — dijo Uzuf. — Si se desencadena a tiempo nos salvará, pero... — y se interrumpió para mirar significativamente por encima del hombro a los soldados, que ya habían comenzado a hacer disparos a medida que avanzaban. Por entre las colinas prosiguió la cacería bajo la mortecina luz pero el enemigo se acercaba cada vez más.

Los caballos de los fugitivos comenzaban a flaquear; Howard señaló un angosto desfiladero que partía del valle que estaban atravesando.

—Entramos allí — exclamó. — El lugar es angosto y por lo menos podremos defendernos.

—No, señor — gritó desesperado Uzuf, mirando al cielo. — La tormenta se desencadenará de un momento a otro, permitiéndonos escapar.

Con desgano Howard cedió al consejo del guía, y atravesaron el desfiladero. Doscientos metros más adelante, el caballo que montaba Howard cruzó las patas y se cayó.

Dan corrió hacia el lugar donde se hallaba su hermano inmóvil, mientras un terrible grito de triunfo se escapaba del pecho de los soldados; dióle vuelta, y cuando Howard levantó la cabeza, pudo ver una herida en la frente que se había hecho al golpear contra una piedra.

—Esta ha sido una escapada

— Señor — dijo Uzuf, de pie al lado de ellos, empuñando el rifle. — Aquí es donde vamos a morir; pero es mejor buscar la muerte antes que caer prisioneros de...

Sus palabras terminaron en un potente grito... en el cual se mezclaba el temor y el alivio, en forma extraña.

— ¡Vea! — exclamó. — ¡Los jinetes fantasmas! ¡Y se han interpuesto entre nosotros y nuestros enemigos!

Por la boca del desfiladero en el cual Howard había deseado penetrar, Dan vio a una hilera de hombres que salían montados en camellos, semejando una silenciosa procesión, todos vestidos de blanco y sentados como ídolos de piedra sobre sus animales blancos también; y de majestuoso paso. Un espectáculo fantástico en las mortecinas medias tintas precursoras de la tormenta.

Los soldados de Gustab habíanse detenido, y permanecieron por un momento contemplando a los jinetes fantasmas que se movían por el valle en su dirección. Luego uno de ellos profirió un grito de terror y volvió su cabalgadura, seguido más tarde por todos sus compañeros. En seguida se desencadenó el vendaval cargado de partículas de arena, y todo quedó oculto a la vista.

Como si estuviera bajo los efectos de una pesadilla, Dan ayudó a su hermano a montar de nuevo sobre su caballo, y Uzuf inició otra vez la marcha; tras una lucha que parecía interminable contra el viento torturador y cargado de polvillo fino del desierto, llegaron a una gran roca que les sirvió de reparo, y allí se detuvieron para esperar a que pasase la tormenta.

* * *

— Este es el lugar indicado — observó Howard a la mañana del tercer día de su salida de Bukhan. Consultó nuevamente el mapa trazado por Yacoub, mientras en su dedo relucía el anillo de pesadas esmeraldas y fabricación antigua que había estado en la cartera.

— Este laguito de sal — continuó — es, indudablemente, lo que Yacoub designa con el nombre de "Pozo del Desencanto"; más allá está la roca del turbante, en cuyo costado occidental debemos iniciar las excavaciones.

La tarea era muy fatigosa, pues la arena suelta se filtraba otra vez con gran rapidez en el hoyo, tan pronto como era sacada; sin embargo, cuando la excavación había llegado ya a un metro y medio, Dan hizo un descubrimiento.

— Esto no es una roca — exclamó — sino mampostería. La roca del Turbante es la cúpula de algún edificio enterrado, en la cual se ha incrustado la arena haciéndola aparecer como una masa de piedra arenisca.

— ¡Es verdad! — le contestó

Howard lleno de entusiasmo. — Supongo que el anciano Yacoub estaba haciendo aquí una excavación en busca de agua, cuando descubrió la mampostería; después siguió el trabajo hasta llegar a una puerta, o con más probabilidad, una ventana. Déjame que empuñe la pala.

No tardaron en encontrar una ventana, penetrando por ella al interior de una habitación que estaba cubierta a medias por la arena. En uno de sus extremos había pequeños montículos de aquel polvillo fino, que resultaron ser cofres. En el centro del piso la arena formaba un declive hacia una abertura en la que se veían algunos escalones que descendían.

Con la ayuda de sus linternas eléctricas, los hermanos descendieron, deduciendo que habían entra-

ngarzar, arcas llenas de joyas, con brillantes y rollos de telas de seda bordadas que en cualquiera de los mercados del mundo serían avaluadas en una suma estúpida.

— ¡Qué diablos haremos con todo esto? — exclamó Dan una vez que hubieron terminado de examinar el contenido de todos los cofres. — No podremos llevarnos ni siquiera una pequeña fracción de todo esto...

Un grito proferido por Uzuf lo interrumpió y el guía, que había estado haciendo de vigía en la parte exterior, llegó resbalando hasta la entana de la cámara del tesoro.

— Señores — exclamó. — ¡Estamos perdidos! ¡Gustab Khan nos ha descubierto!

Los hermanos bregaron por salir al mismo tiempo por la estrecha abertura, alcanzando a ver a

— ¡Jamás! — rugió Howard. Su palabra no vale nada.

Gustab contempló iracundo por un instante al que así le hablaba, y luego pronunció una orden en voz baja. Como una ola sus hombres se lanzaron al ataque, pero los jóvenes defensores del tesoro no fueron tomados desprevenidos. Sus fusiles de repetición comenzaron a vomitar proyectiles de inmediato resultado. Los atacantes, completamente al descubierto, sin tener parte alguna donde guarecerse de aquella lluvia mortífera, no se atrevieron a avanzar, optando por volver sus cabalgaduras, y retirarse apresuradamente del lugar, abandonando en el campo de la acción a varios muertos y heridos.

Así había terminado un asalto directo; al menos, por el momento, no corrían el peligro de verse de nuevo asaltados. Sin embargo los lártaros no pensaban dejar en manos de un puñado de hombres aquel tesoro, siendo ellos tan numerosos, y por lo tanto, desmontaron a alguna distancia, y refugiándose tras unas rocas, abrieron el fuego contra los hermanos y sus servidores, haciéndoles retroceder hasta la roca del Turbante, donde sólo respondían a los tiros de sus asaltantes cuando éstos se demostraban demasiado atrevidos y osaban acercarse a su refugio.

— Nos encontramos en una espléndida trinchera — dijo de pronto Dan dirigiéndose a sus compañeros — y me parece que les ha de costar trabajo a Gustab y sus secuaces hacernos rendir o tomar nuestra fortaleza por asalto.

Howard volvióse a su hermano:

— Desgraciadamente — observó secamente. — Gustab tiene el juego en sus manos, sin tener necesidad de arriesgarse de nuevo, pues no contamos más que con un litro escaso de agua y tampoco hay esperanzas de poderla obtener en parte alguna.

— ¡Entonces, no nos podemos quedar aquí! — le contestó Dan.

Durante un instante permaneció en silencio y envuelto en una profunda meditación, pero a pesar de todos sus esfuerzos no podía encontrar una solución que les permitiera salir de aquella situación. Se encontraban frente a un enemigo encarnizado que no tendría escrúpulos en asesinarlos sin misericordia si salían; si, por el contrario, optaban por permanecer en el interior de su refugio, habría de llegar el momento en que su aprovisionamiento de agua se agotase, y entonces la situación agravarse aún más.

— Propongo — dijo por último — que carguemos tantas piedras preciosas como nos sea posible llevar a cada uno y que intentemos salir de aquí cuando las sombras de la noche nos protejan.

Esa proposición parecería ser demasiado arriesgada, pero era la única viable en aquellas circums-



do por la parte superior de una de sus torres, a un palacio de enormes dimensiones. La arena, que todo lo invadía, les impidió aventurarse muy lejos, pero descubrieron esqueletos armados, que denotaban una muerte violenta, lo que les permitió imaginarse la historia final de aquel edificio.

— Es posible que haya habido una cruenta lucha, tal vez una rebelión — murmuró Howard. — En medio de ella, llegó la tormenta de arena, y los sobrevivientes, probablemente, huyeron sin preocuparse del tesoro, a menos que sus cuerpos se hallen en la parte inferior del palacio, enterrados profundamente en la arena.

— No siento deseos de llevar más adelante la exploración — observó Dan con un estremecimiento. — El tesoro es lo que me interesa, y me parece que hemos de encontrarlo en aquellos cajones que están más arriba.

Yacoub les había dicho que encontrarían una fortuna inmensa, y no había exagerado. Había un enorme cofre lleno de piedras sin-

los jinetes que se acercaban.

Howard hizo una seña con su fusil, y Gustab se detuvo a 50 metros de distancia.

— ¡Nos hemos encontrado! — gritó el gobernador en tono sardónico.

— ¡Aquellos que se cruzan en mi camino, no escapan por mucho tiempo; sus huellas eran bastante claras para cualquier ojo avezado! Luego notó las señales de la excavación e hizo un gesto de triunfo.

— ¡Entonces, ustedes han encontrado el tesoro de Yacoub para entregármelo! ¡Está bien!

Los hermanos no respondieron, sino que se limitaron a tener sus armas listas, lo mismo que Uzuf y los dos sirvientes. Algo en su actitud debió haber impresionado a Gustab, pues éste cambió por completo sus modales hacia ellos.

— ¡Escuchen amigos! — les dijo con suavidad — ustedes se han entrometido en mis planes, y por lo tanto merecen la muerte. Pero se les perdonará la vida y podrán marcharse sin ser molestados, si me hacen entrega del tesoro. ¿Están conformes?

tancias.

Cuando la noche estuvo ya bien entrada, Uzuf salió primero, arrastrándose sigilosamente para inspeccionar los alrededores. No había avanzado muchos metros cuando les dió a sus compañeros la voz de alto, pues había alcanzado a ver a un hombre a corta distancia delante de él.

El guía prosiguió avanzando solo, y tras una breve espera, pero que a ellos se les forjaba una eternidad, Uzuf regresó para avisarles de que ya podían continuar la marcha, pasando así delante de la figura inmóvil del centinela, que yacía inconsciente. Un minuto más tarde otro tártaro se levantaba para mirar al árabe que se arrastraba; éste, ya preparado para esa emergencia le impidió que pudiera gritar pero apretando al mismo tiempo instintivamente el gatillo de su fusil.

—¡Echen todos a correr! — les gritó Dan.

La luna comenzaba a asomar su disco plateado por encima del horizonte pero derramando suficiente luz como para permitir que se vieran las figuras de los fugitivos, cuando se incorporaban para echar a correr; los proyectiles comenzaron a silbar en forma poco agradable a su alrededor, pero sin advertir el peligro, continuaron su furiosa carrera hasta que el eco amortiguado de los cascos de los caballos sobre la alfombra de arena, les indicó que los tártaros habíanse lanzado en su persecución.

—Hagamos alto para contestarles al fuego — ordenó Howard al llegar a un montón de peñascos que podrían servirles de resguardo, al mismo tiempo que tomaban aliento.

Las figuras borrosas de los jinetes formaban blancos muy pobres a la escasa claridad de la luna, no obstante lo cual, uno o dos gritos de dolor les hicieron comprender que no todas sus balas se perdían en la inmensidad del desierto.

—¡Les hemos dado una buena lección! — exclamó Dan, cuando el furor de la lucha hubo disminuído algo en intensidad, pero en ese momento unas figuras vestidas de blanco llegaron arrastrándose entre las rocas que tenían a sus espaldas, y numerosos brazos fuertes sujetaron a los hermanos y sus sirvientes.

—¡Los jinetes fantasmas! — dijo Uzuf poseído de un profundo terror que lo hacía estremecer como una hoja.

Luego, las formas blancas, difusas, bajo la claridad tenue de la luna, avanzaron montadas sobre sus camellos, hacia los soldados de Gustab Khan. El primero de ellos que alcanzó a verlos, dejó escapar un grito de terror, y sus compañeros se apiñaron en un montón de seres vivientes, como corderos

asustados, al verse rodeados por aquel fantástico anillo.

Una voz profunda, cavernosa, sin tono definido, ordenó a Gustab que se rindiera, y sin hacer la menor tentativa de resistencia, la intimación fué obedecida.

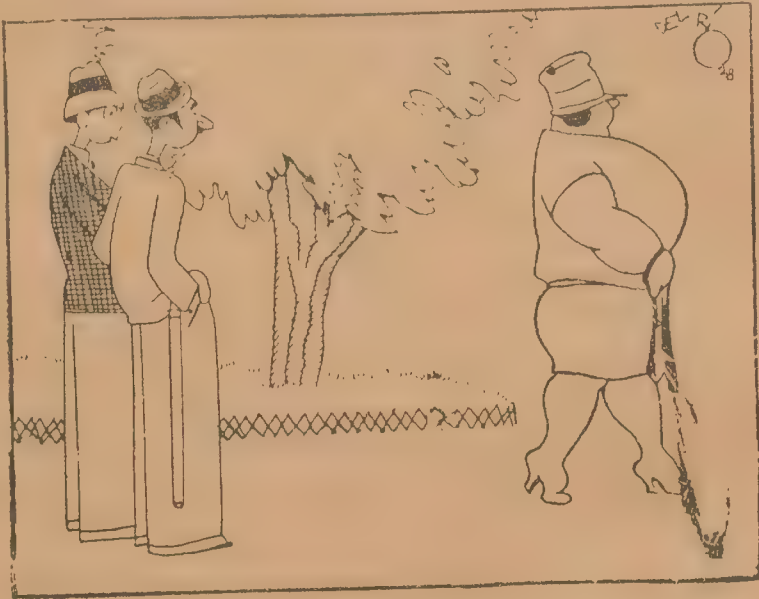
Un poco más tarde, los aventureros y sus sirvientes, en compañía de Gustab Khan fueron conducidos al lugar en que se hallaba el jefe de los jinetes fantasmas.

—Ustedes se estaban peleando — dijo este último en tono grave. — ¡Deseo saber por qué causa!

—Gran jefe — se apresuró a responder Gustab. — Nos peleábamos por un tesoro que yace escondido debajo de la roca del Turbante. El me corresponde y debe ser mío...

—¡Falta a la verdad, poderoso sheikh! — gritó Uzuf.

—¡Qué la paz reine entre vos-



— A esa señorita, que estaba a punto de casarse, se le murió el novio.
— ¡Qué suerte!
— ¿La del novio?

otros! — exclamó a su vez el jefe de los jinetes fantasmas. — Si es un problema saber a quién de ustedes pertenece este tesoro, es mi obligación encontrar la solución. Por lo tanto, digo que esa propiedad, cualquiera que ella sea, no pertenecerá a ninguno de ustedes, sino a mí y a mis hombres. En cuanto a usted, Gustab Khan, tengo muchas cuentas pendientes que saldar. ¡Llévenselo!

Varios de los jinetes fantasmas se adelantaron con paso majestuoso, haciéndose cargo de su prisionero, y mientras éste era conducido lejos de aquel sitio, Dan dejó escapar una exclamación.

—Fíjate, Howard — exclamó. — El jefe tiene un anillo igual al que Yacoub te dió a tí! Uzuf, pregúntale cómo se llama!

Sin embargo, antes de darle el tiempo al guía para formularle la pregunta, Howard se apresuró a interrogarlo en su idioma.

—Jefe — le dijo volviéndose algo, de manera que la luz cayera de lleno sobre sus manos atadas. — ¿Reconoce usted el anillo que tengo en la mano derecha?

—Es el de Yacoub, mi hermano — exclamó el jefe con asombro, mientras una sombra de preocupación pareció como nublar su semblante. No había duda de que el árabe tenía ya un vago presentimiento de lo que le ocurría a su hermano; no obstante, agregó con rapidez: — ¡Habla blanco!

Tan brevemente como le fué posible, dadas las circunstancias, Howard le refirió la forma trágica en que había llegado a su poder; la lucha entablada para salvar la vida de Yacoub, que, desgraciadamente no sirvió más que para ahuyentar a los bandidos, secuaces de Gustab, y el juramento que el moribundo le había hecho hacer a él, antes de entregarle el plano donde estaba el secreto del tesoro. Iskender lo escuchó con atención, y a medida que avanzaba en su relato, su semblante adquiría una expre-



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes prácticas y decorativas

COMPANÍA ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

Corrientes 651

U. T. 31 - Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

ras de trabajo, los cofres quedaron por completo al descubierto, siendo retirados de su escondite milenario y llevados al albergue del sheikh, donde hizo justa y equitativamente la división de aquella inmensa fortuna. Y, por la mañana, cuando los blancos se disponían ya a emprender el viaje de regreso, con su caravana pesadamente cargada, Howard le preguntó al sheikh lo que pensaba hacer con los demás prisioneros.

—Cuando ustedes estén bien alejados de este sitio, en su camino de regreso — contestó Iskender — los soldados del gobernador quedarán libres, pues ellos nos son culpables; son unos simples chacales del desierto; cumplen los órdenes que reciben de sus superiores. Gustab Khan fué el que me obligó a internarme en estas soledades áridas para llevar una vida de privaciones y zozobras, y él es, además, responsable de la muerte de mi hermano. Para esos delitos la ley del desierto impone la pena capital, pero en la forma que corresponde a los últimos bandoleros a los delincuentes de peor calaña; así, pues, me acompañará a cruzar el desierto hasta que encontremos un árbol lo suficientemente fuerte para soportar el peso de su cuerpo y de sus culpas.

Los hermanos se despidieron cabalgando durante un largo trecho sin pronunciar una palabra, pensando en el destino que le tenía reservado el jefe de los jinetes fantasmas, al gobernador de Bukhan. Y tras aquella pausa sólo interrumpida por el eco de las pisadas de los camellos sobre la arena, Dan se atrevió a murmurar:

—¡Es la justicia del desierto; dura y despiadada!

sión más y más grave, y cuando hubo finalizado su relato, avanzó hacia los prisioneros aflojando por sí mismo las ligaduras, así como también las de todos sus hombres.

—Los deseos de Yacoub serán cumplidos! — les dijo en seguida. — La mitad del tesoro será para ustedes; pero como las hordas salvajes del ambicioso Gustab podrían arrebatárselos lo que con tanto riesgo han conseguido, serán debidamente escoltados y guiados hasta donde impere la honradez y el respeto por los bienes del prógimo. La otra mitad la emplearé de la misma manera que he empleado hasta hoy el dinero sacado a los ricos, los amigos de Gustab, a aquellos que mediante la ayuda de la fuerza, y aprovechando la circunstancia de hallarse en el poder, han vejado y robado, matado y torturado. Y, todo ese dinero que les he sacado a esas personas, no ha tenido otro fin que el de socorrer a las propias víctimas de sus fechorías.

El sheikh Iskender, acompañado de Howard y su comitiva, se dirigió al lugar donde se hallaba enterrado el tesoro; tras varias ho-

La mayoría de las personas se figuran a los sabios como hombres de blancas patillas o luengas barbas, rugosos y apergaminados, de gafas, necesariamente; descuidados en el vestir y venerables por su edad. Pues bien, el que esto escribe tuvo la dicha de pasar una semana, no hace aún dos años, entre más de mil hombres de ciencia, en Nashville, Estados Unidos, con ocasión de la 84 Reunión anual de la Asociación Americana por el Progreso de las Ciencias, y ninguno era tal como el vulgo se los figura. La mayoría de ellos eran jóvenes, los de más edad lo parecían; todos vestían bien; muchísimos con elegancia.

* * *

¿Por qué hay tanto naturalista que estudia los insectos? Es el ramo que más especialistas tiene. ¿Por qué?, pregunté al doctor L. O. Howard, uno de los más reputados entomólogos del mundo, jefe de que fué de Entomología del Gobierno de los Estados Unidos.

"Porque hay más insectos que ninguna otra forma de vida", contestó. "Conocemos más de dos millones de insectos diferentes, la mayoría de los cuales deben exterminarse si el hombre ha de continuar viviendo sobre la tierra. De no hacerlo así, nosotros seremos exterminados por ellos.

Uno de los insectos preferidos para el estudio de la herencia y la evolución es la diminuta mosquita copocida con el nombre de "drosófila", que estamos cansados de ver revoloteando y posándose sobre la fruta, particularmente sobre la muy madura o pasada.

Es un mosquito que mide milímetro y medio de largo y son los favoritos de los entomólogos por lo fáciles que son de alimentar y conservar y, sobre todo, por lo mucho que se reproducen: una generación cada nueve días. Además se manejan con gran facilidad en el laboratorio para los experimentos sobre la herencia."

El doctor Muller ha alcanzado fama mundial por los estudios sobre el proceso de la evolución con los rayos X. "He comprobado, dice, que exponiendo a las moscas de la fruta a la acción de los rayos X se operan en ellas cambios que transmiten a su descendencia. He hecho estos experimentos con 150 generaciones de moscas, aproximadamente medio millón de individuos. Algunos procrean hijos con ojos blancos en lugar de rojos, otros con alas deformes transformaciones que se transmiten a muchas generaciones. Qué cambios químicos ocurren en estos casos es lo que queda por averiguar."

Compañero de este doctor es el profesor Hanson, que viene estudiando la herencia en las ratas. Con miles de estos animales ha hecho curiosos experimentos sobre el abuso del alcohol en la descendencia.

Lo que dicen algunos sabios

Ha alcoholizado varias ratas de ambos sexos hasta un grado que el hombre no puede llegar. Pues bien, todas las crías de ratas alcoholizadas han resultado animales normales, sin defecto alguno.

"¿Por qué unas razas humanas son altas y otras bajas?"

El doctor Bennett Bean, profesor de Anatomía de la Universidad de Virginia, nos dice:

"He medido 1.022 grupos de personas de diferentes razas y países y he obtenido una altura media en el hombre de 164 centímetros. El tipo más alto es el australiano, que da una altura de 183 centímetros, y el más bajo el negrito de Africa, 127 centímetros. Estoy convencido de que la alimentación fija la estatura de las razas. Los

Jerditcha, está convencido de que los pieles rojas de América proceden de la misma raza que el prehistórico hombre de Oro-Magnon, cuyos restos se descubrieron en las cuevas de Aurignac, en Francia. Los caracteres físicos resultan idénticos. Según esto habría que descartar la teoría de la procedencia mongólica de los indios americanos.

Treinta años de constante observación a los astros han hecho decir al doctor Moulton, ex profesor de Astronomía de la Universidad de Chicago:

"La ciencia está poniendo en acción fuerzas que revolucionarán por completo las relaciones económicas, sociales y políticas de los seres humanos unos con otros. El

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO-NERVIOSAS-VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas del Trigémino, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 18 HORAS

U. T., LIBERTAD 0260

pueblos que viven cerca del mar absorben demasiado yodo, lo que les impide crecer, y los pueblos del interior consumen más cal, lo que facilita el crecimiento de los huesos. La dificultad de encontrar alimento abundante en las regiones polares y ecuatoriales hace que los esquimales y bosquimanos sean tan pequeños. Los habitantes de las regiones templadas y fértiles de Europa, tienden a crecer porque disponen de mar y mejores alimentos."

Los continentes son masas flotantes. La tierra se mueve con dirección al mar, y otro diluvio universal en otra edad de hielo cambiará por completo la civilización humana hasta un punto que nadie puede imaginarse. Tal asegura el doctor Arhley, y añade que los geólogos debieran ponerse de acuerdo sobre la época en que tal cataclismo ha de ocurrir.

El doctor checoslovaco Hrdlicka, apellido que se pronuncia

cerebro humano evolucionará de tal forma que se convertirá en otro órgano mucho más útil y eficiente de lo que hoy es, y dentro de un millón de años el hombre tendrá una fuerza razonadora, una imaginación creadora y una apreciación estética como no podemos formarnos idea."

El ingenio del doctor Liddell, profesor de Filología de la Universidad de Purdue, ha utilizado nuevos aparatos científicos para analizar el lenguaje. Gracias a un nuevo modelo de oscilógrafo, que envía una corriente de electrones en lugar de una reflexión desde un espejo oscilante, logró fotografiar los sonidos. Las ondas sonoras controlan los movimientos de las ondas de electrones, que trazan una curva complicada en una cinta de papel sensible.

Ha fotografiado once sonidos vocales distintos de lenguajes indoeuropeos y ha encontrado que algunos de los sonidos que creía

mos sensibles no lo son, sino especies de diptongos que resultan de la combinación de dos sonidos vocales.

Naturalmente, las películas habladas no han adelantado a las películas mudas. No es oportuno establecer comparaciones, pues la técnica de éstas últimas tienen treinta años de experiencia, mientras que las primeras aún no cuentan dos años. Falta bastante tiempo aún para poder comprobar con un poco de base unas y otras.

Si el público acepta de buen grado las películas habladas, y las prefiere a las mudas, entonces haré películas habladas; pero decir hoy que el drama silencioso no es tan apreciado como antes, es una gran equivocación.

"Lo que me ha hecho reír", por Norma Talmadge. — "Siempre ha sido una cuestión difícil para mí el preguntarme cuáles han sido los incidentes más cómicos de mi vida; cuando me sucedieron todos me parecían cómicos y hasta diré los más cómicos; pero me temo que la mayoría de ellos desilusionarán a los demás.

A mí no me hace gracia el que una persona se caiga. No he encontrado nunca cómico el retirar una silla cuando una persona va a sentarse, ni me ha hecho nunca tan siquiera sonreír un borracho que vaya haciendo eses. En cuanto a los animales que trabajan en los vaudevillos o en el circo me hacen llorar.

He aquí una de las cosas que me hicieron gracia:

Constance y yo estábamos en París, y ella llevaba la cámara fotográfica. No contenta con los retratos que le hicieron recorrió todo París para que la fotografiase en los lugares que más le interesaban. Toda una semana nos dió lata con este o aquel ángulo, y cuando, después de haber tomado unas doce fotografías, se encontró con que no había más placas en la cámara, estuve riendo mucho.

Otra vez llevé a un convidado a comer a casa de mi hermana, esposa de Buster Keaton. Durante el camino le estaba explicando que al fin y al cabo, en Hollywood éramos algo más convencionales de lo que generalmente se creía..., y cuando llegamos a la casa, Buster se hallaba bajando las escaleras cabeza abajo... Naturalmente, estaba practicando un "gag"...

Otro incidente:

Estaba yo trabajando en una película. Había en el estudio gran número de personas y, a pesar mío oía las conversaciones. Una de ellas decía: "Nunca olvidaré la noche pasada; mamie (mamáita) tosía sin poderse calmar de ningún modo. Creía que tenía una pulmonía, y aunque era muy tarde para ir a buscar al médico, fuimos por él... y cuando llegó, mamie se levantó meneando la cola."

Las grandes aventuras. El hombre que quería ser famoso a toda costa

Por espacio de seis años Hansel C. Williams ha estado burlándose y engañando a todo Estados Unidos.

Y todo por el amor de una mujer.

Recientemente Williams formuló declaraciones a los representantes de la prensa norteamericana, relatando su historia durante esos seis años y arriancando así el velo misterioso que la cubría desde 1922, y que tuvo a varios millones de personas pendientes de los diarios casi todos los días.

Williams se hacía pasar por un ex combatiente que había perdido la memoria. Aquella treta hizo que hasta un hombre al que jamás había visto en su vida lo identificara como hijo suyo. Este anciano atravesó todo el continente norteamericano y se llevó consigo a Williams, creyéndole el hijo que había llorado como muerto en la guerra.

La historia empieza en 1922, cuando Williams residía en una pequeña localidad de Texas, cercana a la ciudad de Dallas. Williams se había enamorado de una muchacha seis años mayor que él. La muchacha era, al parecer, aficionada al exhibicionismo, tan común de esta época, y cuando Williams le propuso el matrimonio, contestó:

“No me casaré contigo hasta que no aparezca tu fotografía en la primera página de todos los diarios de Estados Unidos.”

Williams aceptó el desafío y prometió:

¿Sea cual fuere el motivo?

Sea cual fuere — contestó ella.

Lo primero que se le ocurrió a Williams fue fingir un suicidio durante un viaje desde Dallas a Florida. Cuidadosamente se metió en uno de los bolsillos una fotografía y una carta, en la cual declaraba que se quitaba la vida. Hecho esto dejó el saco sobre uno de los asientos de la cubierta del vapor, se arrojó al agua y nadó hasta tierra aprovechando la obscuridad de la noche.

Creí que los diarios de todo el país publicarían mi fotografía — declara — pero no fue así. Al menos la hicieron aparecer en sus columnas, pero no en la forma sensacional que yo deseaba. Supongo que ello obedeció a que hay demasiados suicidas para que uno más cause sensación.

Viajando de Florida a Dayton, en enero de 1922, Williams se consiguió un empleo en una sombrerería, propiedad de un miembro de

la Legión Americana de Dayton, quien le hablaba constantemente de la guerra. Entonces a Williams se le ocurrió otra idea para hacer que su fotografía apareciera en los diarios, y unos días después se presentó en un hospital destinado a ex combatientes, declarando que era uno de ellos, pero que no podía recordar su nombre. En sus bolsillos los médicos encontraron el documento de licenciamiento de la Marina, a nombre de Harold Payton, e inmediatamente se ini-

su situación, para evitar la operación, llegó al hospital un señor, George G. Kesling, de Lewiston, Montaña, en busca de su hijo perdido. Kesling, que había leído los artículos de los diarios sobre el misterio de Harold Payton, identifica inmediatamente al enfermo como Larrunce Kesling, hijo suyo, desaparecido desde 1916.

Para evitar la operación, Williams accedió a irse a Montaña con Kesling. Durante el viaje los dos se detuvieron en diversas ciudades, donde los periodistas escribieron amplias crónicas sobre el misterioso ex combatiente, cuya identidad había sido establecida por fin.

—Mr. Kesling — dice Williams — me llevó a su casa y me trató como si fuera su hijo. Y por fotografías que vi en la casa comprendí que, en efecto, me parecía de

ROBERTO CASAUX

Ante este nombre unos instantes de recogimiento para recordar esta figura de privilegio en nuestro mundo artístico...

ROBERTO CASAUX ha desaparecido prematuramente, dejando una estela de luz en el camino espinoso del teatro nacional.

Fue un actor de grandes méritos, de singulares valores artísticos, de tesonera labor de superación, que se conquistó sus triunfos paso a paso como un verdadero estudioso, artífice en el difícil arte de la interpretación.

Recordar la acción eficiente de este grande actor, es evocar toda nuestra literatura teatral.

ROBERTO CASAUX fue un maravilloso artista, un hombre mágico en el desenvolvimiento natural y efectista de sus roles interesantes y magníficos.

Vivió sus papeles con el afán plausible de hacer obra de bien para el teatro nacional, y es así, que dejó, en su reciente gira por España, bien cimentada, su sólida personalidad de artista argentino, y su prestigioso sentir de hombre sencillo y bueno.

Porque ROBERTO CASAUX fue un tipo típico en nuestros círculos de bohemia artística, por su idiosincrasia y por sus aptitudes brillantísimas de actor incomparable y definido...

Estos renglones corren al ritmo del profundo dolor que ha sacudido a todos los seres que han conocido a este hombre privilegiado por sus cualidades selectas.

Dolor que engendra la sinceridad del corazón argentino que en recogida emotividad llora la pérdida del inolvidable ROBERTO CASAUX, del hombre artista que supo ser grande y supo ser humilde y noble como todo ser elegido.

Y como elegidos se ha ido al reino de la luz y de la inmortalidad!

Adela GARCIA SÁLABERRY

cieron activas gestiones para encontrar a la familia del muchacho.

Los cirujanos del hospital, al examinar a Williams descubrieron unas cicatrices en la cabeza y diagnosticaron que el muchacho padecía de amnesia, producida por una vieja lesión craneana.

Era necesario operar sin pérdida de tiempo para aliviar la presión que sufría del cerebro y devolver así la memoria al paciente.

—Aquellas cicatrices — declara Williams — fueron producidas por unas quemaduras que sufrí de chico.

Precisamente el día en que los médicos pensaban operar a Williams, y en que éste estaba ya pensando en confesar la verdad de

modo sorprendente al hijo de aquel buen hombre que había desaparecido desde 1916. Después de vivir durante algunos meses en el rancho ganadero de Mr. Kesling decidí que no podía engañar más tiempo al pobre hombre. Y un día me marché para no volver jamás.

Williams recorrió el país durante algún tiempo consiguiendo por fin, un empleo de electricista en Nueva York. Por fin se estableció en Utica, ciudad del mismo Estado.

El extraño relato de Williams está autenticado por documentos de hospitales y fotografías que han sido publicadas en diferentes épocas por los diarios de todo el país. Su propio padre, residente en Dallas, Texas, lo ha identificado por ciertas marcas de tatuaje que



tiene en el brazo y las cicatrices de la cabeza.

—Reconozco haber cometido la superchería y me arrepiento sinceramente de ella — dice Williams. —Ahora declaro la verdad, porque quiero que Mr. Kesling sepa que no soy su hijo y que no siga preocupándose por mi suerte. Espero que los que lean este relato perdonarán mis acciones como la locura de un muchacho que debía haber comprendido su error, pero que no lo hizo.

Y a todo esto, la muchacha por quien Williams hizo tantas locuras, ¿qué hacía. Pues sencillamente casarse con otro y convertirse en una de tantas madres de familia.

Pero Williams se ríe de buena gana cuando se le habla de esto. Porque también él se ha casado y tiene hijos.

Siete mil muchachas neoyorquinas han huido de sus casas durante el año pasado.

Según estadísticas publicadas por los servicios policíacos neoyorquinos, durante el año pasado se fugaron de sus domicilios siete mil jovencitas de quince a diez y siete años sólo en Nueva York.

Nunca en los años anteriores las estadísticas neoyorquinas habían registrado un número tan grande de fugas de muchachas.

De estas siete mil jóvenes vollanderas, unas cuatro mil volvieron a casa de sus padres, bien espontáneamente o ya en virtud de pesquisas realizadas por éstos con ayuda de la Policía.

Las demás no han vuelto a Nueva York, y de algunas de ellas se sabe que se fueron a Europa solas o en compañía de algún joven amigo.

Los periódicos comentando la frecuencia con que las muchachas neoyorquinas huyen de las casas de sus padres, dicen que la culpa de ello es el desarrollo de los deportes, y más especialmente del automovilismo.

La joven yanqui se acostumbra muy pronto a salir sola o en compañía de simples conocidos a excursiones de centenares de kilómetros, y no tolera que sus padres intervengan en la organización de sus placeres.

Por otra parte, las grandes facilidades que hay para casarse y divorciarse aumentan el espíritu de independencia de las muchachas yanquis, y no son pocas las que a los veinte años se han casado y divorciado dos o tres veces.

Los argentinos que recorren Europa, no se detienen con frecuencia en los Museos de Historia Natural... Las preferencias suelen ser para las galerías famosas de cuadros, las ruinas gloriosas, las catedrales célebres y las curiosidades de París... Se cruzan los compatriotas, a cada paso bajo la cúpula de San Pedro, en la Pinacoteca del Vaticano, sobre las grúdas del Coliseum de Roma; en los salones del Louvre o de Versailles, frente a los tesoros de Notre Da-



Señor Federico Quevedo Hijosa, director del Museo "Juan Cornelio Moyano", de Mendoza.

me o ante el Panteón del gran Emperador, en París; trepando los interminables escalones del Duomo, en Milán, o al cruzar el Puente de los Suspiros del Palacio Ducal de Venecia, pero nadie se nos atraviesa por los grandes Museos de Ciencias Naturales de Viena, de Berlín o de Londres, por los fantásticos jardines de plantas exóticas de Monte Carlo o entre las piscinas con peces de todos los mares y de todos los colores del Museo Oceanográfico de Mónaco. La monumental fundación científica de Alberto Lo pasa poco menos que ignorada a los viajeros de nuestra América y del resto del mundo, que invaden los grandes "palacios" y desbordan por las "promenades" que se extienden ante el Mediterráneo azul, desde Cannes hasta las murallas donde se alza el Casino nefasto de Monte Carlo.

No extranará que tales impresiones acudan a manera de prólogo para estas líneas, destinadas a sacar de la indiferencia y el abandono una obra nuestra que, proporciones guardadas, tiene para el país análoga significación moral y científica. Cuentan que Florentino Ameghino vió amargarse sus últimos diez años de vida, en "lamentables andanzas burocráticas", a favor del Museo Nacional de Historia Natural, desamparado de la más indispensable ayuda oficial, a punto de haberse retirado un día de la sub Dirección del Museo Paleontológico de La Plata, que queda memorable, "porque no se le consentía estudiar allí". El fe-

La educación y las ciencias naturales

nómeno se repite, en uno de los Estados argentinos más favorecidos por la riqueza de su suelo y por su prosperidad económica. En Mendoza, un sabio chileno Carlos S. Reed, fundó en 1911 un Museo de Ciencias Naturales, que se denomina "Juan Cornelio Moyano", en memoria del primer gobernador de la provincia cuyana. Pues bien, la única institución que estuvo a punto de desaparecer por despreocupación absoluta de todos los gobiernos hasta la fecha y carencia total de recursos para su mantenimiento, fué esa obra benemérita de cultura popular. Porque, como dice su actual

que distingue al hombre civilizado es el respeto a la ley, la devoción por las formas consagradas, el mantenimiento celoso de las convenciones humanas. El indio, excitado por el deseo, el alcohol o la venganza, atropellaba cualquier género de consideraciones. Declarábase antisocial. Y bien, algo de esto hubo en "el país de Cuyo", de tradición gloriosa. Reaparecieron los "huarpes", indios blancos, está claro, y que suelen ser los peores. Irá usted, doctor, que es "el mal del siglo", más no, se aflojaron los resortes morales. La crisis está ya pasando con el restablecimiento de la justicia. Hay jueces, en Men-



—Pues me ha dicho el médico que no me disguste y que no beba vino... pero es imposible.
—¿Por qué?
—Porque en cuanto no bebo vino me disgusta de una manera horrible.

y talentoso director, Don Federico Quevedo Hijosa, la finalidad de éste, como de los demás institutos del género, es esencialmente "educacional". Los Museos — nos dice — no han de ser simples escaparates de exhibiciones, sin otro interés que el momentáneo halago visual, tampoco un cementerio de "cadáveres embalsamados", sino, por lo contrario, la expresión de la unidad indestructible del Universo en el espacio y en el tiempo. Aprobamos el concepto científico y la función educacional que el inteligente resucitador del Museo Moyano expresa con entusiasmo. Nuestros veinte y tantos años de cátedra en la enseñanza de las diversas ramas de la Historia Natural asignan algún valor a esta adhesión... Luego, prosigue Quevedo Quijosa: "por el Museo Moyano, como por el resto de la administración pública, había pasado la indiana, como si hubiese vuelto de la batida con que el general Ortega la barriese de la ciudad hasta los confines neuquinos. El malón no dejó nada en pie. Porque lo

doza..." La interrumpimos para preguntarle sobre su propia obra... obra de restauración, como se verá. Pues acaba de inaugurarse la Sala de Botánica, que se denomina "Renato Sauzin", en memoria de ese naturalista, muerto en la mayor pobreza y olvido hace pocos años. Legó sus colecciones y sus libros al Museo. Se reconstruyen rápidamente las demás salas del establecimiento, cuyas fotografías ilustran el presente artículo. En primer término, la "sala de objetos históricos pertenecientes al coloniaje y a la época de la independencia" y "la exposición de entomología", coleccionada por el propio fundador. Luego la sección de las aves de la Cordillera, una de las más completas y de la fauna andina, la de los monos, la de antropología precolombiana, la de roedores, fauna marina, mineralogía y geología cuyana. Véase a continuación un rincón de la sala de ornitología, la entrada al salón principal de zoología, la biblioteca y un aspecto parcial del gran salón de actos

públicos y conferencias. Esta última, también recobrará su destino, subraya con suave ironía Quevedo Hijosa, pues se están planeando una serie de conferencias que se desarrollarán durante el corriente año, a cargo de intelectuales de las distintas ramas científicas que corresponden a la idea educacional que inspira la orientación actual del Instituto. Nuestra dirección, termina su inteligente y dinámico animador, será eminentemente educativa en favor de las clases populares. En un orden más extenso aún, pensamos hacer del Museo Moyano un centro de "orientación manual" para la población escolar, de concurrencia en este punto, con las enseñanzas pedagógicas que se desprenden de las encuestas sobre "orientación y psicología profesional" realizadas por Ud. doctor, durante la reciente misión científica que le encomendara en el viejo mundo el Poder Ejecutivo Nacional y el gobierno de la Provincia de Buenos Aires... En efecto, la "Scuola Popolare", de Módena, podría ser un modelo del género digno de imitarse, así como los demás establecimientos de instrucción común de Italia, Austria, Alemania y Francia, donde se aplican los recursos de la moderna psicología experimental para descubrir y estimular la aptitud vocacional de los adolescentes, desde los bancos de la escuela primaria... Por último, las artes manuales, tan despreciadas, por no decir despreciadas, en nuestro país, tendrían en los Museos de Historia Natural, campo propicio de aplicación y de estudio. La vagancia de los niños, principalmente durante los meses de vacaciones, que produce tan tristes estragos entre la población escolar, se combatiría con la fácil y entretenida distracción que brinda la concurrencia a los Museos. Este es un aspecto sociológico del grave problema argentino de la delincuencia infantil, que escapa, como tantos otros, a nuestros pedagogos y sociólogos... Y mientras cultivamos en el pueblo, desde la niñez, la afición por las Ciencias Naturales, haciendo verdadera obra educacional, según la inspirada expresión del sabio Huxley, edificaremos generaciones futuras que corrijan y enmienden nuestro propio "introito" a las presentes líneas, dando con gusto la razón al ilustre autor de "Filogenia", cuya sentencia transcribimos como el mejor de los epílogos:

"Los museos, sobre todo los de Ciencias Naturales, constituyen el mayor exponente de la intelectualidad y del estado de civilización de un país... El viajero, al llegar a una ciudad, es lo primero que visita."

Enrique FEINMANN

Hombres y cosas que fueron

El novelista de los niños

El nombre de Carlos Perrault, ¿en quién no despierta un recuerdo amable, infantil y placentero? Autor de los bellos cuentos que nos deleitaron en nuestra niñez, fué para nosotros el novelista predilecto y encantador que nos despertó a la vida de las ilusiones y de los sueños, haciéndonos ver un mundo completamente maravilloso y sublime. En aquel mundo ideal resplandecía la virtud y brillaba la verdad, triunfando siempre el bien, la honradez y todas las buenas condiciones del hombre. ¡Cuántos años habían de transcurrir para que se borrara de nuestra alma la noble impresión de aquellas leyendas recogidas por Perrault y que dejaron tan honda huella dentro de nuestro espíritu! La realidad implacable, cayendo sobre nuestras fantasías, fué destruyendo aquellas ficciones, cuyo origen hay que buscar en los pueblos de más remota antigüedad del Universo, prueba elocuente de que el hombre siempre ha soñado con un mundo mejor y más perfecto que este en el que ha visto la luz del sol. En los más antiguos documentos egipcios han encontrado los modernos investigadores cuentos, leyendas y fábulas que, transmitidos de pueblo en pueblo, fueron extendiéndose por todo el mundo, formando ese tesoro ideológico, imaginativo y novelesco que ha sido el consuelo de los débiles, de los humildes, de los pobres y de los niños.

Carlos Perrault tuvo la habilidad y la suerte de ser el recopilador de aquellas historias fabulosas que contaba el pueblo al calor de sus hogares, y dándoles formas nuevas entrególas a la voracidad de los niños, que con las obras de aquel autor nutrieron sus pensamientos y sus corazones. ¡Hermoso privilegio el de aquel escritor, que tuvo la suerte verdaderamente envidiable y admirable de dejar una labor positiva que, dentro de tantas vejaciones como nos reservan los años, había de ser la luz de nuestros espíritus! Dando vida y realidad a un mundo de personajes simpáticos, graciosos, buenos, placenteros y adorables, lanzó a estos mismos personajes a correr aventuras, protegidos y rodeados por hadas, silfo, brujas gigantes y endriagos, en cuya existencia creíamos ciegamente cuando leíamos y admirábamos sus andanzas y sus hazañas, y en cuya realidad quisieramos seguir creyendo cuando, abrumados por los años, creemos en tan pocas cosas...

Carlos Perrault era francés, y

vino al mundo en París el 12 de enero de 1628. Protegido por el ministro Colbert, que era amigo de dispensar mercedes a artistas de toda índole, produjo una serie de obras medioeres y sin importancia, que por su misma falta de mérito e interés le hicieron ingresar en la Academia francesa en 1670. Sin embargo, a pesar de su carácter de inmortal, hubiera pasado completamente inadvertido a

se escribió acerca de aquello hay bastante para llenar la más espaciosa y holgada biblioteca. Con el esfuerzo que desarrollaron unos y otros para defender sus particulares puntos de vista, hubiera habido más de lo necesario para resolver los más arduos problemas de la Humanidad si aquellos sabios no hubieran sido tan necios. Pero el hombre, único animal nacido contra sí mismo, como dijo Quevedo, es también el único animal que necesita perder su inteligencia en cosas estériles para llamarse erudito. Por esto no tiene nada de extraño la conducta de aquellos ridículos y pequeños grandes hombres que, enfrascados en una discusión muy literaria, pasaron las mejores horas de su vida, como si al mundo le hubie-

Las cartas que se pierden

Como al azar vuela ciega, cuántas veces insensata con nuestra esperanza juega. ¡Una carta que no llega es una duda que mata!

Todos ven en el cartero su esperanza tutelar: el industrial y el banquero. ¿Pues y el que aguarda dinero que nadie le ha de mandar?

El que espera desespera; llega la hora placentera; pasa el cartero de largo... ¡Oh qué trance tan amargo para el infeliz que espera!

Preguntas que hace el amor: "¿Qué pasa? ¿Qué ocurre allí que no me escribe el traidor?" "¿Si se acordará de mí?" "¿Si habrá muerto de dolor?"

¿Si tendrá algún devaneo...? ¡El no me faltó jamás! ¿Será el correo?... ¡Eso creo!" ¡Siempre se lleva el correo las culpas de los demás!

Juzga así la amante bella; el silencio no concibe; contra el servicio se estrella, y su novio no la escribe... porque no se acuerda de ella.

A su mujer impaciente, cuántas veces el esposo dice en telegrama urgente: "Te escribo diariamente." ¡Mentiras de un perezoso!

Pero que ella en su furor con el parte acusador, está claro, le arma un lío de padre y muy señor mío al pobre administrador.

Grita la prensa local: "Doña fulana de tal reclama: ¡esto es horroroso! veinte cartas de su esposo. ¡El caso no tiene igual!

"¡Esto dará que sentir! ¡El servicio está perdido! ¡Lo volvemos a decir!..." ¡Cómo se debe reír cuando lo lea el marido!

De este embuste sin igual yo me acuso y soy un santo, lo declaro muy formal. El servicio andará mal, pero, señores, no tanto.

Se perderán, lo repito, algunas mal dirigidas, pero tantas...? No lo admito. De veinte cartas perdidas, diez y ocho no se han escrito.

José JACKSON VEYAN

no haber dado lugar a una discusión famosa con la mayoría de sus colegas a consecuencia de la afirmación que hizo de que los autores modernos podían superar a los antiguos. Aquello era terrible verdaderamente, terrible e imperdonable. Negar la superioridad de los antiguos era más que una blasfemia. Era un delito espantoso, digno de no sabemos qué penas. Y como la característica de las clases llamadas inteligentes es su falta de inteligencia, hubo que ver las series de discusiones que se entablaron a propósito de aquel horrible desacato cometido por Perrault. Con lo que se habló y

ra importado algo aquellas bagatelas y aquellas minucias, que sólo sirvieron para poner de manifiesto la vanidad y el encono que reinaban en las almas de aquellos que en nombre de la Sabiduría decían y escribían las mayores insensateces.

Afortunadamente para Perrault no tardó mucho la vejez en sacarlo de tantas nimiedades. Los años, que enseñan tanto, enseñaronle a prescindir de aquella erudición absurda e ineficaz en la que había perdido lo mejor y más noble de su vida. Cerca de setenta años tenía cuando dió a luz sus cuentos de niños con el doble título de "Cuen-

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de elisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones
Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

PUJOL, PREYSLER & Cía.

CORRIENTES 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

tos de tiempos pasados" y "Cuentos de viejas". Eran aquellos cuentos una colección de historias hechas para entretener a sus hijos. Quizá por este mismo carácter familiar e íntimo supo hacer de aquellos cuentos una cosa tan viva, tan sencilla, tan pura, tan ingenua y encantadora. Y no tardaron en hacerse populares y en correr por todo el mundo, traducidos a todos los idiomas. Y así fué como se hizo verdaderamente célebre aquel escritor mediocre que cuando quiso ser sublime hizo el ridículo y cuando escribió sencilla y humanamente, sin afectación ni endiosamiento, obtuvo el único triunfo de una vida disipada tontamente entre libros polvorientos. Esta es la moraleja que se deduce de la existencia de Carlos Perrault; moraleja que ofrece muchas enseñanzas, que brindamos a los que queriendo ser sublimes huyen de la sencillez, única arma que tienen los hombres para conquistar la gloria.

Murió Perrault en 1703, seis años después de publicados los cuentos que habían de inmortalizarlo y convertirlo en el novelista de los niños, título envidiable que vale más que ninguno.

Juan LOPEZ NUÑEZ

UNA MESA ORIGINAL

Mientras cumplía su condena en la cárcel de Pittsburgo (Estados Unidos), siendo inocente del delito de que le acusaban, Anderson Toth construyó una mesa muy artística de complicado mosaico, compuesta de siete mil piezas diferentes de madera de doce clases distintas. Tardó nueve años en hacerla, y lo curioso del caso es que a cada pieza que ponía rezaba una oración, pidiendo a Dios que se reconociese su inocencia. Al terminar la obra, el verdadero criminal confesó su delito, y Toth fué puesto en libertad. La mesa la compró en una cantidad elevada el multimillonario Carnegie.



La Semana Médica



MEDICINA Y MUSICA

Apolo es el padre de Esculapio y de las Musas; más no sólo en la Mitología van estrechamente unidas la medicina del cuerpo y la del alma. En todos los tiempos la música desempeñó cierto papel en el arte de curar, como lo vemos asimismo en nuestros días, y aun no hace mucho que fué nuevamente objeto de comentarios científicos en la prensa médica, siendo el más reciente el contenido en un artículo publicado por B. H. Levisson en el "Journal of the Michigan State Medical Society".

Dadas las estrechas relaciones que hay entre los procesos psíquicos y los físicos, es de admitir que la música, que sin duda alguna es capaz de ejercer una influencia muy fuerte sobre la psiquis, pueda intervenir por este camino, hasta cierto punto, en el mecanismo del cuerpo. Pongamos por ejemplo la música de mesa: ella llena lagunas en la conversación, desvanece pensamientos desagradables y nos coloca en aquel estado de ánimo que tan necesario es para el apetito y la buena digestión.

El informe más antiguo acerca de la música como factor terapéutico psíquico lo encontramos seguramente en la Biblia. El rey Saúl se veía atormentado por tales accesos de mal humor que se acabó por atribuirlos a espíritus malignos. Habiendo oído de un arpista que con su música podía expulsar los "espíritus de la sombra", le hizo llamar. Este, el joven Davil, tomó su arpa y tocó, y "Saúl se sintió animado y bien, y los espíritus malos le abandonaron".

Los antiguos griegos "tenían fe en la música, por sus potencias curativas". Demócrito dice que "el son de la flauta es un terapéutico excelente en ciertas enfermedades". Del mismo instrumento asegura Aulus Agellus: "Es una creencia muy extendida que toda persona que padezca ciática siente alivio muy considerable de sus dolores si alguien cerca de él saca de la flauta tonos blandos y melodiosos".

En la Edad media se extendió por varios países de Europa una verdadera epidemia de baile de

San Vito (corea) que en ciertas regiones alcanzó proporciones alarmantes. Los gobiernos creyeron que la música era un remedio específico contra esta enfermedad y colocaron músicos encargados de tocar ante la danzante multitud. Según Hecker, se consiguió efectivamente el efecto terapéutico perseguido, y él mismo hizo la curiosa observación de que los enfermos no podían soportar las notas equivocadas.

Así nos encontramos ante los orígenes de la italiana "tarantela",

sica de piano. A la media hora se registraron efectos generales que en conjunto eran favorables. Algunas pacientes manifestaron visible mejoría al cabo de frecuentes repeticiones. Todas se revelaron particularmente sensibles al ritmo, mientras que la melodía sin movimiento determinado no producía efecto alguno, salvo en los casos en los que la facultad de asociación estaba intacta todavía.

En cuanto al efecto animador del ritmo, basta que recordemos la columna en marcha, rendida por

cho de 3 años que padecía pavor nocturno. En vista del fracaso de todos los otros métodos, se practicó el tratamiento musical. Se recomendó que la madre del niño tocara un vals de Chopin. El efecto fué instantáneo y satisfactorio. Cuatro noches después se interrumpió el tratamiento y el estado reapareció más grave que antes. El vals fué tocado de nuevo, primero todas las noches, después cada dos y por último cada tres. La cura quedó terminada y el éxito fué definitivo.

(Continuará)

Walter SCHUMACHER

(De la "Revista de Información Terapéutica")

TRATAMIENTO DEL ECZEMA.

La efetonina en el eczema, por Sack (Dermat. Woch., Núm. 25, junio 23 de 1928).

En estos últimos tiempos se ha hablado mucho de un alcaloide de propiedades parecidas a las de la adrenalina, sobre la cual tiene la ventaja de actuar también por vía gástrica (la adrenalina, como es sabido, es muy poco activa *per os*). Merck ha podido preparar este alcaloide — o uno muy parecido — por síntesis y le ha llamado efetonina: tiene la ventaja de ser más barato, porque la efedrina solamente la proporciona una *ephedra* que crece en la China.

El A. emplea desde unos seis meses la efetonina en el eczema y en las neurodermitis, con resultados satisfactorios. Piensa que el sistema nervioso autónomo intervenga en la etiología de ciertas formas de eczemas, como lo indicaría la asociación, tan frecuente, del asma con el eczema. Cita, entre otros el caso de un enfermo quien desde niño padecía de asma y de eczema muy extendida, a veces húmeda, a veces seca. Habiendo fracasado los distintos tratamientos (pomadas, rayos X), el A. administró dos tabletas diarias de efetonina y todos los focos de eczema desaparecieron. Seis meses después ni asma ni eczema habían vuelto a aparecer —

D.

(De la Revista Sud Americana)



—Antes de operarlo hay que anestesiarlo con alcohol.
—Eso no es posible, doctor.
—¿Por qué?
—Porque está completamente borracho.

que en su movimiento más lento, el llamado "spallata", estaba destinada a prevenir el ataque del mal.

En los comienzos del siglo XVI opinaba Giambattista Porto que los instrumentos de música contruidos con plantas medicinales producían el efecto curativo de la planta correspondiente en el que los tocaba.

Asimismo sabemos que entre los pueblos salvajes la música desempeña un gran papel en la "expulsión de espíritus malignos" (curación de poseídos). Música, religión y medicina están entre ellos en la más íntima relación.

En el año 1878 se hizo en el *Randalls Island Asylum*, New York City, un interesante experimento: 1400 pacientes (mujeres) fueron reunidas en el aula grande del Instituto y "tratadas" con música de piano.

el polvo y el sol, que reacciona de repente y entona una canción, olvidando penalidades y fatigas, ante el redoble del tambor y los acentuados tonos agudos de una marcha militar y dando así lo último que le queda, en marcha o lucha.

En el año 1892, el Dr. Hunter del Hospital Helensburg (Inglaterra) hizo instalar un piano en una de las salas de enfermos. Cierta número de pacientes fué sometido a la influencia de música instrumental y vocal. El Dr. Hunter escribe en su informe: "Desaparición o por lo menos alivio de los dolores pronunciados en algunos casos; en 7 casos, de 10, se registró descenso de la temperatura".

Citaremos otros dos casos clínicos. Un médico ruso, el Dr. Beschinsky, informó en 1896 sobre el tratamiento eficaz de un mucha-



Un viaje involuntario

Por Luciano Biart

(Continuación)

—¿Qué quieres, muchacho?

—Suplicar a usted que me dé algunos detalles sobre el golfo de Méjico.

—El golfo de Méjico, amiguito, es un vasto mar interior limitado al Sur por el Yucatán, al Norte por la Florida, y al Oeste por los Estados mejicanos de Tebasco y Veracruz. Tiene comunicación con el Océano Atlántico por el canal de Bahama, que hemos seguido para llegar a este sitio, canal que baña las islas Lucayas.

Azogue consultó un mapa y estuvo estudiando largo rato el archipiélago de las Lucayas, cuya navegación es tan peligrosa a causa de los muchos bancos de arena que contiene.

A la hora de comer el comodoro mandó destapar algunas botellas de Champaña, en celebración de la victoria alcanzada sobre el *Davis*, a quien creía haber cortado el paso. Los vapores del espumoso vino alegraron un tanto al señor Pinsón, quien oyó de boca de los oficiales que el pirata estaba perdido e iba a caer en sus manos.

Transecurrieron otros dos días sin ver más que cielo y agua: el calor era muy sofocante, ya que el mes de abril, que iba a comenzar, es en aquellas regiones el más cálido del año. Azogue no ignoraba que Méjico, cuyas costas tardarían poco en divisar, encierra selvas vírgenes, refugio de jaguares, de monos y de papagayos, así como inmensos llanos donde abundan los toros y los caballos salvajes; por lo tanto, su única aspiración era ver aquel país privilegiado, y sobre todo sentar los pies en él. Y cuando oía el muchacho a los oficiales declarar que probablemente el *Davis* se guarecería en el puerto de Campeche o en el de Tampico, es decir, en plena Tierra Caliente, instalándose detrás de la lancha mayor y al abrigo de todas las miradas ejecutaba su famoso salto mortal: si, por el contrario, oía decir que tal vez la embarcación pirata, burlando la vigilancia de su contrincante lograría doblar alguna isla y navegar hacia Europa, entonces Azogue sentábase a proa y contemplaba tristemente el sureo que abría el vapor en las profundas aguas del Océano.

Una mañana que había subido a la toldilla antes que el señor Pinsón, después de convencerse de que el *Davis* estaba a la vista y poco más o menos a igual distancia del *Fulton* que el día anterior, llamóle grandemente la atención un ave que volaba rozando con el agua, y que luego se zambulló y desapareció debajo de las olas. Azogue

abrió ojos como puños, creyéndose presa de una visión. De repente notó que una tropa de peces se lanzaba sobre la superficie del mar, se zambullía y luego reaparecía y volvía a saltar: hubiéraseles tomado por una bandada de gorriones.

—¿Sueño o estoy despierto? preguntó. ¿O acaso hemos llegado al país maravilloso tan mentado por los marineros del *Fulton*?

Azogue fué en busca del señor Pinsón, quien en aquellos momentos estaba ocupado en examinar el mar y la posición del *Davis*.

ton: uno de ellos, que había volado con más ímpetu que sus compañeros, cayó sobre el puente. Inmediatamente el chico se apoderó del pez, admirando sus dilatadas aletas pectorales y su color argentino y azulado. El exoceto en cuestión medía unos treinta centímetros del hocico a la cola. Algunos de los presentes propusieron freírlo, oído lo cual por Azogue, indignado arrojó al mar su prisionero, que desapareció en medio de la espuma que producía la estela que dejaba la hélice.

Al caer de la tarde los oficiales

americano, al par que se asestaba un foco de luz eléctrica sobre el buque pirata.

A media noche los tripulantes del *Fulton* vieron con satisfacción que navegaban más aprisa que su rival, el cual al parecer había disminuido la marcha. Los dos buques se encontraban al alcance de sus cañones; así pues, aprestábase el *Fulton* a disparar una andanada, cuando hé aquí que el *Davis* viró hacia la izquierda: en aquel momento el rayo de luz permitió ver una hilera de puntas negras contra las cuales se estrellaban las olas produciendo un mar de espuma.

—¡Orzad! ¡orzad! vociferó el comodoro.

Sucedió a este grito un momento de ansiedad a bordo del *Fulton*, el cual rozó los arrecifes hasta donde le llevara traicionablemente su contrario; pero la necesaria parada que había exigido este ardid, por poco cuesta cara al pirata, que se vio precisado a soportar los disparos de su rival. A punto de trabarse la lucha, el comodoro mandó cesar el fuego, con gran asombro de nuestro amigo el ingeniero.

El *Davis* maniobró de suerte que sin la presencia de ánimo del experto comandante del *Fulton*, se hubiera deslizado junto a los arrecifes y llevado a su contrario derechamente a Europa. Después de luchar en vano por espacio de una hora, sin conseguir su intento, el corsario reanudó su marcha.

—¡Por fin es nuestro! gritó el comodoro. Antes de cuarenta y ocho horas, añadió dirigiéndose al señor Pinsón, haré que este forbante vaya a estrellarse en la costa mejicana.

El día siguiente un vigía señaló el pico de Orizaba, que desde el mar se divisa a treinta leguas de distancia. Absorto Azogue al ver aquella montaña, cuya cima aparecía cubierta de nieve, se apresuró a recoger su batillo, volando después al lado del señor Pinsón. A las diez de la noche el *Fulton* se hallaba en frente de la fortaleza de San Juan de Ulúa, que se levanta sobre un islote, y detrás de la cual extendíase una dilatada playa arenosa: en medio de ésta aparecía la ciudad de Veracruz.

El señor Pinsón contemplaba todo aquello con una indiferencia que no podía menos de sorprender a Azogue.

—¿Piensa usted, preguntó el muchacho, que nos será permitido desembarcar?

—¿Desembarcar? repitió el ingeniero. ¿Eso crees, chiquillo? ¿Acaso hemos desembarcado en Queenstown, en Santhomas, en Santo Domingo, en la Habana?



Entonces saludaron por última vez a sus amigos.

—¿Dígame usted, señor, qué significa esto? preguntó el muchacho, señalando a su preceptor una nueva tropa de peces ocupados en las evoluciones que tanto le llamaban la atención momentos antes.

—¿No sabes lo que significa? Son peces voladores.

—¡Peces voladores! exclamó Azogue absorto.

—Sí, y si lo prefieres así, exocetos.

Huyendo de un ciprino dorado que les perseguía, los exocetos, en medio de su aturdimiento, fueron a dar contra los costados del *Ful*

celebraron consejo: los dos buques se iban acercando a los arrecifes llamados Alacranes que hay a flor de agua, y a juzgar por la marcha del *Davis*, dijérase que no se había apercibido del peligro que aquellos arrecifes ofrecen al navegante. Llegada la noche, los oficiales del *Fulton* tomaron la altura de diferentes estrellas y se engolfaron en una serie de cálculos muy minuciosos. Ya no había duda posible: el corsario marchaba a toda fuerza de máquina hacia los Alacranes. Dobláronse los vigías a bordo del barco de guerra norte-

Pues lo mismo va a sucedernos ahora; porque, si bien nos encontramos en el límite extremo del golfo de Méjico, todavía no hemos llegado al cabo del mundo.

La atmósfera abrasaba; la luna brillaba en todo su esplendor, iluminando la escollera construída a gran coste por los mejicanos, la cual penetra en el mar en una extensión de trescientos metros. Detrás se distinguía un círculo de murallas, pues Veracruz tiene el aspecto de una plaza fuerte.

De repente el comodoro preguntó al señor Pinsón:

—¿Quiere usted desembarcar?

—Y usted me lo pregunta! exclamó el interpelado.

—¡Echad un bote al mar! profirió el marino.

Cuando nuestro amigo vió que se cumplía la orden del comodoro y al oír que se le esperaba para llevarle a tierra, las lágrimas asomaron a sus ojos. El señor Pinsón se despidió cariñosamente de todos los tripulantes del *Fulton*, y estrechó la mano al comodoro y a sus oficiales, dejéles la dirección de su casa, deseándoles todo género de prosperidades y que diesen feliz remate a la honrosa empresa en que estaban empeñados.

—Cuando salga de aquí al *Davis*, dijo el comodoro, le seguiremos a la distancia de cien metros, no tardando en dar cuenta de él.

Vamos, señor Pinsón, ¿prefiere usted quedarse con nosotros?

—No, contestó el ingeniero; sería fácil que durante el combate que va a empeñarse alguna bala perdida viniese a estrellarse contra Azogue o contra mí, lo cual me haría maldita la gracia. Si yo fuese norte-americano tal vez aceptara la oferta; pero como soy hijo de Batignolles, prefiero volverme a Europa embarcado en el bapor que hace el servicio directo de Inglaterra a las Antillas y a Méjico. ¡Hasta más ver, comodoro! ¡Doy a usted un millón de gracias por sus bondades!

Quince minutos después, el señor Pinsón y Azogue, el cual poco antes tembló a la sola idea de que su protector, aceptando la oferta del comodoro, se quedara a bordo, ponían los pies en tierra mejicana. Inmediatamente se alejó el bote del *Fulton*, y gracias a la claridad de la luna nuestros dos conocidos no perdieron de vista a la pequeña embarcación hasta que fué arriada a bordo del vapor norte-americano. Entonces saludaron por última vez a sus amigos, encaminándose luego hacia una puerta monumental que se veía al extremo de la escollera.

CAPITULO XIX

Veracruz

Al poner los pies en la escollera, causó no poca sorpresa al señor Pinsón y a Azogue que el suelo se moviera lo mismo que si estuvie-

sen todavía a bordo del *Fulton*. Este movimiento ilusorio del suelo impresionaba por espacio de algunos días a toda persona que acababa de hacer una larga travesía por mar, fenómeno que los marinos conocen perfectamente bien, empero nuestros viajeros lo experimentaban por primera vez; de consiguiente, imagináronse que la superficie enlosada que estaban pisando se mecía a merced de las mugidoras olas.

Andando bien que mal con las piernas abiertas para conservar el equilibrio, nuestros dos conocidos llegaron frente al gran portal que, en forma de arco de triunfo, terminaba el muelle del puerto de Ve-

periosa, amenazadora, ordenaba a los dos forasteros que se alejasen. El señor Pinsón no había comprendido antes lo que hablaba aquel hombre, pero sí entendió perfectamente su acción; con todo, insistió para que le abriera. Las palabras "reglamentos marítimos", pronunciadas por el centinela, acababan de llamar su atención.

—¡Reglamentos marítimos! exclamó volviéndose hacia Azogue: no hay duda que esto, traducido al francés vale tanto como "reglaments maritimes". ¿Cómo se entiende! ¿Todavía no hemos acabado con los malditos reglamentos marítimos?

La ventanilla acababa de cerrar-

EL MATRIMONIO

El matrimonio es la tumba del amor. — VICTOR HUGO

El sacramento del matrimonio, no borra, como el del una esperanza; a los 40 una necesidad. — M. MOLY DE BAÑOS.

El sacramento del matrimonio, no borra, como el del bautismo, las manchas originales. — MAD STAEEL.

El mérito de las mujeres no brilla sino después que ha pasado la luna de miel: es preciso casarse con ellas para saber lo que valen. — RICHTER.

El marido tiene el derecho de azotar a su esposa. — SAN AGUSTIN.

El matrimonio tiene penas, pero el celibato no tiene placeres. — JOHNSON.

Un célibe es un ser al cual le falta algo; se parece a una de las hojas de las tijeras, que espera la otra, y sin la que para nada sirve. — FRANKLIN.

No es posible casarse a un tiempo con la filosofía y con la mujer. — CICERON.

El matrimonio es una cadena tan pesada que con frecuencia hacen falta tres para poderla arrastrar. — ALÉJANDRO DUMAS (hijo).

Hay buenos matrimonios; pero no los hay deliciosos. — DUQUE DE LA ROCHEFOUCAULT.

raeruz y da ingreso a la ciudad.

Después de haber inspeccionado esta puerta y las dos más pequeñas que hay a los lados, los dos viajeros se convencieron de que estaban cerradas y de que carecían de campanilla o de aldabón para llamar. Entonces el señor Pinsón golpeó con el pie la mayor de las tres.

—¿Quien vive? pronunciaron desde dentro.

Ni el ingeniero ni Azogue comprendían el español; sin embargo, los dos respondieron a un tiempo:

—Abrir.

—¡A lo largo! replicó la persona que estaba dentro.

Reinó un momento de silencio, pues el señor Pinsón estaba persuadido de que la puerta iba a abrirse. No oyendo moverse ni una mosca, volvió a llamar.

Descorrieron una ventanilla, a través de la cual brilló una bayoneta, mientras que una voz im-

se con tal violencia que a nuestro ingeniero se le atravesó en la garganta la frase que iba a pronunciar.

Azogue le preguntó:

—¿Ha visto usted el rostro de la persona que acaba de dirigirnos la palabra?

—No por cierto; estaba envuelto entre tinieblas.

—Es un negro, señor, con ojos blancos muy grandes.

—Mas que fuese el diablo, exclamó el ingeniero, yo haré que abra esta puerta!

Y se disponía a empujarla por tercera vez, cuando Azogue le cogió por uno de los faldones de la levita.

—Señor, dijo el muchacho, no hagamos enfadar al negro que acaba de amenazar con su bayoneta.

—Que se enfade, tanto mejor: así nos arrestará, nos llevará al puesto de guardia por escándalo nocturno, con lo que nos librare-

mos de dormir al sereno.

—Este hombre, señor, se expresa en un idioma que nosotros no entendemos. ¿Cómo nos explicaremos si se nos prende? ¿qué haremos si se propasa y amenaza con pegarnos?

—¡Pegarnos! gritó el señor Pinsón cerrando los puños, ¿Crees tú, muchacho, que porque las más de las veces me he plegado a las exigencias del comodoro, que nos había cogido a bordo, soy hombre que se deja zurrar o que permitirá que te zurren a tí? Ya lo verás, ya lo verás.

Impulsado por la cólera, el señor Pinsón avanzó algunos pasos; mas de repente se detuvo.

—Tienes razón, dijo al chico; no busquemos tres pies al gato. Si he entendido bien, los reglamentos marítimos nos prohíben penetrar en Veracruz después de habernos conducido aquí en contra de nuestra voluntad; respetemos, pues, esos famosos reglamentos y, armándonos de paciencia, esperemos a que claree.

Dieron las doce. Entonces oyéronse algunas voces, tristes, monótonas, que parecían elevar preces al Altísimo; esas voces resonaban a lo lejos y se iban debilitando por momentos.

El señor Pinsón y Azogue se sentaron en un banco. La parte de la calzada en donde se encontraban, que apenas tenía cinco o seis metros de ancho, veíase azotada constantemente por las olas, que a veces la cubrían de espuma. En frente levantábase la negra mole del castillo de San Juan de Ulúa, detrás del cual permanecían anclados el *Fulton* y el *Davis*; a ambos lados aparecían algunos arrecifes, sobre los que reventaban las olas produciendo un ruido monótono, acompasado, igual al del martillo del herrero oído a larga distancia.

A la una de la madrugada volvieron a oírse las voces que habían llamado la atención de los viajeros. El señor Pinsón escuchó atentamente y pudo percibir las siguientes palabras: "¡Centinela alerta! ¡Ave María!" Pronunciadas por los centinelas del fuerte y por los serenos que recorrían las calles de la población.

Después de hacer un centenar de preguntas sobre Méjico, país conquistado por Hernán Cortés y regido por instituciones republicanas desde el año 1821, el pobre Azogue, arrullado por el monótono ruido que producía el mar, durmió profundamente. En cuanto al señor Pinsón, por un buen rato estuvo meditando sobre las peripecias de su vida, y por último el sueño lo venció y también se quedó dormido.

Apenas alboreaba cuando nuestros conocidos fueron despertados por algunos hombres que hablaban junto a ellos.

(Continuará).

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

SE CONSIGUE TENER UÑAS resistentes usando limón para la limpieza de las manos, y untando las uñas, al acostarse, con: cera blanca 10 gramos, aceite de nueces 10 gramos, alumbre de roca 1 gramo; se prepara en bañomaría.

EL CALZADO DE COLOR se limpia bien echando en una botella media onza de amoníaco y una cuarta parte de la botella de leche. Después de agitarlo se aplica al calzado con una esponja. Se deja secar y se saca brillo con un paño.

PARA QUE LA LECHE NO SE AGRIE, una de las precauciones más necesarias es limpiar el recipiente que la ha de contener antes de echarla en él.

Después de cocida es eficaz colocar sobre ella una gasa mojada.

MODO DE LIMPIAR EL PARAGUAS. — Es raro que estos objetos se manchen, como no sea por torpeza, o al pasar debajo de alguna lámpara mal cuidada. Si esto ocurriese poned el paraguas al chorro de la canilla mejor que con una esponja.

Si el barro es grasiento, como ocurre con el de los riachuelos, debéis servirlos de la bencina; pero nunca empleéis el jabón que pudiera estropear el tinte.

BARNIZ DE CAUCHO. — En un vaso de hierro fundido, de doble cabida que la que se necesite para la cantidad que se desee fabricar, échense 1.125 gramos de aceite de lino secante y hágase calentar hasta que el aceite expida mucho humo. Ténganse preparados 79 gramos de caucho hecho pedacitos; échese un pedacito al aceite y si se disuelve en seguida indicará que estará a la temperatura necesaria, o, de lo contrario, tendrá que calentarse más. En el primer caso vayan echando el caucho en pequeñas cantidades, agitando bien la mezcla con un pedazo de hierro para que ésta sea compacta. Cuando esté todo bien disuelto, retírese del fuego y tendremos el barniz fabricado.

Este barniz se usa caliente y se emplea en telas para toldos que tengan que resguardar del agua algunos objetos.

LAS MANCHAS de ácido oxálico en la piel, que tan difíciles son de quitar, desaparecen, es decir, se neutralizan con un poco de carbonato de sosa (tal como se utiliza en el lavado) con agua tibia.

Pero aunque exista este remedio hay que tener muchísimo cuidado

La iguana, vestigio de épocas lejanas

No imaginen nuestros lectores que vamos a hablarles de algún plesiosaurio prehistórico. Se trata, sencillamente, de dos "pensionistas" del Parque Zoológico de Nueva York, dos lagartos pertenecientes al grupo de los iguanas y que se encuentran principalmente en el Brasil y en las Antillas.

Se trata del "iguano tuberculado", notable, primeramente, por su talla, que en ocasiones alcanza de 2,50 a 2,70 metros de longitud, y notable también por su coloración, de tonos brillantes.

La parte inferior es de un color amarillo, y la parte superior de un verde más o menos intenso. Este color se convierte algunas veces en azul y otras en un tono gris pizarra, pues tiene la propiedad de cambiar de color. Los flancos están orlados de franjas marrón y verde, que se aprecian más clara y brillantes en los machos y en los reptiles muy jóvenes.

La iguana presenta además otra particularidad muy interesante: en el cuello, la cabeza y la cara pueden observarse algunos tubérculos salientes, redondeados.

Desde la garganta a la quijada tiene el animal una vasta membrana pendiente, que puede hinchar a voluntad.

De la parte posterior de la cabeza parte una cresta, formada de escamas, separada en picos, que se extiende hasta la extremidad de la cola.

El animal posee, además, una lengua afilada, muy lisa, que saca a cada momento de la boca.

A pesar de su aspecto, bastante terrorífico, este suario es de lo más pacífico. Se alimenta, generalmente, de pequeños mamíferos, pájaros y reptiles.

Desgraciadamente para él, posee la iguana una carne muy tierna; sus huevos son asimismo muy sabrosos, razones por las cuales se ve muy perseguido por los indígenas que le hacen una caza despiadada.

La piel está cubierta de escamas y las patas están armadas de garras que recuerdan las de las aves de rapiña y que le permiten defenderse cuando se ve atacado.

A este efecto emplean habitualmente personas ya adiestradas a este fin, que les facilitan extraordinariamente esta cacería, pues sin su ayuda sería casi imposible distinguirla, este reptil cuyos colores se confunden con los de la hojarasca.

Gracias a su fino olfato, pronto distingue el perro al iguana. Cuando el animal se encuentra sobre un árbol lo que ocurre con mucha frecuencia, el perro ladra, dando así la señal de alarma al cazador de iguanas. Otras veces acontece que el reptil se encuentra en la tierra y entonces el perro se detiene, y sin más ceremonias coge al bicho y lo mata a mordiscos. Son pocos, sin embargo los perros que se atreven a tanto, pues hasta los más fuertes y valientes entre ellos temen las sacudidas de la poderosa cola, así como las garras y los dientes afilados del animal.

Cuando los indígenas logran apresar uno de estos gigantes lagartos, atan fuertemente sus mandíbulas con una resistente soga, y así torturado, pero impotente lo conducen al mercado.

En otro tiempo abundaban tanto las iguanas, que se expedía gran cantidad de ellas a las islas Carolinas, donde era muy apreciada su carne.

Ya entonces disminuyó su número de manera inquietante; pero desde que se introdujeron las mangostas en las Antillas, la cosa fué mucho peor. Se importaron allí esta clase de bichos con objeto de destruir las ratas, que se habían convertido en un verdadero azote para el país.

Pronto se multiplicaron las mangostas importadas y prosperaron de tal modo, que la enorme cantidad de roedores que existía no dió abasto a su alimentación cotidiana y tuvieron que escoger otras víctimas para su aprovisionamiento.

Entre éstas hay que contar los iguanas, de los que las mangostas han hecho, y siguen haciendo, un consumo tan considerable que pronto de estos interesantes y curiosos bichos no quedará más que el recuerdo.

de que el ácido no manche la piel.

PARA PEGAR LAS TAZAS DE PORCELANA FINA que se hayan roto, pero que puedan ser compuestas, no hay más que hacer que limpiar muy bien la porcelana y colocar en su lugar los pedazos rotos, sujetándolos con una cinta de hilera humedecida. En una cacerola con suficiente leche desnatada, se sumerge la taza así sujeta y se pone a hervir sobre el fuego por lo menos durante una hora. Déjese enfriar y sólo entonces saque la taza de la leche y despegue la atadura de cinta de hilera. Se hallarán los pedazos unidos firmemente entre sí.

MODO DE ARREGLAR LOS MANGOS ROTOS. — Si el mango de vuestro paraguas se rompe, nada más fácil que componerlo.

Comprad en una casa que venda artículos de pesca una anilla de cobre del diámetro exacto del mango roto, rebajad del mango el grueso del metal de la anilla, ajustad bien los dos lados, y colocad la anilla, pegando todo a un tiempo. Una vez seco, poned sobre la anilla una capa de barniz del Japón, o barniz metálico, y el mango quedará más fuerte que nunca.

Cuando el puño es muy redondeado, es fácil romperle por el sitio en que la madera se encuentra al hilo. Si esto ocurre, pegad los dos trozos y dejad que se seque. Después, si os parece corta, agujeread a contrahilo de modo que atraviese los dos pedazos, y unirlos por un remache de un tornillo de hierro.

Al paraguas debemos cuidarle lo mismo que las demás prendas, en vez de tirarlo en un rincón. Cuando esté mojado, en vez de ponerlo a secar abierto, lo cual hace que por la tensión demasiado fuerte se rompa por varios sitios, lo pondremos cerrado con el mango en el suelo para que el agua escurra a lo largo de las ballenas, permitiendo que seque por igual.

Si le dejamos secar en el sentido contrario, el agua se reúne toda en el fondo del paraguas, y con el tiempo se hace que esta parte se rompa mucho antes que lo restante del paraguas. Tampoco hemos de meterle en la funda más que cuando vamos de viaje, porque de lo contrario, la seda se abrirá por los dobleces.

PARA PRESERVAR LA MADERA se le aplica en caliente el siguiente mastic: resina, 30 gramos; aceite de linaza, 4; creta, 40; óxido de cobre, 1 gramo.

La firma del Tratado de conciliación entre Italia y la Santa Sede plantea la posibilidad de la disolución de la Guardia Suiza, conocida siempre por el honroso sobrenombre de la "Fidelísima", ganado por su lealtad y su nunca desmentida adhesión hacia los pontífices.

La posibilidad de la disolución parece estar en un artículo de la Constitución suiza, que prohíbe enrolarse a los súbditos helvéticos en el servicio militar de cualquier Estado extranjero, artículo que si hasta ahora no se aplicaba a la Guardia Suiza era simplemente por no tratarse de una nación soberana, como lo vuelve a ser el Papado desde la firma del Tratado con el Gobierno italiano; claro que el artículo 94 de la misma Constitución expresa que el enrolamiento podrá tener lugar previa autorización del Consejo federal...

Cuando el cuerpo o el creyente traspone el umbral del famoso "Portone di Bronzo" queda sorprendido ante los uniformes de la Guardia Suiza que presta servicio en el mismo dintel del palacio de su santidad; sólo con dar un paso se siente transportado a muchos siglos atrás al verse recoger el billete o preguntar su intención por un centinela que parece escapado de un lienzo antiguo. Toda la fuerza de la tradición se levanta ante el visitante en un momento.

Se dice que los orígenes de la Guardia Suiza se remontan a los tiempos del Papa Sixto IV; pero los cascos de acero de los guardias indican más bien que su fundación como Cuerpo pontificio es del tiempo de Julio II, el enemigo mortal de su antecesor, el Papa español Alejandro VI de Borja, en cuyo reinado Suiza ofreció una guardia permanente de doscientos de sus naturales, formando una compañía que entró en Roma el 22 de enero de 1506, al mando de su primer jefe, un patricio de Lucerna llamado Gaspar de Silenen.

Sobre el pintoresco uniforme de los suizos del Vaticano corren no pocas leyendas, comenzando por atribuir el boceto de él nada menos que a Miguel Ángel o a Rafael de Urbino, fundándose en que aparece en el famoso cuadro "El milagro de Bolsena".

La guardia suiza del Papa ¿Será disuelta?

Sin embargo, en una reciente publicación del coronel Repond, éste asegura que el primer grabado en que aparecen los suizos con su uniforme actual, y huelga decir que no han sido necesarias las reformas como en los ejércitos modernos, es en una miniatura que ilustra el poema de Miguel Nagonius y en la que se represen-

ta" aguantaba a pie firme ante San Pedro el ataque de los invasores y moría... El 7 de junio, Clemente VII capitulaba, y sus suizos fueron substituídos por los lansquenets para su custodia como prisionero más bien que como escolta de un Soberano.

La Guardia Suiza no reaparece verdaderamente hasta quince años

uno de los más grandes de todos los tiempos, al mando de Marco Antonio Colonna, jefe de las galeras del Papa. En el Museo Federal de Zurich existen dos estandartes turcos arrebatados por los suizos a dos de las galeras de Ulrich Alí por mano de Hans Rolli, capitán de los guardias embarcados.

La disciplina de la Guardia Suiza es algo maravilloso, sobre todo si se tiene en cuenta que en estos últimos tiempos su misión no era de hacer la guerra; la observancia de las órdenes recibidas ha sido siempre tan escrupulosa por parte de la Guardia Suiza, que se cuenta del Papa Clemente XIV, famoso por su ingenio, que decía de su coronación el haber disfrutado mucho "viéndola", porque la de su predecesor no pudo presenciarla, ya que siendo una orden terminante la dada a los suizos de mantener alejada a la muchedumbre, él, simple sacerdote entonces, había sido obligado a esperar fuera.

En el período de la invasión francesa y la prisión de Pío VI, la Guardia Suiza fué temporalmente disuelta, y reconstituída por Pío VII en 1801; el mando de esta institución armada pontificia fué durante mucho tiempo una herencia de familia, y de padres a hijos se sucedieron los Pfyffer d'Altishofen, estirpe de guerreros oriunda de Lucerna, que dió a Francia el famoso coronel del mismo nombre, al que Carlos IX debió, en la arriesgada retirada de Meaux, el escapar de caer en manos de los hugonotes.

El 22 de enero de 1906 la Guardia Suiza celebró solemnemente el cuarto centenario de su fundación, y en octubre de 1927 se inauguró en el patio de la Limosnería Apostólica un monumento, obra del escultor de Zurich Zimmermann, a la memoria del sacrificio de mayo de 1527, de que ya hemos hecho mención.

Los tradicionales uniformes, las armas arcaicas y la gallarda apostura de los reclutas elegidos son notas que atraen poderosamente la atención de todo el que entra en esa mansión del arte y de la fe que es el Vaticano.

Mateo MILLE.

Roma, 1929.

BUSCA LA BONDAD. LO DEMAS...

Antes de saber si un hombre es inteligente, o si es ilustrado o rico, primero debes averiguar si es bueno, fundamentalmente bueno.

La inteligencia, la ilustración y la riqueza, pueden causar daños; la bondad, no, siempre hace bien, a veces en contra de ella misma.

La inteligencia, la ilustración y la riqueza son meros instrumentos, aptos para lo bueno y para lo malo, según cómo los mueva el artesano. La bondad, en cambio, es toda luz, y cualquier rayo luminoso puede bajar al pantano y atravesar el fango sin ensuciarse jamás.

CAMINANTE SIN CAMINO

Si eres en verdad un hombre, realizarás todo lo que esperas de tí mismo.

¿Te vale de algo la energía que, a ratos, te apasiona, si en seguida no construyes una obra. El heroísmo suele exaltarse, mas ¿te es útil si luego no haces nada heroico?

Todos los "buenos propósitos" no convertidos inmediatamente en acción, te robarán el horizonte haciendo de tí un caminante sin camino.

Celso TINDARO—

ta la entrada de Julio II en Roma, después de la expedición de Bolonia, el 23 de marzo de 1507.

Bajo el mando del tercero de sus comandantes, tercero en orden cronológico, Gaspar Roust, es cuando la Guardia Suiza llega a tener verdadera importancia, por entrar en uno de los períodos más belicosos de la historia pontificia: el 6 de mayo en 1527, al comenzar el saqueo de Roma, la Guardia Suiza cayó casi toda en combate con el enemigo, y sólo se salvaron cuarenta y dos hombres, que se hallaban de centinela en otros puntos alejados. Mientras el Papa se refugiaba en el castillo de Sant Angelo, la "Fidelísima"

más tarde, cuando Pablo III trona a su servicio seiscientos súbditos de la Confederación Helvética y los reparte, en 1542, entre las guarniciones pontificias de Roma, Florencia, Bolonia y Ancona; pero sin los mismos caracteres de antes, que no adquiere completamente hasta seis años después como tal Cuerpo honorífico, en febrero de 1548, con motivo de las tirantes relaciones del mismo Papa Pablo III con el Emperador Carlos V.

La Guardia Suiza tuvo también su representación en la batalla de Lepanto, la obra de aquel almirante injustamente olvidado que se llamó Alvaro de Bazán, y fué

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO 607

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.—
Semestre . . . " 5.—	Semestre . . . " 6.—	Semestre . . . " oro 4.—
Año . . . " 9.—	Año . . . " 11.—	Año . . . " oro 8.—
No. suelto . . . " 0.20	No. suelto . . . " 0.25	
No. atrasado . . . " 0.40	No. atrasado . . . " 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares:

Encuadernación en formato	grande	chico	grandes	chico	En cuero	En tela
Encuadernación en formato	grande . . . cada tomo	"	"	"	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas	"	"	"	"	8.—	3.—
"	"	"	"	"	9.—	2.—
"	"	"	"	"	6.—	1.50

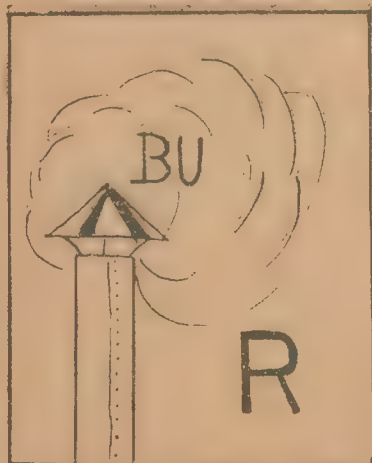
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS,
CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE
CHICOS Y GRANDES

Nº. 1 — CHARADA

La tercia tres, la dos dos
y el prima con primera,
quieren partir para todo
porque esto es una nevera.

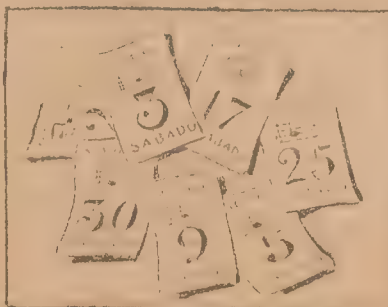
Nº. 2 — JEROGLIFICO



Nº. 3 — COMPRIMIDO

A NOTA

Nº. 4 — FRASE HECHA



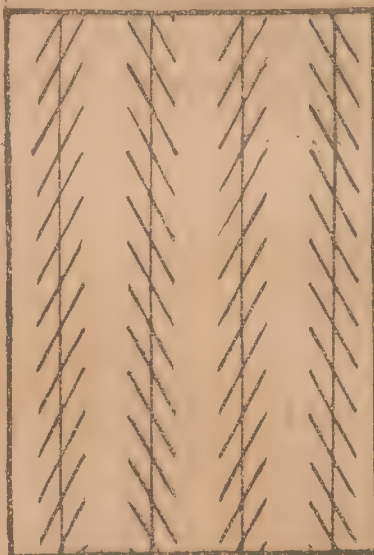
Nº. 5 — COMPRIMIDO

6-6 CONSONANTE

Nº. 6 — REFRAN



ILUSIÓN ÓPTICA



Siendo perfectamente paralelas las líneas perpendiculares, parecen no serlo, cruzadas por las pequeñas líneas que en sentido inverso las atraviesan.

ADIVINAR UNA RESTA DE TRES CIFRAS

Pídase que escriban un número de tres cifras; que coloquen debajo el mismo número en sentido inverso y que resten el menor del mayor (bien sea de abajo a arriba o de arriba a abajo).

Hecha la resta, rogamos que nos den a conocer la primera o la última cifra, y conocida una cualquiera de las dos conocemos toda la resta.

Basta saber, que en toda cantidad de tres cifras escrita debajo al revés y restada, la cifra del centro de la resta es siempre un 9, y las dos de los extremos suman también 9 entre ambas; así, pues, conocida una, no tenemos más que buscar la diferencia hasta 9 y ya sabemos el total.

Ejemplos:

781	265
187	562
594	297

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

- No. 32 — Espinosa
 „ 33 — Algarrobá
 „ 34 — Andando el tiempo
 „ 35 — Fábula
 „ 36 — Cieno
 „ 37 — $\begin{array}{r} 276 \\ 9517 \\ \hline 4138 \end{array}$
 „ 38 — Espantajo

Los historiadores de cerámica antigua se dedicaban a buscar asuntos para sus estudios en el Museo Británico, el Louvre, el Vaticano y el Museo Metropolitano, de Nueva York, sin acordarse de ir a Polonia a estudiar de cerca la colección de vasos griegos que se encuentran en el Castillo de Goluchow, en el Museo de los príncipes Czartoryski y en la Sala Arqueológica de la Universidad de Cracovia.

De estas colecciones, la mayor y más importante, es la reunida por el conde Jano Dzialynski y transportada por su viuda Isabel Czartoryska, desde el hotel Lambert de París, a Polonia. La única descripción científica de esta colección, hecha en 1886 por Witte, está completamente articulada.

Algunos ejemplares, muy notables, de la colección de Cracovia, fueron publicados por Piotr Bienkowski y sus discípulos; pero hasta ahora nadie había hecho el estudio detallado de esas colecciones. Acaba de hacerlo M. J. D. Beazley profesor de Arqueología clásica de

Los vasos griegos de Polonia

la Universidad de Oxford.

En cuatro capítulos, M. Beazley estudia, sucesivamente: Los vasos antiguos de figuras negras, los vasos arcaicos de figuras rojas, los vasos de figuras rojas de estilo clásico y los vasos posteriores áticos e italogriegos. M. Beazley estudia, además, el destino, la forma, la técnica, los motivos, el dibujo y el estilo.

Va fijando el orden de sucesión, la cronología, la filiación y averiguando el autor de cada objeto. Copiosos apuntes ofrecen rico material de comparación, suministrando argumentos a las tesis que se encuentran desarrolladas en el texto.

Las investigaciones de M. Beazley aportan muchos datos intere-

santes. Se aprende que un número considerable de hermosos objetos de estilo arcaico y clásico se encuentran en las colecciones polacas. Dos maestros del estilo arcaico, Panaitios y Brygos y el maestro del estilo clásico Polignotos, están representados por obras notables.

En Goluchow se encuentra una hidra con la más antigua efigie de Safo (una de las tres únicas que se conocen). Ninguna escultura en mármol o bronce y ningún camafeo nos ha transmitido los trazos de la poetisa.

La efigie de Safo en Goluchow representa un interés histórico considerable.

El libro de M. Beazley está escrito en un estilo sencillo, claro,

sobrio, que no carece de atractivo. Uno de los capítulos termina en epígrama. El libro del sabio inglés termina con la descripción de un bajorrelieve de plata que representa "La Bretaña vencida."

La ortografía de las inscripciones y los nombres polacos están correctamente puestos. El aspecto exterior tiene esa sencillez de todas las ediciones científicas inglesas.

El libro tiene 32 láminas con 88 reproducciones, según las fotografías tomadas por la mujer del autor. Admirables son las formas de los vasos aquí reproducidos; cántaros, copas, ánforas, hidras.

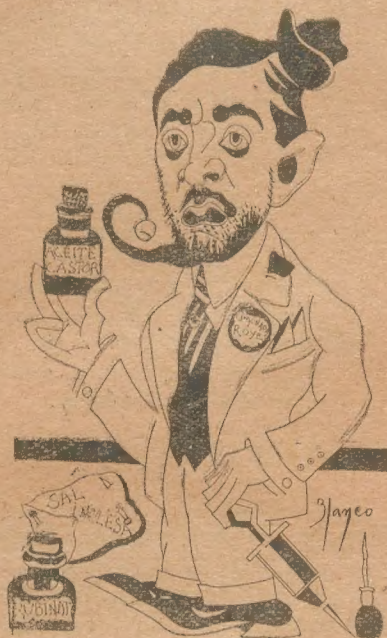
Son también incomparables los dibujos de los adornos, algunos por su estilo lineal, sus contornos precisos, recuerdan los dibujos completamente modernos.

La pintura sobre vasos no es más que una parte del arte griego y, sin embargo, esa parte es singularmente bella, como todo lo que vio la luz donde el genio griego iluminaba con sus creaciones.

Las aventuras de Limonada Roger, "balet" del Negro Gorostiaga. - El Origen de mi apellido refrigerante

CAPITULO II

Dejamos a nuestro conspicuo cliente Limonada Roger, "balet" del Negro Gorostiaga, en trance de intentar acogerlo. ¡Lindo, no más! El hombre nos había dicho que aprovechaba para su negocio de catjarros y baratijas la propaganda de su vecino de enfren-



te, un italiano macanudo para el patronato, según él.

Dejamos pasar la ofensa al gréban, por quien nos hubiéramos jugado enteros, a sólo objeto de sacarle al interesante y aberrante sujeto algunas otras curiosidades de su misteriosa existencia. Esto era lo que más nos preocupaba, y a fe que Limonada Roger soltó la lengua más de lo debido.

—Amigo, amigo; — le dijimos hipócritamente, porque no tenemos, desde luego, el menor deseo en compartir una relación semejante. — ¿Cómo es posible que usted se empeñe en abusar de la propaganda de su competidor? ¿por qué no hace usted su propaganda?

Limonada Roger desplegó un poco su pensamiento adormilado. En su tez apergaminada, cubierta de hirsuta barba negra, hubo como un estremecimiento que se tradujo en una sonrisita amarga y risueña a la vez.

—Bah, bah! — exclamó, despectivo. Si ustedes supieran... Sin embargo es necesario que les explique antes el origen de mi apellido refrigerante. Voy a ir por partes.

Muerto el Negro Gorostiaga, del cual fui honroso "balet", cosa que

les suplico no recordar en lo sucesivo, yo no supe qué hacer con mi vida. ¿En qué podría emplearla, que no fuera en bien de mis semejantes? Resolví dedicarme a la farmacia.

—Se puso, usted, a estudiar farmacia?

—No tanto, no tanto, mis estimados amigos. Quiero decir, simplemente, que me conchavé de peón de una botica.

—Ah! Entendemos, señor Limonada Roger.

—Bien; me fué un poco difícil conseguir ubicación; pero al fin logré meter el pie en la Farmacia Clásica, llamada así porque no sólo mercaba con los medicamentos sino, también, con todo género de artículos de venta: yerbas azúcares, tortas y empanadas cordobesas, naranjas y cacaúas en general.

Cuando entre a trabajar en la Farmacia Clásica estaba allí un famoso idóneo, de nombre Buena Salud. Buena Salud me tuvo desde el primer momento una inquina bárbara. De mi persona le molestaba principalmente mi condición de ex "balet" del Negro Gorostiaga. Por otra parte me trataba como a un inferior. Me calificaba a menudo de burro y de charlatán, y le parecía mentira que fuera hijo de Cataluña. No sé si será cierto esto, pero a decir verdad todo el mundo se complacía en afirmarme lo mismo. Yo esperaba, sin embargo, la ocasión de demostrar lo contrario. Mi gran oportunidad llegó un día. Buena Salud la tuvo mala en una temporada y faltó a la Farmacia por un largo tiempo. Yo sustituí al idóneo.

Héte aquí — agregó Limonada Roger — que por entonces andaba la gripe. Y únicamente se recetaban purgantes. Lo primero que despaché fué limonada; lo segundo, también; lo tercero asimismo. La limonada comenzó a correr en torrentes hasta el punto de llamar la atención del dueño de la

Farmacia Clásica. La limonada, creamé, usted, estaba por inundar a Buenos Aires. Una tarde me llamó el patrón.

—Pero usted se lo pasa vendiendo limonada! ¿cómo es eso?

Le expliqué que las recetas no pedían otra cosa. Fué mi grave error. Convencido de que la limonada era el único remedio, una vez despaché limonada por vinagre aromático. El cliente vino a quejarse áspicamente, y mi patrón montó en cólera.

—Eres un burro y un charlatán! — me gritó. — No eres hijo de Cataluña. Nada hubiera pasado de estar aquí Buena Salud. Terminarás allá a donde conduce la limonada rogé... ¡Limonada Rogé!

Desde entonces me aplicó el apodo que, poco a poco, fué divulgándose. Pasé a ser Limonada Roger, "balet" del Negro Gorostiaga.

Nosotros contemplábamos a nuestro cliente con aire desusado. Casi nos inspira lástima el aprovechado sujeto que no vacilaba en esquilmar a su vecino de enfrente, el excelente propagandista italiano. Reaccionamos, y a boca de jarro le espetamos la siguiente pregunta:

—¿Y qué tiene que ver eso con la bronca que le guarda a su competidor?

—Ya... ya llegaremos al grano. Aunque les pueda parecer extraño mi refrigerante apodo fué el motivo de una intriga amorosa que me llevó al casamiento. Y, como ustedes saben, en el casamiento comienza mi prosperidad. Mi mujer me prestó considerables servicios para llegar a los millones y a la posición que detento...

En seguida Limonada Roger, "balet" del Negro Gorostiaga nos contó la parte más interesante de su vida, que, en homenaje a nuestros lectores, dejaremos para el capítulo inmediato.

o o o

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MÉJICO 1360

Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: Libertad 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

De 14 a 16 y 30 horas
PARAGUAY 1615

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre

Consulta: de 16 a 19 horas

CALLAO 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38 Mayo 6337

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque

Asistente a la clínica del profesor

Sebileau (París)

Consultas: de 14 a 16 horas

LIBERTAD 1375 U. T. 6857 Jun.

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de Señoras

SUIPACHA 27 U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

"LETICIA", en el LICEO

En versión española de Julio F. Escobar, nos ha sido ofrecida por la compañía de Evita Franco en el Liceo, esta obra de Darío Nicodemi, que constituía una novedad absoluta para el público.

Se nos presenta en esta producción un conflicto sencillo, que ya ha sido motivo de trabajos análogos, pero que siempre ofrecerá interés cuando sea tratado con habilidad y buen gusto.

Se trata de un matrimonio en el que ha desaparecido la armonía por las continuas y escandalosas infidelidades del esposo. Producida la separación, no tardan en presentarse cortejantes que persiguen a la dama, destacándose entre todos, por la aparente suerte con que son escuchados, un escritor famoso y un famoso banquero, que arrecian en su flirt, acaso más por la vanidad de un triunfo de salón que por un sentimiento de sincero afecto. Pero de pronto aparece un tercer rival más entusiasta y empeñoso aún. Es, como se supondrá, el marido, que en la ausencia ha comprendido su sinrazón o tal vez que, amargado por algún contraste sentimental, retornó al amparo de una dicha que no supo antes apreciar. Y el final, como también se comprende fácilmente, es la reconciliación de la pareja, volviendo así a regustar las mieles del primer amor.

Esto es poco, pero es suficiente para que un comediógrafo de los medios de Nicodemi, consiga mover los muñecos inteligentemente y dar al espectador una comedia fina, delicada y emotiva, que produce una agradable impresión de equilibrio y de belleza.

Evita Franco, sutil y comprensiva, encarnó con su habitual acierto el principal papel femenino, destacándose en los restantes Felisa Mary, Carlos Bohier, Leonor Alvarez, Diego Martínez y Gustavo Caverio.

La pieza fué muy festejada por el público que llenaba la sala, el que obligó a la primera actriz a decir las palabras de estilo en todos los éxitos.

"CIPRIANO DEL ARRABAL"

El remedo de una obra genial no es empresa fácil, sobre todo cuando no se trata de hacer una parodia festiva que trueque la grandeza de las situaciones dramáticas en un desaguisado más o menos caricaturesco que busque la hilaridad por contraste. Los Sres. José María Vázquez y Salvador Riese, al escribir este sainete últimamente estrenado por la compañía de Muñio en el Buenos Aires, han realizado un esfuerzo meritatorio y plausible, ya que trasladando el espíritu de la obra de Rostand, "Cyano de Bergerac", a nuestro medio arrabalero, han

TEATROS

logrado en buena parte mantener el soplo lírico y romancesco que magnifica la obra del famoso autor francés. Claro que esta afirmación va respetando la distancia entre Rostand y nuestros autores. Vázquez y Riese, ubicando una acción semejante a la de Cyano en nuestra Boca del Riachuelo han buscado símiles en personajes y asunto, consiguiendo dentro de la modestia de su trabajo hacer recordar la estupenda creación del genio de Rostand. Creemos que es éste el mejor elogio que puede hacerse de este sainete donde los principales personajes emulan psicológicamente los de "Cyano".

Escrito en verso, "Cipriano del arrabal" resulta un trabajo estimable literaria y teatralmente considerado. En medio de tanto mal sainete como se estrena en nuestros teatros por horas, el que nos ocupa, por su factura y realización escénica, se destaca sin esfuerzo. Así lo debió juzgar el público, que lo saludó con sostenido aplauso, a pesar de la deficiente interpretación de la compañía de Muñio, cuyos actores revelaron conocer poco sus papeles.

LA BOZAN

"Puerto Belgrano" y "Mujer celosa, marido mártir" resultan dos aciertos para el elenco de la Comedia que encabeza Olinda Bozán. Piezas de distinta índole, ambas entusiasman al público que las aplaude todas las noches.

ELEGANCIAS

Se fué del Maipo un actor elegante y ha sido ocupado su escenario por una actriz, elegante también. Nosotros no abominamos de la elegancia, antes bien, sentimos por ella el culto que toda persona de buen gusto rinde a esa delicada manifestación de arte y de cultura. Pero ser elegante no implica dedicarse a exhibir la elegancia en escena y nada más. El actor elegante que se exhibía en el Maipo nos tuvo durante muchas noches aburridos con un repertorio completamente chirle que a nadie convenía. Sin embargo se iba a verle por su elegancia impecable, por sus modales distinguidos. Ahora, la actriz Irene Lopez Heredia ha debutado con una compañía en la que no solamente ella es elegante. Y esto importa un serio peligro para esa temporada, si es que los elegantes componentes de este elenco no van a hacer otra cosa que lo que hizo Vilches.

Por de pronto, la presentación se hizo con una pieza anticuada, cuyos valores después de la producción posterior del autor, son relativos. A continuación fué estrenada "Champán, señoritas", producción mediocre y anodina del

señor Suarez de Deza, que se ha sostenido en el cartel a pesar de la crítica poco favorable.

Si el repertorio se mantiene dentro de esta línea, la temporada ha de ser más breve de lo que se anunció, por más que quiera compensarse la escasez de auditorio con el excesivo precio de las localidades. Ya son muchas las casas de Buenos Aires que exhiben gratuitamente los más elegantes modelos, y con la ventaja de que no dicen tonterías.

DOS Y TRES

Debe figurar en el cartel Cómico, a estas fechas, una pieza de Carlos Alberto Silva titulada "El despertador de la virtud", dividida en dos actos y tres epílogos.

De ella nos ocuparemos en el número próximo y, si la celeridad con que se renuevan las carteleras, lo impone, también hablaremos del estreno de otra pieza que está en ensayo.

DE ROSAS EN ESCENA

El acontecimiento teatral de la semana lo constituyó el estreno de "Elefín", poema dramático en tres actos y en verso, original de Ricardo Rojas, ocurrido en el Ateneo.

La primera obra teatral del notable hombre de letras, una de las cumbres de la intelectualidad argentina, determinó una gran curiosidad que se tradujo en una sala desbordante la noche de la "première".

En nuestro próximo número comentaremos la obra de Rojas.

ESTRENO EN EL AVENIDA

La compañía española del bajo Gimeno dió a conocer la cuarta novedad de su temporada. "Cantuxa", ópera gallega, se estrenó ante una sala llena y a ella haremos referencia con más detenimiento en nuestra próxima edición.

LOS PIBES DE LA PAGANO

La compañía infantil que dirige Angelina Pagano viene ensayando para poner en escena en primer término una pieza de índole didáctica, original de Juana María Begino, que se titula "El niño rico que volvió mendigo". Doña Angelina no disimula su entusiasmo por esa pieza, que sus pibes interpretarán con la corrección que acostumbra.

MARCONI

El público recibió favorablemente la versión de "El enemigo del pueblo", de Ibsen, ofrecida por la compañía del actor José Gómez, quien lo mismo que Guillermo Ba-

taglia sobresalieron en la interpretación de sus respectivos papeles.

ACTIVIDAD EN EL SMART

Ruggero no descansa. Estrenos y estrenos se suceden con rapidez, renovando continuamente el cartel. Todas las piezas tienen éxito, todas hacen reír. Sin embargo, al cabo de cierto número de representaciones, son reemplazadas por otras nuevas. Es, posiblemente, que el factor principal de risa en todas ellas es la gracia de Marcello Ruggero, que es capaz de defender cualquier obra con su esfuerzo personal.

Ya debe de haberse estrenado "La banda de los pistoleros", de Alberto Ballesteros, de la que haremos de ocuparnos en el número próximo y se encuentra en preparación un sainete de Francisco Bohigas y Mario Battistella, titulado "El profesor Tromboni".

NACIONAL

Vicente G. Retta ha debido de estrenar en esta sala "La sangre de las guitarras", de la que haremos el correspondiente comentario en el número próximo.

GRAND SPLENDID

Este regio cine que cuenta con el favor del público aristocrático, viene realizando este año una de sus más proficuas temporadas. La bondad de las películas exhibidas en los dos últimos meses acrecentaron su prestigio y hoy es el Grand Splendid la sala de mayor enjundia social. Continúa siendo administrador el Sr. Carmelo Carbone, persona que goza de generales simpatías entre las familias "habitués".

CAPITOL

Buena concurrencia asistió en la semana anterior a este lindo cine donde se pasan interesantes producciones de las más acreditadas marcas. Para la que se inicia, los programas diarios registrarán también atrayentes cintas.

GLORIA

Un cartel de excelentes películas ha preparado la empresa de este salón para los días de la semana que corre, suponiéndose fundadamente que las funciones registrarán numeroso público.

PARC

La catedral de los cines de Palermo desarrolla con singular éxito su actual temporada, ofreciendo diariamente en sus programas las más aplaudidas películas que se estrenan en las salas centrales.

SOCIALES



Señorita Celina Quesada, recientemente desposada con el señor Juan Carlos Ross Artayeta, en la iglesia de San Miguel



Señorita Noemí Besio Martínez cuyo enlace con el señor Alberto Rivero Echagüe se efectuó últimamente en dicho templo



Señorita Esther Fumasoli, que contrajo enlace con el doctor Oscar Julio Montanaro, en la misma iglesia



Señorita Amalia Bustinza, desposada con el doctor Esteban S. Filgueras. — La ceremonia se efectuó en la casa de la novia



Señorita Valentina Carmen Mauriño y señor Ramón Heguy, desposados en la iglesia de San Miguel

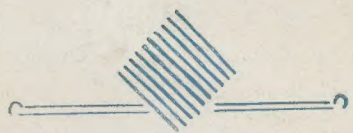


Señorita Sara Golrfarb, cuyo casamiento con el señor Mauricio Chichinizky se llevó a efecto en la residencia de la novia

Fots. Pérez.



Hoy, más que nunca: el amigo de las madres.



Según autoridades en alimentación, las frutillas poseen propiedades notables, debido al elevado porcentaje de hierro, calcio y manganeso que contienen, combinados en su forma más asimilable por la sabia Naturaleza. Convertidas en dulce, constituyen, más que ningún tónico, eficaces generadoras de rica sangre nueva.

EL cuidado y el amor maternos no cesan jamás. Sabe la madre que la salud y el bienestar de su hogar dependen de ella, y que el futuro de la raza reside en sus cariñosas manos.

Durante generaciones las madres han estado comprando nuestros productos, con la reconfortante seguridad de que, siendo de Bagley, son buenos para aquellos a quienes Dios confió a su cargo.

Y ahora, con nuestros dulces de frutas y especialmente de frutilla, producimos todavía otro producto, en el que las madres de la Argentina pueden depositar la confianza de costumbre.

Nuestro dulce de frutilla es el resultado de muchos experimentos. Dos expertos europeos dirigen su elaboración. Ellos han recorrido los mejores campos de cultivo de nuestra República y seleccionado de entre los mejores frutillares las más ricas y sabrosas frutas.

Nuestro dulce de frutilla no contiene sino la fruta misma; la fruta entera, y nada más que fruta con azúcar refinada.

Nada hay de mayor pureza. Nada más saludable. ¡Ni más delicioso!... Ni tan bueno para usted y los suyos.

*En frascos esterilizados. En todos los almacenes.
Insista en el nombre de Bagley.*

SIENDO DE **Bagley** ES BUENO